INÉS ARTETA

La otra mitad del universo



Índice

Inés Arteta

La otra mitad del universo



Para Olivia

Se dice de la primera esposa de Adán, Lilit
(la bruja que él amaba antes del regalo de Eva),
que, antes de la serpiente, su dulce lengua podía engañar,
y que su cabello encantado fue el primer oro.

Y que aún está sentada, joven mientras la tierra es vieja,
y, sutilmente contemplativa de sí misma,
atrae a los hombres a mirar la esplendorosa red que puede tejer,
hasta que el corazón y el cuerpo y la vida estén en su poder.

Dante Gabriel Rossetti, "La belleza del cuerpo"

No son mías.
Son de mi madre.
Antes fueron de su madre.
Legadas como una reliquia
pero escondidas como cartas vergonzosas.

Anne Sexton, "Las zapatillas rojas"

1

Aquel domingo a la tarde, ordenando papeles, encontré una postal de color sepia: tenía la imagen de una mujer desnuda con una serpiente enroscada en el cuello y en la cintura. Sobre un fondo oscuro, la mujer desnuda miraba hacia un costado, indiferente a quien la dibujaba, indiferente a todo. Estaba dentro del único libro que me quedó de mi abuela, el *Rubaiyat*, de Omar Khayyam. Adoraba a esa abuela, que se llamaba como yo, solo que en inglés, Louise.

Al acordarme del momento en el que, tantos años antes, me mostró esa imagen, se me hizo un nudo en la garganta. Mi abuela me dijo que era Lilit, la primera mujer creada por Dios junto a Adán. Yo tenía 11 años y me había escapado para visitarla. Había escapado porque hacía meses que mamá y la abuela no se hablaban. Corrí las ocho cuadras hasta su casa y la encontré en el jardín. Primero le conté que había besado a un chico. Después, que había sentido cosquillas en las manos, en las piernas, entre las piernas, en el pubis. Y, al final, que había visto horror en la cara de mamá cuando se enteró por la vecina del A que me había pescado infraganti en el hall con el chico del 3° B. Ese horror provocó risa en la abuela, y enseguida me tranquilizó con un abrazo. Recordando la paz que me dio su refugio, me largué a llorar. Reviví aquel abrazo todas las veces que lo necesité; casi siempre, cuando sentí que el esfuerzo era en vano y quería rendirme. Esa tarde me di cuenta de cuánto inventaba a la abuela, que murió cuando yo tenía 15. Pero no importaba, los muertos resucitan en las mentes de quienes los quisieron y se amoldan a nuestras necesidades.

Ese domingo recordaba la conversación que tuvimos aquella tarde, como si acabara de suceder. Mamá me había augurado una vida desgraciada por culpa de la "mala fama" que me haría y yo no había entendido la razón. Ese fue el momento en que la abuela me contó, con ojos llenos de brillo, la historia de Lilit, que abandonó el Paraíso con tal de que no le dijeran lo que tenía que hacer.

—La primera mujer creada fue Eva, abuela —la contradije.

La abuela rio a carcajadas y me previno de que no creyera todo lo que me enseñaban. Eva fue la segunda mujer, creada de la costilla de Adán cuando la primera lo dejó y este se quejó con Dios de que se aburría solo en el Paraíso.

Me fascinaba escucharla. Le ponía tanta pasión a las historias que

contaba o leía en voz alta que transmitía un goce distinto o superior al de los demás, como si conociese un misterio solo suyo. Y ese domingo el hallazgo de la postal me desató una cascada de recuerdos en un momento poco oportuno para distracciones, porque me quedaba una semana para decidir si empezaba el doctorado en el que me había inscripto. Dudaba de si tenía sentido retomar mi carrera a los 38, porque ya todos se doctoraban antes de los 30. Juan, mi marido, opinaba que la carrera académica no iba a traerme la satisfacción que esperaba, porque yo esperaba demasiado de todo. Tenés dos hijas, dos trabajos, ¿para qué querés ser doctora en Historia?, me había dicho quince días antes en una discusión que duró hasta la madrugada. ¿Para qué, para qué?, retumbó toda la semana en mis oídos.

Y ese domingo, cuando mis hijas y mi marido dormían, googleé a Lilit y no lo podía creer. La historia no era una fábula más inventada por la abuela. Lilit existía en la tradición judía. Existía incluso en la Biblia, mencionada por Isaías.

2

Me quedé hasta las cuatro de la mañana leyendo sobre Lilit: una figura legendaria del folclore judío, controvertida. Su nombre no está incluido en la historia de la creación presente en la Torá, pero aparece un varios textos llamados *midráshicos,* que son enseñanzas que explican pasajes y leyes de ese libro. La versión más popular cuenta que Lilit fue creada del polvo junto a Adán. Vivieron en el Edén hasta que surgieron problemas porque Adán pretendió que ella se acostara debajo de él durante el sexo. Si habían sido creados iguales, ¿por qué a ella le correspondía abajo, un lugar inferior, ya que era más lejano a Dios? Adán y Lilit no se pusieron de acuerdo, y ella huyó para obtener su independencia. Se instaló en el mar Rojo y tuvo muchos demonios como amantes. Entonces Adán le pidió a Dios que la trajera de vuelta. Tres ángeles fueron enviados a buscarla, pero Lilit se negó a volver con las mismas condiciones. Y Dios la maldijo.

Pasé el lunes y el martes pensando en Lilit. Me preguntaba por qué la abuela conocía esa historia. ¿Sería por aquel filósofo judío que visitaba a los abuelos todos los domingos? Cuando internaron a la abuela por primera vez, le pregunté a mamá cuál era la relación de los abuelos con ese señor. Se mostró incómoda. No eran amigos, me dijo. Conocía al abuelo por el gerente de la fábrica. Cada tanto, jugaban al ajedrez. Pero qué podría saber ella si hacía ya dos años que mamá y la abuela no se veían.

Pensaba en Lilit y miraba la postal a cada rato: mientras comía un sándwich en la sala de profesores; en la sala de espera del dentista de mis hijas; a la noche, cuando todos dormían y yo seguía googleando a Lilit.

El miércoles decidí ir a las fuentes: la biblioteca del Seminario Rabínico. Al mediodía, salí de la escuela en Belgrano, donde era profesora, me subí a la bici y pedaleé hasta la calle José Hernández. Le pedí a la bibliotecaria el *Alfabeto* de Ben Sirá, un libro medieval que, por lo que había averiguado en Internet, era más conocido por sus referencias a Lilit. La mujer me miró fijo un rato largo y me dijo:

—Antes de confundirse con un texto que usted no distinguiría si se trata de una traducción fiel, ¿no prefiere empezar por algunos estudios críticos que la orienten sobre lo que busca?

Tal vez lo dijo con un dejo de displicencia porque había advertido mi

condición de *goy*, alguien ajena a esa biblioteca. Pero a lo mejor no era así, sino que yo lo imaginaba, como me pasa tantas veces en las que supongo desprecio de parte de los demás. No había duda de que estaba susceptible: buscaba información sobre un personaje, quizá mitológico, porque estaba en una postal dentro del único libro que me quedaba de mi abuela.

Le dije que sí y esperé frente a una de las mesas redondas delante de la primera fila de anaqueles. Diez minutos más tarde, la bibliotecaria me trajo una carpeta de cartulina, muy gastada, con "Lilit", por título, escrito con marcador negro. Sin duda, cuando algo nos cautiva, todo empieza a girar a su alrededor y nos llenamos de coincidencias, como atraídos por un imán, como si de repente el universo se concentrara en nosotros. Me pasa todo el tiempo: me intereso por algo, aun un objeto banal, y ese objeto aparece, multiplicado, donde esté. La carpeta contenía varios cuadernillos. El primero, con el texto anónimo que le había pedido, traducido al inglés. Después había otros con algunas publicaciones académicas del propio Seminario Rabínico, del año anterior, 2007. El último parecía un borrador y tenía partes manuscritas en una letra anticuada, de la época en la que se aprendía a escribir en cuadernos de caligrafía. Le habían arrancado varias páginas, por lo que fue imposible saber quién era el autor o la autora. Solo conservaba un artículo escrito a máquina, firmado por Abraham Sterman y abrochado a la última página de las manuscritas. Las dos horas siguientes las pasé sobre una silla rígida, de respaldo flojo, sin levantar la vista de las carpetas. Primero, leí el anónimo, que satirizaba el mito de la fuga de la primera mujer creada e instalada en el Paraíso, dominado por Adán. Después, el extraño borrador sobre Lilit, dentro de las publicaciones de 2007: leí que la ortodoxia judía y cristiana interpretan que se trata de un demonio cualquiera entre otros demonios. No Lilit, la primera mujer de Adán, a la que él había humillado a poco de convivir, razón por la que ella le dijo: "Somos iguales en la medida en que los dos estamos creados de la tierra".

Me reí por dentro imaginando que le decía a la abuela: convengamos que a Adán tampoco le fue tan bien con Eva, su segunda mujer, que lo "convenció" de comer el fruto prohibido y por su culpa ambos fueron expulsados del Paraíso. Y después imaginé que le decía que a mí la idea del Paraíso no me gustaba en absoluto: un lugar en el que no se hace nada durante días, meses, años, siglos; una vida sin altibajos ni incidentes y para siempre. No entendía cómo, en el imaginario de tanta gente, vivir atontados, en feliz ignorancia, sin distinguir siquiera el bien del mal, podía ser la máxima aspiración. En la facultad había leído a Robert Graves, para quien las visiones del Paraíso eran el resultado de una droga alucinógena —un hongo— reservada a un pequeño grupo de adeptos.

Y que la principal enseñanza de estos mitos era que Dios hizo a Adán perfecto, aunque expuesto al libre albedrío y, por ende, a dejarse llevar por el camino equivocado.

Y de repente me pregunté cuál era mi camino, ahora. ¿Qué hacía averiguando sobre Lilit justo antes de decidir si empezaba a cursar el doctorado, ese mismo viernes? Si no había podido hacerlo antes porque no había encontrado el tiempo, ¿no era ya demasiado tarde? Mis hijas ya estaban más grandes, pero igual todavía dependían de mí y, además, seguía siendo profesora de Historia en dos colegios. Y me sentía vieja para retomar la vida académica, que era tarde para empezar un doctorado, tarde para vivir una vida diferente, tarde para ser otra.

3

Al seducir a hombres desprevenidos, Lilit se convirtió en el demonio responsable por la muerte “blanca” de bebés. Había que protegerlos de ella colgando amuletos en sus cunas para espantarla. Tan presente estaba en la creencia judía, que se escribieron *midrashim* —esas enseñanzas contadas en forma de historias que explican pasajes de la Torá— para dilucidar por qué, apenas empieza el Génesis, un relato cuenta que Dios creó a Adán y Eva a su imagen y semejanza, y en el siguiente, creó a Adán y, como no era bueno que estuviera solo, le sacó una costilla para crear a Eva. Un *midrash* sugiere que, si Eva fue creada de una costilla de Adán y no a la par, hubo una primera mujer anterior a Eva que no fue la compañera adecuada para él. Otro *midrash* culpa a Eva por la expulsión del Paraíso, y Adán, enojado, la abandonó. Una vez solo, lo azotaron los demonios llamados Lilit.

—¿De dónde sacó eso? —me preguntó la bibliotecaria, parada detrás de mi hombro. Se veía muy alterada y, sin embargo, había hablado en voz baja.

La vi girar la cabeza de un lado al otro, como si temiera que alguien más nos observara, acaso porque si yo estaba leyendo ese escrito su falta quedaría a la vista. Acercó una de sus manos, que eran inmensas, hacia las páginas sin cubierta que yo leía. Si su intención fue arrebatarme la carpeta, no pudo hacerlo, porque apoyé los antebrazos sobre ella. Me miró a los ojos, mostrándome asombro, mezclado con candor.

—Usted me dio esta carpeta —me defendí.

—Pero ese manuscrito no pertenece a la carpeta —dijo la bibliotecaria y se sentó en la silla vacía a mi lado. Miró hacia los costados y me pidió que le dijera por favor dónde lo había encontrado. ¿Yo no le había pedido el anónimo atribuido a Ben Sirá? Esas páginas no eran para el público, eran *Majshavot*.

Le rogué que me permitiera terminar de leerlo y mencioné algo que, como supe después, fue una palabra mágica, una suerte de abracadabra. Dije que se notaba que el autor o la autora era cabalista, y a mí me atraían los cabalistas. La bibliotecaria abandonó su postura rígida y disgustada y me sonrió. Sus ojos grises, detrás de los anteojos sin marco, se veían translúcidos. Tomé coraje: además, se refería a Lilit, y le había pedido material sobre Ben Sirá porque investigaba a la

primera esposa de Adán. Estaba por empezar un doctorado en Historia Medieval y, como me atraía la leyenda sobre Lilit, quería saber por qué un sabio medieval había escrito sobre ella.

—Es muy probable que se llene de pistas que no conducen a ninguna parte —dijo la bibliotecaria de un modo tan abrupto que me descolocó. Era raro, se veía inquieta pero al mismo tiempo anhelante de una conversación—. A mí también me gustan los cabalistas —agregó.

Por mi parte, deseaba el diálogo con ella. Tenía pocas amigas, porque me había casado mucho antes que mis compañeras de colegio y desde el primer día estuve muy ocupada trabajando y escamoteando tiempo para estudiar. Mis compañeros de la universidad cambiaban cada año, porque me rezagaba por la falta de tiempo y además estudiaba sola y cuando podía. Más tarde, poco pude asistir a las reuniones de mis colegas docentes de los colegios, y entre los amigos que compartíamos con Juan permanecía muda, con la cabeza en otra parte, porque hablaban de temas que me interesaban poco.

—Para los cabalistas, si la Torá revela la voz del mismo Dios, esa voz es interpretable, porque toda palabra tiene setenta rostros. Eso es lo que más me gusta de esos estudiosos —le dije y sentí que una leve complicidad se había instalado entre nosotras.

En ese momento, se acercó un hombre muy pero muy delgado, con una camisa que parecía sobrarle y que hablaba con un muchacho que lo seguía. Su cara estaba repleta de pecas y tenía arrugas en la frente y al costado de la boca. Hasta entonces, había ido y venido desde el fondo de la biblioteca —donde parecía haber una oficina— hasta la mesa de la bibliotecaria. A cada rato se le acercaban chicos y chicas con preguntas, que se dirigían a él como “señor rector”. Apenas se percató de su cercanía, la bibliotecaria buscó mis ojos, y entendí que era mejor ocultar el material de la vista de ese señor. Lo cubrí con mi cuaderno, y la bibliotecaria se levantó de la silla y volvió a su puesto detrás de la mesa alta.

Seguí leyendo y supe que el anónimo medieval inspirado en la sabiduría de Ben Sirá une las tres leyendas de Lilit: la del demonio que mata niños, la seductora de Adán y la historia de la primera mujer. Así, el texto vino a justificar la costumbre judía de poner amuletos en las cunas de los bebés y la sacó del ámbito de la superstición. Para la teología judía, la leyenda de la primera mujer de Adán no emergió hasta esa época, la medieval, aunque las raíces de la historia sean mucho más antiguas. El *Zohar*, el gran libro del misticismo judío del siglo XII, le suma otra dimensión: no se refiere a Lilit por su nombre, sino como la esposa de Samael, el ángel de la muerte, y otras veces, como la esposa de Satán. Duerme con hombres y les provoca sueños eróticos que los hace eyacular para robarles el semen.

En esas páginas, leí también lo que había encontrado en Google: que Adán y Lilit discutieron porque ella se negó a acostarse debajo de él durante el coito. Para Adán, a Lilit le correspondía abajo porque su trasero era más adecuado, argumento que la indignó, porque ellos dos eran iguales, ambos habían sido hechos de la tierra, provenían del barro original. No pude reprimir la carcajada, pero me tapé la boca para corregir mi falta en ese lugar que parecía sagrado. Era ese el dato que más habría fascinado a la abuela, siempre transgresora y tan incómoda para su hija, mi madre. Cuando Lilit se dio cuenta de que Adán quería subordinarla, pronunció el nombre mágico de Dios y voló. Adán permaneció de pie, delante de su Creador, en plegaria, y le dijo: "Maestro del Universo, la mujer que me diste huyó de mí y ahora me siento solo". El Sagrado despachó tres ángeles detrás de ella para que la trajeran de vuelta inmediatamente, igual que como me había contado la abuela. Dios dijo: "Si quiere volver, bien. Y si no quiere, deberá aceptar que cada día mueran cien de sus hijos".

"¿Por qué Dios querría que Lilit regresara con un compañero que quería doblegarla?", me pregunté. En mi mente, conversaba con la abuela. "¡No inventaste la historia de Lilit!", le dije. Los sabios escribieron sobre ella durante siglos y siglos desde que se inventó la escritura. Y la abuela me respondió: "¿No te extraña que se sepa tan poco sobre ella?".

Seguí leyendo: los ángeles persiguieron a Lilit y la alcanzaron en el mar. La encontraron sola, pero conforme, y le avisaron cuáles eran las órdenes de Dios. Sin embargo, ella no quiso volver. Le advirtieron que la ahogarían en el mar, a lo que ella respondió: "Fui creada como compañera de Adán y no para estar debajo de él. Si Dios va a castigarme por resistirme a eso, entonces déjenme sola".

Cuando escucharon su respuesta, le rogaron que regresara. Como no aceptó, fue condenada a ser la diabla de las diablas, a apoderarse de recién nacidos y a parir miles de bebés-demonios que representarían una plaga para la humanidad por los siglos de los siglos. Para ello, robaría semen de los hombres dormidos que tuvieran sueños eróticos o se masturbaran. Entonces Lilit les juró a los ángeles enviados que cada vez que viera sus nombres en un amuleto no subyugaría al bebé. También aceptó que cien de sus hijos murieran cada día. Esa es la razón por la que se escriben los nombres de los tres ángeles en los amuletos de los bebés. Cuando Lilit los ve, recuerda su promesa de abstenerse de atacar al recién nacido.

Quieta en mi silla, pasaba las páginas en tenaz progreso. Solo a veces me demoraba en algunas frases, a lo mejor en una línea, por el embeleso que me producían las palabras. Por momentos, creía que no era el contenido lo que me abstraía, sino el impacto de la combinación de las letras: la palabra *caos,* o la palabra *desolación,* que caían en

aquel espacio calmo y claroscuro, sin sensación de peso físico ni del paso del tiempo. Quizá fuese puramente la delicia del silencio y del recogimiento, ya que lo que me gustaba de estudiar o investigar era la reunión conmigo misma en clausura, guarecida del mundo donde impostaba avenencia e incluso interés en las conversaciones. En definitiva, había sido ese silencio lo que me había empujado a hacer la maestría y después a seguir con el doctorado. Lo mismo debía de pasarle a la bibliotecaria, que tocaba los libros como si acariciara el cuerpo de un amante.

Me puse de pie, fui hasta al mostrador y esperé que estuviera sola para entregarle el cuadernillo sin cubierta y la carpeta. Nos miramos a los ojos otra vez, y después de varios largos segundos le pregunté si ella había leído el manuscrito. La bibliotecaria hizo un gesto de estupor, frunció las cejas y ladeó la cabeza de un tirón, como si hubiese recibido una patada de electricidad.

—¿Usted es periodista?

Volvimos a mirarnos; la mujer casi etérea en su silla, su espalda demasiado recta, la boca un poco fruncida, la mirada suspicaz, y yo, procurando un gesto que comunicara franqueza.

—No soy periodista. Soy docente —le dije.

Sentí que se me cerraba la garganta y no supe por qué. Tal vez había sido la palabra “docente”, que pronunciaba con orgullo. Recordé que, un mes después de graduarme como licenciada y profesora en Historia, envié currículums a todos los colegios bilingües que encontré en la guía, hasta que tres meses más tarde conseguí un cargo como profesora de Historia en una escuela de Palermo. Luego de seis meses, ingresé como suplente en otro colegio de Belgrano y pude dejar el trabajo de profesora de inglés. Enmarqué el título y durante nueve años no me cuestionó mis decisiones pasadas ni me pareció que mi vida fuese una inmensa decepción.

—Y como ya le dije, investigo para mi tesis de doctorado —agregué, para convencerla de mis buenas intenciones.

La bibliotecaria miró en dirección de una puerta, al lado del ventanal, de la que salía nuevamente el rector. En voz muy baja, casi en un susurro, me dijo que la semana anterior había estado un periodista estadounidense buscando los manuscritos de Adam, un sabio cabalista que no era un autor de la casa pero que la había visitado con frecuencia. Pero, quién podría saberlo, a lo mejor aquel hombre no era periodista. Ahora cualquiera se declaraba periodista y eso lo autorizaba para husmear donde no debía y luego armar un escándalo. Quería que le facilitara cuanto texto Adam hubiese dejado acá, sobre todo los inéditos, incluso los borradores. Pero no parecía estadounidense; el acento, si tuviera que apostar, más bien parecía cubano.

—¿Qué escándalo? —pregunté. No podía asociar ese lugar con un escándalo periodístico.

La bibliotecaria titubeó y respondió que cualquier escándalo que pudiera venderse sin que importara la verdad. Jákob Adam era un buscador de la verdad, solo que se aferraba a la búsqueda, no al hallazgo…

—¿Jákob Adam? —la interrumpí, tan asombrada que no pude disimularlo.

La bibliotecaria entrecerró los ojos y, sin quitarme la mirada suspicaz, preguntó:

—Me refiero al autor del texto dentro del cuadernillo que usted encontró por un desliz. Primero viene ese falso periodista; después aparece usted y encuentra ese borrador.

—Le pido mil disculpas. No sabía quién lo había escrito. Yo busco información sobre Lilit. Mis abuelos conocieron a Jákob Adam. Los visitaba en su casa de Villa Urquiza —Y agregué, quizás para congraciarme con ella—: Es muy poco lo que sé sobre él, salvo que ellos lo apreciaban mucho.

—Llegó acá recomendado por la Universidad Hebrea de Jerusalén a investigar algo específico, pero… un cabalista tiene la mente libre, no preconcibe lo que quiere encontrar —dijo la bibliotecaria—. Y este centro es conservador —agregó, como si confesara un secreto—. Al conocerlo, me di cuenta de que investigaba y escribía para entender, justamente, lo que buscaba; es decir, escribía para pensar. En mi opinión, acá estaba muy limitado y debería haber regresado a Israel. Pero no lo hizo por cuestiones familiares.

Me fui de la biblioteca diciéndome que no había nada de malo en imaginar conversaciones con la abuela. Aunque la inventara, basándome en recuerdos demasiado vagos o demasiado vívidos, era mi interlocutora mental. Mientras pedaleaba de vuelta a mi casa, le decía que no podía reprocharme no haber terminado la carrera en tiempo y forma ni haberme casado a los 20, porque en el momento no fui capaz de pensar de otra manera. Me enamoré de Juan y quería vivir con él y ahora no me arrepentía porque seguía amándolo. Era cierto que apenas quedé embarazada la vida se precipitó: renuncié al instituto donde daba clases de inglés y empecé a dar clases particulares de casa en casa, oficina en oficina, consultorio en consultorio, porque ganaba más y porque me permitía amoldar mi tiempo. Ahora que la conversación con la abuela se había intensificado desde el hallazgo de la postal, sentía que me justificaba: me gradué doce años después y me sorprendió que no sentí alivio ni orgullo, solo que perdía la conformidad. No había ninguna satisfacción por lo que tanto me había costado conseguir, pero de repente me encontré en la cama del ayudante de trabajos prácticos de Historia

Medieval, a quien, sin darme cuenta, había ido seduciendo de a poquito. Desnuda y muerta de calor, boca arriba en un penoso colchón de un departamento en Villa Crespo, miraba hacia la cortina de visillo antiguo de la ventana y me preguntaba qué hacía ahí. No me había llevado el cuerpo (no tan hermoso) de aquel muchacho cuatro años menor que yo pero con un cargo en la Universidad de Buenos Aires y una beca del CONICET. No, no había sido eso. Entonces.

—¿No sos casada vos? —me preguntó el ayudante de trabajos prácticos.

Empecé a vestirme sin responder esa pregunta tan fatalmente machista que sí o sí estaba atada a que entonces era una mal cojida.

Mientras me ponía los zapatos, volví a preguntarme qué hacía ahí y si tenía que haber una razón. Sentía que había sido por esa lava que me recorría por dentro, la misma que había aflorado en otras ocasiones pero no había reconocido. Estaba casada y disfrutaba tanto en la cama reglamentaria que había salido a buscar una variante. Más de lo mismo, pero con otro olor. Y recordé que tomé la mochila y salí del departamento del ayudante a la calle. Mientras pedaleaba hacia casa, me dije que de cualquier modo una explicación racional era lo mismo que inventar excusas o argumentos para algo en lo que ni yo misma creía. Mi madre me habría dicho que “escupía al cielo”, que era una desconsiderada que no valoraba lo que tenía ni agradecía lo que me había sido dado. Pero ella practicaba un catolicismo riguroso. Y cuando unos meses después me encontré en otra cama extraña, volví a preguntarme qué hacía ahí. Me lo pregunté sentada en una silla de mimbre, mientras miraba la figura desgarbada de mi compañero, un inglés de 28 años que también trabajaba en el colegio de Belgrano. Él me miraba acaso con asombro y me dijo: “Sos hermosa”, casi sin pronunciar la r. *We should do this again,* tendríamos que hacer esto de nuevo. Me contó que volvía a Inglaterra para doctorarse, y sentí envidia: yo, a duras penas, estaba completando mi maestría.

Y ahora tenía 38 y quienes anteponían su carrera a cualquier otro proyecto se doctoraban a los 27 o 28, como ese compañero inglés, e iban sumando títulos para escalar cargos. En cambio yo había desatendido mi carrera académica por dedicarme a la docencia y a mi familia.

4

A la noche de aquel miércoles, con Juan hicimos el amor “rabioso”. Teníamos tres modos de tener sexo: el biológico, que era una mecánica pero muy aceitada forma de dar y recibir la descarga genital imprescindible; el amoroso, en el que la electricidad del sentimiento me hacía llorar de emoción; y el lleno de bronca, en el que parecíamos luchadores de sumo atacándonos y, aunque Juan jamás estaría de acuerdo, nos aliviábamos mutuamente la rabia del día que uno dirige al que está más cerca, y por eso lo rotulé “rabioso”. Con él, podíamos terminar una discusión áspera y al instante encendernos como si no hubiésemos sido nosotros mismos los que segundos antes nos habíamos increpado para imponer nuestra razón. Después, me invadía una sensación laxa, de abandono, que me evitaba los insomnios irremontables. En esos días, más aún: Lilit impregnaba todo lo que hacía y muy seguido me encontraba revisando mis apuntes o googleándola a medianoche.

A la madrugada, fui hasta mi biblioteca a buscar el único libro que me quedó de la abuela, el *Rubaiyat,* en el que había aparecido la postal con la imagen de Lilit.

—Vos y yo —me dijo cuando me lo entregó, con una voz lejana de tan débil, el mismo día en que la ingresaron por última vez al neuropsiquiátrico— estamos hechas de la misma tela.

Ya la habían internado antes porque un médico había aconsejado el electroshock para tratarle la depresión diagnosticada. “Curas de sueño”, las había llamado mi madre, avergonzada por la insolencia de “tu abuela” de escupir al cielo, como le gustaba decir. No le perdonaba sus cambios abruptos de ánimo, pasar del júbilo a la tristeza de un modo tan egoísta; tampoco aceptaba el diagnóstico de depresión, esa “mala palabra”. Les prohíbo que la repitan, había dicho, como una amenaza. En mi familia, no había locos ni amargados y las mujeres eran conocidas por serviciales, cariñosas e incluso solidarias. Y de mí no toleraba esa devoción por la abuela. Por eso, cuando esta murió, fue mi madre quien se encargó de anunciarles a todos que la biblioteca solo tenía libros viejos y húmedos que no valía la pena conservar. Yo estaba segura de que la abuela, mucho antes de perder definitivamente la razón, había apartado, para mí, sus novelas predilectas, pero mi madre lo negó y puso la biblioteca en venta.

Tomé el *Rubaiyat* y lo abrí donde estaba la postal de color sepia. Detrás de la imagen de la mujer desnuda con el cabello rojo, decía: “Lilit, la que no necesita un hombre”. Había cometido el error de preguntarle a mi madre quién le habría enviado esa postal a la abuela, lo que había provocado su cólera. Solo ver la imagen le había bastado para exclamar: “Tirá eso ya mismo”. Volví a preguntarme qué me habría querido decir la abuela al regalarme el libro con esa postal entre sus páginas. Sin duda, también esa imagen me había llevado a la biblioteca del Seminario Rabínico, un lugar desconocido para mí, y por eso no se me habría ocurrido relacionar todo esto con Jákob Adam, hasta entonces el filósofo solitario que veía en la vieja casa de Villa Urquiza, jugando al ajedrez con el abuelo. Recordé que una tarde de verano, mientras la abuela y yo leíamos cuentos de Isaac Bashevis Singer, le confesé que deseaba ser judía. La abuela empezó a reír y reír. Estábamos en el jardín de su casa delante de los bananeros, aquellas plantas tropicales que, según la abuela, se habían puesto de moda en los años sesenta como todo lo que provenía de Río de Janeiro. Dejó de reír y en voz baja me dijo que lo que yo deseaba, en realidad, era la libertad intelectual. Por más que me convirtiera a la religión judía, nunca alcanzaría a ver el mundo de otro modo que a través del prisma de mi crianza, en el seno de católicos reaccionarios. La única salida era la locura, algo que ella no recomendaba porque en ese entonces, en vez de electroshocks, querían curarla con psicofármacos, que equivalía a transformar el malestar en idiotez. Entonces señaló la estatua al fondo del jardín, al lado de la magnolia, y dijo: “¿Ves? Aquella mujer desnuda es libre. Está a cargo de sus decisiones, es dueña de un universo propio. Eso es la desnudez, que aterra a tu madre, pero no es grave, porque se resuelve fácilmente: vistiéndose. ¿Entendés lo que te quiero decir? Te quiero decir que ella necesita acatar mandamientos, vivir de acuerdo con las reglas que otro, que considera superior, haya dispuesto”.

Miré la estatua de la mujer desnuda que arrojaba agua de su cántaro sin cesar y deseé, con toda mi alma, entender al pie de la letra lo que la abuela quería decir. La abuela abrió el libro que tenía debajo de la silla, el *Rubaiyat,* y acarició una de las páginas. Después, sentiría aquel recuerdo como un sueño, algo que podría haber imaginado, otro enigma de aquella otra Luisa, Louise (quizás mi madre se hubiese arrepentido de haberme llamado como ella), una fantasía, el fruto de mis ganas de tener una mujer-fuente de inspiración, una “maternidad intelectual”, acaso semejante a la que había buscado en la religión. A los 17, quizás por una sensación de orfandad que me perseguía desde tiempo atrás, me había llevado a buscar a Dios en el catolicismo vehemente de mi madre para hallar vacío donde mi madre colmaba su vida. Más tarde, había pasado un breve tiempo en el budismo, que

terminó pareciéndome impostado. La religión me habría dado una pertenencia clara, pero no sucedió, y el agnosticismo sucesivo fue como abrazar la inexistencia y también el desamparo, como encontrar refugio en un cuarto oscuro.

—El *Rubaiyat* te va a mostrar que pensando no vas a alcanzar la paz —me había dicho la abuela aquella vez—. Los sabios más conocidos caminaron en las tinieblas de la ignorancia y sin embargo para sus lectores fueron guías.

Ahora me preguntaba: ¿había deseado ser judía por Isaac Bashevis Singer? Yo sabía que el libro de Singer había llegado a la casa de mis abuelos por aquel hombre siempre vestido de negro que los visitaba los domingos. Sabía poco de él, porque los domingos practicaba atletismo. Pero aquellas pocas veces en las que lo había visto —lo recordaba sentado en una de las sillas de hierro del jardín, tomando granadina, aquella bebida que preparaba mi abuelo—, había advertido el embeleso con el que los abuelos lo escuchaban.

Dos días antes de ir a la biblioteca del Seminario Rabínico, me había sentado a leer el *Rubaiyat* por tercera vez desde que la abuela había muerto. Releí el último pasaje que ella recitó en la habitación del neuropsiquiátrico, sentada en su sillón al lado de la ventana. Estaba muy medicada, la mirada a la deriva y el pelo blanco, largo, despeinado. Cada tanto miraba en mi dirección y sonreía, como si dudara en reconocerme, pero aun así nunca fue descortés, y me hacía preguntas sutiles, hasta que se daba cuenta de que yo era su nieta. Me sorprendía la delicadeza que la abuela podía mantener en ese lugar tan hostil. Sin embargo, recitó aquellos versos de memoria, en tono declamatorio, como si hubiese más verdad en la organización de las palabras que pronunciaba que en aquella diminuta habitación. Después permaneció acurrucada en el sillón, en silencio, desguarnecida, como si regresara de un trance. Me arrodillé delante de ella y le acaricié las manos. La abuela se sobresaltó y muy rápido las guardó detrás de la espalda. En seguida me miró y estiró los brazos sobre la falda, entregándome las manos a un nuevo roce. Las tomé y el contacto físico me calmó.

—Tu madre tiene razón en desconfiar de los médicos, los mayores ignorantes de este mundo —dijo, muy seria, y al percibir mi desconcierto empezó a reír, la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados—. ¡Y vos, tan chica y ya de novia con uno! Gente de ciencia, que supone conocer enfermedades por sus síntomas —dijo después, envalentonada—. En cambio, Omar Khayyam amaba aquello que no se puede definir sino solo soñar, inventar, porque no se engañaba a sí mismo ni pretendía engañar a los demás —terminó, casi en un hilo de voz.

Advertí el esfuerzo por la frase larga, que la dejó sin aire. Sin embargo, la abuela hizo una pausa breve y preguntó:

—¿De qué estábamos hablando? Ah, de las cosas serias a las que se refería mi amado Omar: tanto querer encontrar un sentido, cualquier sentido… ¡si todo es un gran disparate!

Cuando me iba, sentí que me ahogaba una angustia maciza, que tal vez proviniera de aquella “misma tela” de la que estábamos hechas las dos. Ese lugar en el que la abuela vivía y viviría ya hasta el fin de sus días lograba ensombrecerme. Caminaba y caminaba —los pasos largos, la cabeza concentrada en mirarme solamente los pies— y no podía quitarme de encima su imagen desvalida, ese final injusto para una mujer tan franca y tan inteligente.

5

En la reunión de los cuatro alumnos en calidad de doctorandos con nuestro director de tesis, el profesor Arispe, apenas hablé, ya que aún no estaba segura del enfoque de mi investigación. Sin embargo, mencioné mi interés por la relación del texto con su contexto, las circunstancias que producen una determinada manera de interpretar el mundo y cómo casi todo —por no decir todo— se convierte en objeto de interpretación, aun en quienes no quieren reconocer el peso de la subjetividad.

El profesor Arispe no hizo comentario ni gesto alguno y acepté su apatía como algo normal. Estaba acostumbrada a sus repentinos silencios, compactos y tan contagiosos para sus subalternos, que fácilmente los identificaban como reprobaciones. Quizá por eso los demás doctorandos permanecieron mudos, los ojos clavados en sus cuadernos.

Había vivido varios desdenes de su parte cuando cursé la materia Historia Medieval, y ahora dudaba de si lo había elegido como director de tesis por su especialidad medievalista o por una masoquista afición al rechazo. Fuera como fuere, todavía estaba en la etapa inicial de la investigación, por lo que no hacía falta sacar a relucir mi poco erudita fascinación por Lilit y menos exponerme a mofa: aquel no era un día en que me sintiera particularmente fuerte y perspicaz.

Para el final de Historia Medieval con Arispe, diez años antes, ya me interesaba la relación del texto con su contexto (a pesar de las reticencias teóricas de Arispe y de tantos otros historiadores ortodoxos) y preparé el tema de los cuentos orales que contaban los campesinos europeos y el modo en que habían ido amoldándose a las cosmogonías de cada época y lugar. Dije que la Caperucita de los cuentos campesinos orales, por ejemplo, no desobedecía a su madre ni dejaba de leer las señales escritas y sobreentendidas en el orden moral en el que vivía. Hasta que Perrault escribió su relato para la corte de Luis XIV, Caperucita no había hecho nada para ser devorada por el lobo. En la época medieval, su historia simplemente trataba sobre la fatalidad de la vida humana. El relato de Perrault, en cambio, añade la moraleja que no existía y alude a la sexualidad: la niña se acuesta desnuda con el lobo. Es un cuento cruel, que termina mal; el lobo la

devora. Más tarde, en 1812, los hermanos Grimm la reescribieron adaptándola a su época y lugar, el romanticismo alemán, le eliminaron la desnudez (el lobo se acuesta con la ropa de la abuela) y le agregaron el final feliz del leñador rescatándola del estómago del lobo.

En la mesa de examen, Arispe hizo una mueca de sorna y, sin cambiar el gesto, miró al otro profesor de la mesa, mi improvisado amante, el del departamento en Villa Crespo —con un peinado a lo Cristóbal Colón, la actitud de reverencia hacia el gran profesor a la vista—, buscando su complicidad.

—¿Entonces cuándo Caperucita pasó a ser un relato de advertencia? —preguntó.

La pregunta me tomó por sorpresa, estaba segura de haberlo dicho ya. Casi no me salió la voz cuando respondí que había sido Perrault, que escribió para prevenir a las niñas de encuentros con desconocidos. A pesar de la mueca de sorna de Arispe, agregué que Perrault la mostró como una casta niña de aldea enfrentada a la viveza del lobo, en la dinámica dominador-dominada, sesgo erótico tan antiguo como el mundo. Y le incorporó la caperuza, símbolo de la aristocracia, que la revela deseando pertenecer a una clase más elevada y, así, merecedora de un castigo por disconforme:

—El típico “algo habrá hecho la chica” para que el lobo la devore —dije, mirando a los integrantes de la mesa y desafiándome incluso a mí misma, no solo por el contenido, sino también por el tono y la ironía final—. Caperucita paga la desobediencia con la vida —agregué como cierre de una exposición que terminó impecable, ni un titubeo en el enlace de las palabras.

—No te vas a dedicar a la microhistoria, me imagino, ¿no, Caperucita? —me interrumpió Arispe, ahora con la cabeza ladeada en esa mímica de ternura que algunos hombres usan para hablarles a las niñas o a sus esposas.

Sentí un ardor en la boca del estómago y el corazón golpeándome el pecho como una pandereta. Ni siquiera miré al profesor joven para exigirle que repudiara la degradación del profesor viejo, porque era inútil. Ya había vivido una experiencia parecida: ese tipo de profesores eran dioses en el firmamento universitario y conseguían devoción servil de parte de sus adjuntos, todos ellos pendientes de los cargos que se esforzaban por obtener.

Miré en dirección del tercer docente de la mesa examinadora, una joven recién incorporada a la cátedra, pero ella agachaba la cabeza, repentinamente interesada en el contenido de una carpeta. Continué mi discurso, sulfurada de ira pero sabedora de la conveniencia de aplacarla. Más tarde, dije, el punto central de la trascendencia de la historia de Caperucita es su trasgresión: incumple el mandato de la

autoridad, la madre, y su prohibición de desviarse del camino. Caperucita es rebelde e individualista, que son las características de las brujas, y por eso el lobo no la devora apenas llega, sino que la somete a un juego de preguntas y respuestas. El lobo quiere “convertirla”, convencerla de que se entregue de buena gana, al estilo de un pacto satánico.

Me atreví a mirar fijo a Arispe, mostrándole que yo, aunque no perteneciera a ninguna cátedra —porque no quería someterme a las “pruebas” de rigor, para ser invitada— y fuera un cordero solitario en la facultad, igual estaba al tanto de su fama de seductor de alumnas “convertidas” con el desgastado verso de que la historia humana es una historia de represión, motivo por el que, en su entorno y según Arispe, proliferaban las mujeres privadas del buen sexo que él, como un filántropo comprometido con la causa, estaba habituado a proporcionar.

Ahora me había inscripto en el seminario de doctorado “Ángeles y demonios en la civilización del Occidente bajo-medieval y temprano-moderno” y había comenzado a buscar, en la bibliografía obligatoria —en el arco temporal de los siglos medievales y el comienzo de los modernos—, las referencias a la naturaleza diabólica femenina en oposición a la angélica. Encontré que, en el universo socialmente construido por la civilización de Occidente, ni demonios ni ángeles remitían a un fantasmagórico umbral de casualidades sobrenaturales y que, dentro del imaginario colectivo, la locura femenina era síntoma de posesión diabólica.

La musa de la civilización occidental era la Virgen Madre María, opuesta al mito diabólico que requería, en vez de rezo, exorcismo. Si los humanos vivían, en aquella época, en la conciencia de un peligro inminente que no era el verdugo sino el infierno, yo buscaba el germen del enfoque de la mujer entre dos extremos opuestos: ¿cómo y cuándo comenzó a verse a la mujer de ese modo?

Por el momento, pensé, me atendría a cumplir con los requisitos del seminario y a investigar callada, porque una cosa me llevaba a la otra, y la otra era Lilit, el personaje de la postal que la abuela había atesorado, que me alejaba del período bajo-medieval y temprano-moderno, del seminario de Arispe, y me remontaba al origen de la cosmovisión occidental: al libro de los libros, el libro sagrado, que presenta al mundo humano según Dios, qué se espera de nosotros y por qué. Mientras tanto, haría el esfuerzo de cumplir con las exigencias del seminario, porque no escapaba del terror a la idea de no pertenecer a la casta de elegidos de Arispe y de otros como él, que por entonces era casi lo mismo que imaginarse en la margen opuesta de un río, con apenas un bote desvencijado y un remo diminuto para poder cruzarlo.

6

El viernes siguiente, a primera hora de la tarde, volví al Seminario Rabínico. La biblioteca estaba todavía vacía y la bibliotecaria, sola, concentrada en revisar los cajones de un archivero ubicado detrás del mostrador.

Preferí no mencionar a Jákob Adam ni a Lilit. Consulté una de las computadoras y le pedí algo sencillo, que podía indicarle por dónde iba mi interés, alejado de la doctrina religiosa y, más todavía, de esas intromisiones impropias a las que tanto les temían ella y el señor rector y todos aquellos que poseen un saber y lo protegen de los incultos. Entonces, le pedí *Los mitos hebreos,* de Robert Graves. Lo tenía en casa, pero necesitaba transmitirle confianza. Los bibliotecarios son vestales, pensé, custodian los libros con un celo atávico. No hay otros sitios públicos donde suceda lo mismo. En parte no me disgustaba que actuara así; me sentía desafiada a devenir su cómplice, aunque aún no supiera bien con qué objetivo o intención.

Me senté a una mesa a completar mis anotaciones. El Génesis 1, que habría sido escrito en el 450 a. C., tiene cuatro fuentes independientes. Respecto de la creación del hombre y la mujer, la fuente elohísta —llamada así porque para ella Dios es “Elohim”—, que proviene de Jerusalén (850 a. C.) y fue elaborada poco después del regreso del exilio babilónico, cuenta que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. “Varón y hembra los creó”, dice con exactitud. Este autor trata a Dios como si fuera un ser humano que en ciertos momentos se aparece como persona y es capaz de pensar y ser disuadido.

El capítulo dos presenta el relato yahvista —Dios es Yahvé o Jehová — y su autor es conocido como “J”; también procede de Judea, pero es anterior al exilio en el que Jehová-Dios creó al hombre y, más tarde y de su costilla, a la mujer para que fuese una ayuda idónea. Ambos textos habrían sido incorporados en la Torá en el 400 a. C., pero el revisor sacerdotal escribió “Yahvé Elohim” (que suele traducirse como “el señor Dios”) para darle uniformidad. Sin embargo, ese revisor no eliminó otros detalles contradictorios que siempre desconcertaron a judíos y cristianos, en el afán de buscarles explicaciones. Por ejemplo, en el primero crea el cielo antes que nada, y en el segundo, la tierra y luego el cielo. Lo subrayé porque me interesaba la conformación del

canon, es decir, la selección de textos que integraron el Tanaj, para los judíos, y el Antiguo Testamento, para los cristianos.

La bibliotecaria apareció con dos libros de Gershom Scholem que apoyó sobre la mesa. La mujer, a la que aún no le había preguntado el nombre porque me parecía un gesto de excesiva confianza, vestía una túnica larga, gris claro, como la vez anterior, de la que asomaba una remera de un tono más claro, que le daba un aspecto menos formal. Le agradecí, pero ignoré los libros. Seguí leyendo que la versión cristiana más famosa del Renacimiento sobre Lilit está en la Capilla Sixtina: Miguel Ángel Buonarotti la pintó como una semimujer, semiserpiente, enroscada en el árbol de la sabiduría, empeñada en inducir la caída del Edén. Lilit habría decidido vengarse de Adán donde menos él lo hubiera esperado: su nueva esposa, Eva.

En el siglo XIX, Dante Gabriel Rossetti, para quien la mujer era una fuerza atractiva y poderosa que arrastraba al hombre a la muerte, pintaba dos tipos: la bendita y la *femme fatale.* Su pintura *Lady Lilith* es la de una hermosa mujer cuya mirada penetrante no está dirigida al que la mira ni a un objeto dentro del cuadro, sino hacia su propio reflejo. Su mirada atrae otras miradas y la suya, como le sucede a Narciso. Sabía que la fascinación de Dante Gabriel Rossetti por el *Rubaiyat* había logrado que, cuando apenas apareció la traducción en 1859, dejara de pasar inadvertido. Él mismo se encargó de difundirlo. Y eso, pensé, no era un hecho menor.

En el siglo XX, James Joyce, en su *Ulises,* le dedica el capítulo XIV al tema de la vida versus la muerte, y en él, un narrador hiperbólico condena la contracepción con epítomes despectivos que refieren a Lilit como patrona de abortos, porque la generación de vida sería una metáfora femenina de la creación artística. Como si las mujeres solo dieran vida biológica, como si ellas solo tuvieran esa capacidad y la creación artística no hallara otra forma de condensar su simbolismo más que en la estereotipación de lo femenino, en la mujer que procrea.

La bibliotecaria volvió a acercarse y en voz muy baja me comentó que el periodista que buscaba a Adam la semana anterior era de un canal de cable de los Estados Unidos. Supuestamente, agregó. Se quedó mirándome fijo, esperando mi reacción. No dije nada, y siguió:

—¿Por qué un periodista estadounidense buscaría a un erudito serbio, que recaló en Buenos Aires en 1959?

—¿Serbio? —pregunté, sin esperar respuesta. No sabía que Jákob Adam fuese serbio, y además no era habitual que hubiera serbios en Buenos Aires, aunque no estaba segura de lo último, sobre todo porque se los englobaba en el rótulo amplio de “yugoslavos”.

No llegaba a imaginar qué buscaba la bibliotecaria, que había pasado del recelo a la proximidad, de mostrarse molesta cuando me vio por

primera vez a esa cercanía casi confidencial. Procuré devolverle una mirada receptiva, acaso ávida, y extraje de mi mochila un libro mío, lleno de señaladores, que también era de Gershom Scholem: *Kabalá y contrahistoria.*

—Scholem fue colega de Jákob Adam en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Mejor dicho: Adam fue su alumno y después su colega —dijo la bibliotecaria mientras estiraba su enorme mano izquierda para tomarlo y la derecha, en el aire, para el saludo—. Mi nombre es Ruth —se presentó y su cara se iluminó con una expresión calma y no exenta de candor, propia de una persona parsimoniosa, que no se deja arrastrar por las corridas de acá para allá de la vida de hoy.

En una actitud celosa de un conocimiento que custodiaba y que quizá nadie le habría solicitado que lo hiciera, volvió a señalar los libros de Scholem que había apoyado sobre la mesa. Una coincidencia que me pareció alentadora: las dos interesadas en textos del gran Scholem, a quien yo había empezado a leer cuando estaba en el último año del colegio secundario.

—Ser ortodoxo tiene sus ventajas —dijo Ruth—, porque se dispone de un marco fijo, un sistema de coordenadas que no se puede cuestionar.

—Y para ellos —dije— la Torá es algo divino. Dios les habla a través del libro sagrado y les ofrece respuestas a todas las preguntas.

—En todas las religiones hay ortodoxos, conservadores, radicales… —siguió Ruth y encogió los hombros, en un gesto que no parecía de resignación, sino de mesura.

Bajo la mirada de la bibliotecaria, empecé a pasar las páginas del primero de los libros de Scholem que me había traído. Solo se oía el sonido del papel y el de la lluvia, que golpeaba con suavidad los ventanales del Seminario. La bibliotecaria regresó a su puesto detrás de la mesa alta.

Después de una hora de lectura, el rector se acercó a mí y me preguntó si podía ayudarme. Me sorprendió; ese hombre parecía menos deseoso de colaborar que de curiosear sobre mi búsqueda. Le comenté que estaba interesada en el texto medieval anónimo sobre Lilit, pero como el origen de ese personaje era tanto más temprano, estaba intentando rastrearlo. Ya Isaías la mencionaba, en la Biblia.

—El profeta se refiere a un *maskim,* un demonio cualquiera —dijo el rector con veloz displicencia.

—Pero también aparece en los rollos del mar Muerto encontrados en Qumrán —porfié.

El rector me miró fijo a los ojos, como si hubiera querido mostrarse severo, pero su aspecto era paternal a pesar de que mi búsqueda lo agraviaba.

—Cuídese de no contaminar su investigación de subjetividad,

señorita —me dijo—. Puede cegarla.

En ese instante, estalló un trueno que sonó al lado de la ventana, y la bibliotecaria dio un gritito. El rector y yo miramos en su dirección y la bibliotecaria rio, nerviosa, con sus enormes manos tapándose la boca.

El rector caminó unos pasos, se acercó a la ventana y se puso a mirar hacia afuera, quizá menos por el interés de lo que podría ver desde ahí que para abandonar la cuestión, pensé, porque su desconfianza era evidente. Me molestaba que aquel señor muy pulcro y aparentemente a la defensiva del dogma como algo sagrado e incuestionable me hubiese hecho esa advertencia. Supuse que no le habría dicho a un hombre lo que me había dicho a mí, aun si se hubiese tratado de Arispe, un provocador nato, fácilmente detectable.

Enseguida apareció la bibliotecaria, de pie detrás de mi hombro. Cruzó su inmenso dedo índice sobre sus labios y torció la cabeza en dirección al rector, en señal de que disimulara lo que ella estaba haciendo. Esa mujer se movía con tanto sigilo que de repente estaba en un lugar de la biblioteca y, al instante, en el rincón opuesto, como una aparición, y desde cada ángulo me observaba de un modo curioso o expectante.

—La verdadera historia se encuentra en una tradición subterránea que debe salir a la luz —dijo Ruth, y a mí me pareció que a lo mejor aquella mujer podría haber aspirado (o quizás ya lo hubiera hecho y sin suerte, de hecho ahí era la única mujer) a mucho más que a buscar los libros en un anaquel y entregárselos a los lectores.

Después, como si cometiera una infidencia o se sintiera desleal a los que la habían contratado para cuidar la biblioteca del Seminario pero aun así no pudiera evitarlo, dijo que la sola mención de Lilit contrariaba a los eruditos tanto judíos como católicos. El rector, al verme por segunda vez en la biblioteca, le había preguntado a ella cuál era el tema que yo investigaba. Por eso, ahora me recomendaba que no lo contradijese y siguiera adelante, detrás de mi objetivo.

Inesperadamente, Ruth me guiñó un ojo, como si quisiera hacer un chiste, y preguntó, al aire, orgullosa de lo que iba a decir:

—¿O las mujeres, históricamente, no traían mala suerte dentro de los barcos? Pero un día hubo que abrir la puerta de la escuela naval a las mujeres, y los hombres no tuvieron más remedio que desprenderse de aquella superstición —remató.

Giré completa mi cara y la miré. Una semisonrisa dirigida a Ruth podría ser suficiente contraseña para mostrarle que estábamos del mismo lado. Después, saqué mi notebook de la mochila para consultar si los títulos de Scholem que me había sugerido coincidían con los que había anotado. La computadora se abrió justo en la página con mis apuntes, y leí lo último que había escrito: Lilit se fue del Edén por su propia voluntad.

—Sería mejor no mencionarle al rector que usted leyó el cuadernillo que encontró en la carpeta de Ben Sirá —me susurró Ruth en el oído —. Se lo pido por favor. Debí haber guardado ese texto en el otro archivero.

No respondí. Las dos vimos al rector desaparecer por la puerta que estaba al lado de la ventana, y enseguida Ruth se sentó junto a mí. Hizo una sonrisa pícara:

—Lilit se negó a acostarse debajo de Adán durante el sexo para no ceder a su superioridad. Fascinante, ¿no? Yo la conocí por Adam.

—Pero si bien ella se fue, tengamos en cuenta que también se sintió rechazada y enojada —dije—. A mí me parece que, en la versión del anónimo medieval, el hombre no puede gobernar el deseo de libertad de la mujer y ella se empecina en no ceder. Al final, ambos perdieron.

—¿Usted sabe que además de la Torá escrita existe la Torá oral, que también le fue dada por Dios a Moisés en el monte Sinaí?

Dije que no.

—La Torá escrita está en los rollos que se encuentran en cada sinagoga, y la oral son las enseñanzas que se transmiten de padres a hijos. Estaba prohibido escribirla, pero como la persecución que hemos sufrido los judíos fue tan brutal, se corrió el riesgo de perderla. Entonces los sabios decidieron escribirla y el resultado es el Talmud.

—¿Y los *midrashim* forman parte de la Torá oral?

—Sí, pero a mí me parece que lo que usted busca está en el Talmud de Babilonia, que difiere del de Jerusalén.

Miré la ventana chorreada de lluvia y de repente, del otro lado, se encendió un fucilazo que no estalló. La luz se colaba por la ventana y coloreaba a la bibliotecaria de gris, envuelta en un hálito extraño. En ese momento, noté que Ruth me miraba las manos, los dedos lastimados de tanto morderme las uñas, y las escondí debajo de la mesa. Me gustaba haber conseguido esa alianza. Y pensar que la primera impresión que me había hecho de ella era la de una mujer desconfiada o recelosa, que parecía irritarse enseguida, acorralada por el disgusto que le producía cualquiera que se le acercara. La abuela reaccionaba así muy seguido, recordé, como si el género humano en su totalidad la exasperara.

Volví a casa en el 130, pensando en la excusa de Adán para convencer a Lilit de que se acostara debajo de él: que su constitución física la hacía ideal para estar boca arriba. Me reí y en ese instante advertí la mirada lasciva de un hombre al fondo del colectivo, tomado del pasamanos. Le devolví la mirada, y el hombre apoyó una mano en su entrepierna. Le hice un gesto de sorna y caminé hasta un asiento que acababa de desocuparse. Cerré los ojos y, de golpe, me acordé de aquella vez en que regresaba en auto, con Juan, de un casamiento en Entre Ríos, y veníamos discutiendo, exaltados. Juan estaba furioso por

el modo provocativo en el que yo había bailado con un amigo muy célebre por seductor, y yo me defendía hasta que me cansé de discutir y le dije frená ya mismo el auto y acabemos con esto allá, detrás de los eucaliptos. Juan estaba enardecido y habría preferido no ceder, pero obedeció y se detuvo en la cuneta. La ruta se veía desierta y apenas abrimos las puertas del auto sentí un olor intenso a pasto, un olor delicioso y salvaje. Cruzamos una zanja hasta una fila de eucaliptos y ahí Juan me empujó contra el suelo húmedo en un gesto impulsivo, de macho imperioso. Me levanté enseguida y me abalancé sobre él, le desabroché el cinto y le bajé el cierre de su pantalón de fiesta. ¿Quién está enojado, vos o yo?, le pregunté, y él se entregó a mis caricias.

Bajé del 130 y recordé que Jákob Adam, en el último año, antes de que muriera la abuela y el abuelo vendiera esa casa, los visitó con su hijo. Aquella vez el abuelo me presentó a ese muchacho, el hijo de Jákob, orgulloso:

—Mi nieta mayor. Una excelente atleta, además de buena alumna.

Era una tarde de domingo, tendría… ¿13 años? Me dio vergüenza porque estaba sudada y me sentí incómoda al tender la mano para el saludo. De él, solo recordaba que tenía el pelo negro, era alto y de espaldas anchas, lo que le daba el porte de un hombre cuando aún no lo era. Vestía jean y remera roja y no me tomó la mano para estrecharla; me acarició la cabeza de un modo tierno, afectuoso, ese al que a veces los adultos recurren cuando un niño los conmueve.

7

Me desperté a la madrugada pensando que mi búsqueda era como la de Averroes tratando de entender la comedia y la tragedia griegas: mi lectura siempre estaría intoxicada de mí misma, de la escala de valores con la que había llegado a la adultez y que consideraba retrógrada, quizá también necia, pero con la que aún convivía. Mi vida diaria solo tendría sentido si hallaba la salida de ese mundo para tratar de colarme en otro al que pudiera acceder con la llave del estudio. Estudiar para despegarme de las marcas del origen, pero no para adquirir otras, nuevas y tal vez ajenas y forzadas, sino para entregarme a las que descubriera por mí misma y que fueran, por lo tanto, propias.

Había cocinado tallarines mientras Juan me contaba un problema con un paciente del hospital. Cada tanto, lo miraba mostrándole que le prestaba atención, iba y venía con el colador, removía la salsa de la olla subiendo y bajando el fuego de la hornalla, buscaba los condimentos en una y otra puerta de la alacena, mientras procuraba no perder detalle del caso terrible que le había tocado ese día, una chiquita que había quedado enganchada en la hélice del lanchón en el que viajaba. Aun así, cenamos tranquilos, como lo hacíamos cuando las nenas comían antes y se iban a la cama.

El insomnio me atacó a las tres de la mañana. Me había dormido temprano, había caído rendida por el trajín del día. Sin embargo, en plena madrugada, alguna idea suelta hizo presión y me despertó. La vigilia en mitad de la noche. Y la preocupación. Pensé que fracasaría en comprender los textos hebreos antiguos, porque solo iba a encontrar en ellos lo que había salido a buscar, y además me estaba desviando del período que concernía al seminario de doctorado.

Fui a la cocina con mi notebook. Leí lo último que había escrito: Adán le exigió sumisión a Lilit en tanto ella no pretendía controlar a nadie, sino señalar la igualdad entre ambos. Lilit dijo: “Somos iguales porque fuimos creados de la tierra”. En hebreo, “Adán” y “tierra” tienen la misma raíz. Lilit se frustró con la tozudez y la arrogancia de Adán y pronunció el nombre inefable de Dios, Yahvé, impronunciable por su condición sagrada. En los días del Templo de Jerusalén, solo el alto sacerdote podía —y una sola vez al año— decir el nombre de Dios en voz alta, y eso sucedía en el día de Yom Kippur. El nombre divino

de Dios era inaccesible, como lo manifestaba el episodio de la mata ardiente en Éxodo 3, "yo soy lo que soy". Entonces Lilit pecó impunemente y pudo irse volando del Paraíso, porque obtuvo el poder de volar al pronunciar el nombre sagrado de Dios. No se fue al desierto, sino al mar Rojo, un lugar histórico y simbólico para los judíos. Me dije: la mayor audacia de Lilit fue pronunciar el nombre de Dios, el organizador del mundo.

Por la tarde, volví a la biblioteca del Seminario Rabínico apenas abrió y encontré a Ruth en su lugar detrás de la mesa alta de la entrada, sus manos desmesuradas acariciando el lomo de un libro de tapas raídas. Me llamó la atención su delgadez. Vestida con pollera larga hasta los tobillos, como el primer día, se veía ligera salvo por unos zapatos abotinados, iguales a los que llevaba yo.

—Entiendo que soy subjetiva al ver a Lilit como símbolo de libertad femenina, de rebeldía… También, que si defiendo la subjetividad a rajatabla, mi tesis de doctorado en Historia tambalea. Lo entiendo.

Ruth miró a la derecha y a la izquierda, probablemente para cerciorarse de que el rector no estuviera cerca y pudiera oírnos. Era evidente que le debía fidelidad y que su opinión personal, al diferir de la de su superior, podría considerarse una traición. De todos modos, masculló:

—Ojalá hubieses podido hablar con Jákob Adam —y suspiró—. Yo lo conocí acá, y conocerlo me cambió. —Levantó un hombro e hizo una pausa, como creando misterio—. Era un hombre muy solitario, muy callado. Siempre vestía de negro, como vos lo recordás. Y hablaba pausado y parsimonioso. Fue un lujo haber accedido a su confianza. Me llevó años. Era un placer escucharlo —dijo y llevó los ojos hacia arriba, como buscando otras palabras que definieran mejor su admiración.

Ruth había hecho tanto esfuerzo por hablar en voz baja que se atragantó con su propia saliva. Comenzó a toser y se inclinó sobre uno de los carritos con libros mientras continuaba tosiendo. Cuando la tos cesó, me tomó de una mano y caminamos una al lado de la otra bordeando la mesa alta. Ahí había otra ventana que daba a un contrafrente. Nos detuvimos; Ruth delante, el mentón en alto, con la confianza de una dueña de casa. Su cabeza llegaba a mis hombros. Una vez ahí, como al amparo de algún peligro y envuelta en un aura intangible, me dijo, en voz tan baja que apenas pude oírla:

—El experto en Lilit fue Jákob. Le dedicó la vida a ella —lo dijo ya sin musitar y mirándome a los ojos, como si me hiciera una confesión —. Leía a Dostoievski y la Torá sin distinción de que uno fuese palabra humana y la otra, palabra revelada, y eso lo fue alejando del Seminario, por más que hubiese llegado de la Universidad Hebrea de Jerusalén y fuera discípulo de Scholem. Tampoco había buscado la

pertenencia, porque a Adam no le interesaba el aval ajeno, probablemente por las restricciones que ello implica. Estuvo un tiempo en Mishkán. ¿Conocés ese centro de espiritualidad? Es abierto, moderno. Podrías pasar por ahí y preguntar por él. Sobrevivió a dos campos de exterminio, imaginate. Pero su autonomía intelectual no les caía bien a los defensores del dogma, siempre temerosos de que algo se resquebraje. Para colmo, su hijo.

Esperé callada. Ruth siguió. Me dijo que el hijo, Gabriel, no parecía su hijo, quién lo hubiese dicho. Renegaba del judaísmo y se había hecho millonario en los Estados Unidos. Temía que el supuesto periodista fuese su enviado. Era capaz de cualquier cosa.

—¿Por qué su hijo enviaría a un periodista a buscar material escrito por su padre? —pregunté.

Ruth levantó los hombros como queriendo decirme que Gabriel Adam era capaz de muchas cosas impensables, pero más que nada pareció evadir la respuesta.

Moví la cara de un lado al otro, mostrando empatía, intrigada y compadeciéndome de Adam.

—Y entonces, ¿él fue el autor de ese manuscrito que encontré dentro de la carpeta de Ben Sirá?

Ruth hizo una pausa larga.

—¿Viste que a veces una nota con claridad el error en la vida de los demás? No me digas que no te pasó. —Hizo otra pausa larga y siguió —: Las mujeres siempre vemos un poquito más allá. Bien, así fue lo de Jákob Adam: un hombre que llegó al país por error y al que el error nunca lo abandonó. O tal vez fue el destino. Llegó a Buenos Aires desde Israel, detrás de una mujer que había conocido en un campo de concentración y de la que estaba enamorado. Lo trajo el amor, me contó una vez. Llegó a un país muy distinto al que tenía en su mente; mucho más militarizado e intolerante. Era el gobierno de Arturo Frondizi, que gobernó ahogado por la proscripción del peronismo y la presión del poder militar, que le impuso ministros de Economía liberales y no lo dejó terminar su mandato. Pero eso no tiene mayor importancia; solo te comento el contexto del momento en que llegó, porque sos joven —se reconvino a sí misma Ruth, como si se hubiera excedido—. Era un judío intelectual, sin dinero, solitario, demasiado sabio para el judaísmo porteño de aquel momento, que desafiaba a la ortodoxia con su erudición. Y la ortodoxia, como sabemos, es intocable en todas partes.

Me quedé callada, expectante, intrigada por la contundencia de Ruth y esa forma de compadecer a Adam, de apiadarse de su suerte. Pensé en decir algo que la incentivara a continuar, pero no se me ocurrió nada. Ruth se percató de mi vacilación:

—Me gustaría confiarte algo que no puedo compartir acá. Es un

material en el que un amigo de Jákob, que todavía trabaja en esta casa, cuenta su historia.

Y me entregó unas páginas mecanografiadas en el mismo tamaño de papel y los mismos tipos que el escrito sobre Lilit. Me temblaron las manos cuando lo recibí, como si me hubiera depositado un objeto frágil o un cáliz. Ruth me las apretó, en señal de confianza, e insistió en que lo llevara; ahí nadie notaría su falta. Ya hablaríamos sobre su contenido.

8

Jákob Adam nació en 1926 en Novi Sad, una ciudad sobre la orilla del Danubio, en la llanura panónica. Novi Sad, en serbio, significa “nuevo jardín”. Durante el dominio otomano, fue el centro cultural de la nación. Se la conocía como la “Atenas de los serbios”. Por su posición estratégica y la fortaleza construida en lo alto de una lomada, al costado del río, también la llamaban “la Gibraltar del Danubio”. Era, además, la capital de la provincia. En el siglo XIX, el yugo que los turcos desplegaron sobre ella fue reemplazado por el del Imperio austrohúngaro, hasta la Primera Guerra Mundial, cuando se desmembró y fue incorporada al reino de serbios, croatas y eslovenos que luego se convertiría en el reino de Yugoslavia y, más tarde, solo en Yugoslavia, la nación gobernada durante cincuenta años por el mariscal Tito.

Sándor, el padre de Jákob, era un distinguido médico especializado en salud mental, y el 6 abril de 1941, cuando las potencias del eje invadieron Yugoslavia, se encontraba en la ciudad de Smederevo atendiendo a una paciente, a pedido de un colega. Luego, tenía planeado asistir a un congreso en Belgrado. Ada, la madre de Jákob, sabía que su esposo no regresaría a Novi Sad hasta el fin de la semana siguiente, pero empezó a preocuparse cuando los vecinos salieron a la calle a mirar los aviones alemanes que cruzaban el cielo en dirección a Belgrado. Muy poco después y antes de que Alemania le declarara la guerra a Yugoslavia, el II Ejército alemán atravesaba la frontera desde Hungría y deshacía al ejército yugoslavo que defendía la zona. Jákob, que por entonces estaba por cumplir 15 años, no pensaba seguir los pasos de Sándor ni dedicarse a la medicina psiquiátrica. A él le indignaba que su padre fuera indiferente a su identidad judía. Lo desilusionaban tanto los nacionalismos emergentes en Europa Oriental como el asimilacionismo judío; en cambio, lo inspiraba un espíritu sionista, que veía como la única forma de redimir la humillación y la opresión que sufrían los judíos. Para él, la guerra era un renovado intento de dominio tiránico, el mismo que habían ejercido el Imperio otomano y el austrohúngaro, y justificaba todavía más el regreso de los hebreos a Eretz Israel. No obstante, empezó a preocuparlo la angustia de su madre por la falta de noticias de Sándor. La inquietud aumentó cuando supieron que los croatas, conducidos por el líder

nacionalista Ante Pavelic, habían desertado en masa porque consideraron a los alemanes como liberadores y no como invasores. Pensaron que probablemente habían pactado con ellos la independencia de Croacia, que era su aspiración.

Eran días de caos, de noticias sombrías susurradas en las casas, en las calles y en la sinagoga donde Jákob estudiaba hebreo. El miedo expandía los rumores. Mientras tanto, los serbios, los montenegrinos, los bosnios, macedonios y eslovenos imitaban a los croatas reivindicando sus naciones, hasta entonces aunadas artificialmente bajo el nombre de Yugoslavia. Poco le importó a Jákob que el rey Pedro II de Yugoslavia huyera asustado del clima de autodeterminación soberana. Él esperaba el regreso de su padre para reprocharle su asimilacionismo y comunicarle lo que su madre ya sabía: su firme deseo de marcharse a Palestina. No dudaba de que su padre se encontraba bien. Alguien lo habría protegido; los médicos solían entablar un vínculo afectuoso con sus pacientes, que valoraban su saber. Seguramente, no habría podido avisarles; las comunicaciones también estaban afectadas.

El desasosiego de Ada crecía con el transcurso de los días. Jákob no comprendía esa actitud, porque ella siempre se había mostrado enojada con Sándor y se la veía contenta cuando él se iba de viaje. Estaba convencido de que su madre no amaba a su padre y que le reprochaba que creciera y disfrutara de su carrera, mientras ella había debido abandonar los estudios por el trabajo doméstico. Ada y Sándor se habían conocido en el colegio real de Zagreb y luego los dos habían asistido a la Universidad de Basilea, hasta que Ada regresó a la casa familiar en el campo cuando quedó embarazada de Jelena, en 1923. Se casaron en 1924 y Ada, que no podía retomar los estudios porque debía cuidar a su hija, volvió a quedar embarazada y al año siguiente nació Paula, y en 1926, Jákob. Los padres de Sándor, que se habían opuesto a la unión porque consideraban que una estudiante de medicina no sería una esposa atenta a las necesidades de su esposo, comprobaron que Ada estaba feliz de dedicarse exclusivamente a la familia.

En la sinagoga, Jákob le oyó decir a la mujer que dirigía la escuela judía que Ante Pavelic, cabeza del embrionario Estado Independiente de Croacia, era un títere de Hitler, y que el movimiento ustacha aspiraba a la supremacía étnica de la élite croata. Ya en su casa, le contó a Ada las noticias y la vio llorar hacia dentro, con los ojos secos. Todo el mundo sabía que los ustachas odiaban fanáticamente a los serbios. ¿Qué podía esperarse que hicieran, entonces, con los judíos serbios? Pero nadie alcanzó a imaginar la campaña de limpieza de “elementos indeseables” —reforzada por una propaganda basada en teorías de antropología racial— que comenzó para afianzar la

independencia croata recién conseguida.

A Jákob lo desconcertaba la angustia de su madre tanto como la falta de noticias de Sándor, y decidió no referirle los retazos de información que iba recibiendo. Algunas eran inverosímiles, como la que había escuchado en el almacén: que un gran número de judíos se había unido a los partisanos, y habían insinuado que Sándor también se habría sumado. Escuchó esa versión nuevamente el día que estuvo en el negocio del sastre Elías, una mañana en la que lo encontró reunido con varios clientes. Elías advirtió su presencia y, desde atrás del mostrador, pasó por alto a los clientes y se dirigió a él, para felicitarlo. No esperaba menos de tu padre, le dijo, convencido de que Sándor estaba actuando políticamente.

Pero más tarde, ese mismo día, también oyó que algunos residentes de la ciudad alta se habían unido a los chetniks, que organizaban la resistencia a los alemanes y sus aliados. Todo era confuso, y Jákob no sabía qué pensar.

Junto a sus dos hermanas, trataba de acompañar a su madre, que cada día estaba más acongojada. Mientras tanto, en la repartija de Yugoslavia entre Croacia, Alemania y Hungría, Novi Sad pasó a manos húngaras.

Al comienzo del verano, todavía sin noticias de Sándor, corrió un nuevo rumor: los ustachas estaban asesinando serbios, judíos y gitanos, y los chetniks, a las órdenes de un excoronel del ejército yugoslavo, trataban de resistir. En el otoño de ese año, 1941, el abogado Vertès le dijo a Jákob que Tito, un comunista croata, estaba al frente del movimiento de partisanos, y él, que creía poco probable que su padre se interesara por nada más que la medicina, volvió a pensar que era imposible que estuviese con ellos. Nada cierto sabían y los rumores, al igual que la incertidumbre, corroían la angustia de Ada.

Un día de octubre, Jákob pasó por delante de la librería más céntrica y actualizada de Novi Sad y la encontró cerrada. De una ventana asomó una anciana que le dijo que los libreros habían sido deportados. Corrió hasta la casa del abogado Vertès, que también era sionista, y él, a su vez, le contó que los chetniks y los partisanos habían hecho causa común contra los ustachas y recibían combatientes de cualquier nacionalidad. Todo era una locura, debían huir ya mismo a Palestina, se dijo a sí mismo. No tenía sentido seguir esperando a su padre. No regresaría.

Si hasta entonces la guerra en Yugoslavia era un asunto secundario para los nazis, ahora habían decidido ponerle fin a la revuelta. ¿Qué sería de ellos, acusados de estar al frente del movimiento partisano? Al día siguiente, un nuevo rumor propagaba la noticia de que los alemanes empezarían a matar entre cincuenta y cien comunistas por

cada soldado alemán muerto, y entonces Jákob volvió a lo del abogado Vertès, pero él y su familia habían abandonado la casa.

Ada se negaba a la idea de huir sin Sándor cada vez que Jákob se lo sugería. No dejaba de repetir que llegaría de un momento a otro.

A principios de 1942, el ejército húngaro comandado por Horthy desplegó sus fuerzas por las calles de Novi Sad para cazar partisanos. El 21 de enero decretó el toque de queda, ordenó que todos sus habitantes permanecieran dentro de sus casas con las cortinas bajas y sin mirar hacia afuera, y comenzaron los allanamientos puerta por puerta. Fue la primera vez que Jákob vio personas muertas: los cadáveres de los judíos sospechosos de traición quedaron apilados frente a las puertas de sus casas. Entre ellos, el del sastre Elías.

9

Entré a la sala de profesores del colegio de Belgrano pensando en Jákob Adam. Imaginaba una conversación con él sobre Lilit, en la que hilvanaba los distintos retazos de información que venía leyendo. Me hice un café en la cafetera eléctrica mientras los demás profesores corregían exámenes en silencio. Comprendía que la conversación mental con Jákob Adam era, en gran parte, efecto del rechazo del teólogo católico monseñor Juan Heriberto González Varela, un biblista distinguido, autor de más de treinta libros, que no había aceptado recibirme porque rehusaba hablar con mujeres. Una supone que ese tipo de actitudes ya no tienen lugar en el mundo contemporáneo, corresponden a un pasado añejo, a un protocolo de la Edad Media que solo avalarían los escasos grupos retrógrados que sobreviven dentro de esa institución, imaginé que le decía a Jákob Adam. Ruth había hablado en pasado de Adam, pero en ningún momento había dicho que estuviera muerto. Sin embargo, parecía descartar la posibilidad de encontrarlo en Buenos Aires.

Había aplacado mi frustración en la biblioteca de la Facultad de Teología de la Universidad Católica: había leído todo lo que el biblista —a cuyo nombre llegué escudriñando la bibliografía— había escrito sobre el Génesis, sin poder evitar la fantasía de un encuentro, una conversación *tête à tête* con ese erudito. Pero su misoginia o a lo mejor su forzada castidad me lo había impedido. Según decía en sus escritos, la Biblia no debe ser leída como un libro de historia, sino como un libro religioso surgido de la historia, que no es lo mismo. Esos textos, aseguraba, encierran una verdad revelada para la salvación de los seres humanos. Para comprender lo que Dios le dice al católico, se debería tener en cuenta el momento en el que vivió cada autor que interpretó la voz divina. Respecto del Génesis, si bien no se trataría de una mitología en sentido estricto, su lenguaje es mitológico, porque fue concebido para que lo comprendieran y respetaran los primeros pueblos a los que Dios se dirigió. Pero si Él le habla al ser humano a través de los libros sagrados, estos no deben ser leídos sin la guía de un maestro de la Iglesia que le enseñe a interpretarlos, continuaba diciendo el biblista.

Al salir del colegio, fui a ver a otro teólogo, Lorenzo Rineda. Me entusiasmaba el encuentro, porque era un sacerdote poco

convencional, que se dedicaba a la poesía. Se había ordenado después de una juventud agitada y, en cierto modo, errática, aunque no renegaba de ese pasado, ya que antes había experimentado con el budismo y otras religiones de menor rango. Esos pocos datos me entusiasmaban.

Sin quererlo, y aun ignorando las razones por las que le pregunté si lo conocía, fue mi madre quien ofició de intermediaria del encuentro. Bastó que le dijera que el sacerdote concurría a las reuniones de su grupo parroquial para que supiera cómo acceder a él.

—Además —continuó mi madre con displicencia, porque ese hombre no le caía bien—, Rineda le dio la extremaunción a tu abuela, aunque ella jamás se lo hubiera permitido de haber estado consciente.

A las cinco de la tarde, hora exacta en que Rineda me había citado en un viejo departamento de un edificio de Barrio Norte, me abrió la puerta un hombre muy flaco y con poco pelo engominado. Los labios finitos y color violáceo le daban un aire de intensa timidez que se repetía en un galgo que me olfateó, se enredó entre mis piernas y que era tan parecido a él como podría serlo un hijo. No vestía sotana ni cuello blanco, sino pantalones marrones, angostos, y remera marrón oscuro. El departamento era pequeño, de techos altos, poco luminoso, con las paredes forradas de bibliotecas.

Cuando pude separarme del galgo y caminar, noté que el sacerdote se había detenido unos segundos en el medio del living, quizás esperando que me acercara a mirar los libros. Pero no lo hice, por discreción. La sala daba la vuelta en torno al hueco del ascensor y se abría a un recodo que contenía un escritorio tan grande como una mesa de comedor, con una lámpara de pantalla verde y una Mac. Rineda me ofreció una silla del otro lado del escritorio y esperó con la cabeza gacha a que hablara. Una cierta tensión en su pose me previno de mencionar a la abuela. Rineda no tenía por qué asociarme con ella, ya que mi apellido, Castelli, no era el del abuelo materno. Preferí omitir alusión alguna y, como el cura se veía impaciente, ir directo al grano.

Su primera respuesta fue tajante. A él, Lilit simplemente no le interesaba porque no había ingresado en el canon bíblico.

—¿Por qué?

—Porque no. Hubo un momento en que había que decidir cuál libro sí y cuál no, entre distintos textos de autores que escribieron a lo largo de un milenio, y ese fue uno de los tantos que no estaban entre los elegidos. Debe de haber muchos otros que quedaron afuera. Cualquier selección es arbitraria.

—¿Cuando dice “ese” se refiere a un texto específico?

Rineda entrecerró sus ojos negros y apretó los labios. Se veía incómodo, o a la defensiva.

—Me refiero a la historia de Lilit, si es que hubo alguna. En el siglo

VII a. C., aparecieron los profetas escritores, y en el VI, se crearon escuelas de escribas. Durante el exilio en Babilonia, los judíos habían recibido la influencia de la literatura de ese pueblo y nació una escuela sacerdotal que reescribió la historia.

—Y esa escuela no debe de haber sido muy propensa a reconocer los textos influidos por la cultura babilónica, ¿no es así?

Rineda no respondió, pero fue evidente el disgusto que le produjo mi comentario. Parecía que estaba dispuesto a hablar siempre y cuando no fuese interrumpido. No parecía interesado en escuchar. Al principio de la conversación, no le había preguntado si podía grabarlo, quizás para no aumentar sus reticencias. No quería perderme nada, pero tampoco molestarlo. Lo hice después de esas tres o cuatro respuestas que me parecieron demasiado prudentes, o desconfiadas, pero Rineda contestó que no de una manera rotunda y a continuación se quedó mudo y encogido. Lo miré fijo, con actitud benevolente, como para apaciguarlo y mostrarle que estaba ahí solo interesada en su sabiduría.

¿Quién lo intimidaba tanto? ¿Lilit o yo? Rineda miró hacia otra dirección, hacia un lugar de la sala que estaba lejos, más allá de ese pequeño departamento, y después de unos segundos, continuó:

—El regreso a Palestina fue un momento importantísimo, porque se imponía afianzar la identidad del pueblo judío, y para eso era necesaria una ley. Los primeros cinco libros del Antiguo Testamento componen el Pentateuco y narran las vicisitudes del pueblo de Israel, el pueblo providencialmente elegido por Dios. Estas historias enmarcaron las normas que Dios les otorgaba, la Torá, la "ley", que estableció una teocracia, ya que ser los elegidos por Dios suponía, también, la amarga serie de desgracias sufridas por culpa de la desobediencia. Hasta el siglo XIX, se creía que el Pentateuco había sido escrito por Moisés. Recién entonces los estudios críticos revelaron que ese grupo de libros tuvo muchos autores y había sido elaborado a lo largo de varios siglos.

—Necesitaban una religión patriarcal.

—Es una construcción de sentido —siguió Rineda y levantó los hombros, en un gesto de poco compromiso con lo que estaba diciendo —. Si no es uno, es otro. Sí, es patriarcal, una de las formas de organizarse. Podría haber sido matriarcal, pero no lo fue. Hubiese sido una organización injusta, pero de otra manera. Y cuando se eligieron los textos, se recortaron porque era preciso hacerlo. Las historias deben ser coherentes, tener una dirección y trasmitir un sentido. De eso se ocuparon los judíos; nosotros, los católicos, las recibimos tal como ellos las redactaron.

—Y la historia de Lilit no servía —insistí.

—Claro que no, ellos tenían que controlar a las masas —dijo Rineda acaso intentando ser gracioso, y sus labios finitos y violáceos

sonrieron por primera vez—. Dios es independiente de la construcción que nosotros hacemos de él. Esa construcción sucede en la narración. La Tierra existía desde siempre, era un caos, y comenzó a ser humana cuando la empezamos a nombrar. Dios hace desfilar el universo completo delante de los ojos de Adán y él va nombrando. El hombre es semejante a Dios: crea cuando nombra.

—¿Adán sería un Prometeo? ¿El que intenta rivalizar con el poder de Dios?

Rineda volvió a encogerse, quizás ahora lo turbase darse cuenta de que había leído sus poemas y también sus ensayos.

—Prometeo siempre encontraba lo que buscaba porque sabía exactamente qué era lo que quería encontrar. Su creación, por lo tanto, no era una novedad para él. A mí me gusta más su hermano gemelo, Epimeteo, que parecía un tonto porque no sabía qué buscar y estaba expectante, viendo qué pasaba, a la espera del acontecimiento, sin apuro, sin premeditación. Ese es el verdadero creador.

Anoté la última frase en mi cuaderno como pude, a los apurones, abrumada por el conocimiento de Rineda, pero mucho más por esa desconfianza que él no podía disimular y que nos separaba como una pared invisible. Quería preguntarle algo, pero no sabía qué; también, hubiera querido permanecer en silencio y pensar, pero Rineda no mantenía un diálogo conmigo, definitivamente no le interesaba lo que yo pudiera comentar. Solo parecía dispuesto a responder y quitarse de encima el compromiso de haberme citado, ese día, por intermediación de una amiga de mi madre, una persona de su parroquia.

Advertí que se había percatado de mi desconcierto, y eso aumentó mi sensación de desnudez frente a ese hombre refinado y al mismo tiempo distante que me hizo revivir el momento de la confesión, cuando era chica y mi madre me llevaba a deshacerme de mis pecados con aquel obispo amigo suyo, quien, en vez del confesionario con su tétrica ventanita, prefería su escritorio en la sacristía.

Permanecimos callados mientras disimulaba mi decepción. Después, cuando esperábamos el ascensor en hermético silencio, no pude contenerme y comentarle que era nieta de Louise y Julio Ortiz. Mi madre me había dicho que él había sido muy amable con mi abuela cuando esta enfermó. Rineda hizo un gesto de una gran sorpresa o tal vez de asombro, porque nunca parpadeó. Le di las gracias y al subir al ascensor pude impostar un gesto de humildad que en verdad era de bronca, quizá causada por la frustración del *tête à tête* con Rineda, que había soslayado mis preguntas y retaceado su opinión. Ya en la calle, traté de animarme: pensé que sin duda la palabra escrita me ayudaría a pensar mucho más que interrogar a una persona, por más que esa persona fuese erudita, autora de los mismos textos que la iluminaban.

10

Jákob se enteró de que los asesinatos habían sido una represalia por la resistencia partisana y que en Novi Sad ya estaban buscando a los sospechosos de haber colaborado con quienes resistían. Corrió la voz de lo que había pasado en Curug a principios de enero, donde habían matado a cerca de mil “sospechosos” de ser partisanos, entre ellos mujeres y niños. Los habían acribillado en graneros y después les habían robado los objetos de valor a los cadáveres. Habían entrado en sus casas y las habían saqueado.

El 23 de enero de 1942, las tropas húngaras al mando de Horthy rodearon Novi Sad, cortaron las líneas telefónicas y el telégrafo y empujaron al resto de los vecinos, tanto serbios como judíos, a punta de fusil, hacia el Danubio. Al final de la procesión marchaban Ada y sus hijos, a los que sacaron a empujones de su casa. En la orilla del río, que estaba congelado, les ordenaron colocarse en cuatro filas. Ada y sus dos hijas, Jelena y Paula, de 19 y 17 años, y Jákob, el menor de los tres, de 16, quedaron en la tercera. En la primera fila vio a Pavle, un compañero con el que estudiaba hebreo, sin sus padres. Lo vio dar un paso adelante y pararse en el borde del río. Los soldados húngaros los fusilaron por la espalda uno a uno y uno a uno fueron cayendo sobre la alfombra de hielo que cubría el río. Jákob vio a Pavle caer boca abajo sin imponer ninguna resistencia, como si fuera de trapo. Apenas el último de esa primera fila cayó, apareció un tanque y un cañonazo hizo un agujero en la alfombra de hielo, donde los soldados húngaros empezaron a tirar los cuerpos de los muertos y de los moribundos. Enseguida el agujero se atoró y decidieron hacer un alto para descansar. Entonces, como si estuvieran en una oficina sin nada que hacer, los soldados se sirvieron café en tazones de lata, restregándose las manos, la única parte del cuerpo al aire, ya que el resto estaba cubierto por un abrigo largo, de piel, que los protegía.

Jákob miraba, aterrado. No comprendía la pasividad de esos hombres y mujeres. Si iban a morir con un tiro en la espalda, ¿por qué no hacerlo corriendo? Estaba a punto de empezar a correr hacia Pavle, boca abajo sobre la pila de cuerpos que excedían ese agujero, cuando oyó el bramido de un avión que pronto se posó sobre el hielo del río, una pista blanca, rígida como quienes descendieron de él. Eran dos uniformados húngaros, que le ordenaron al capitán, que se preparaba

para fusilar la segunda hilera por la espalda, que detuviera la masacre.

No hay certeza respecto del número de asesinados en Novi Sad entre el 21 y el 23 de enero de 1942, pero las estimaciones más bajas cuentan 1.246 serbios; entre ellos, 800 judíos.

En el atardecer del 23, liberaron a cientos de sobrevivientes congelados y en shock, entre los que se encontraban Ada y sus tres hijos. Los cuatro regresaron a su casa esa misma noche, pero la encontraron ocupada por soldados húngaros. Miraron, desde el otro lado de la calle, los fulgores amarillos en las ventanas de la sala, recortados por siluetas sombrías que se desplazaban dentro de la casa. Ada se detuvo a unos veinte metros y dijo: "¡Vamos!". Jákob no entendió qué pretendía, pero sabía que debía detenerla. Lo hizo cuando ella se disponía a cruzar la calle. La sostuvo de la cintura, mientras Ada forcejeaba, repitiendo que *tenía* que entrar a buscar algo. Después se sentó en el suelo y lloró en silencio, mirando hacia delante. Pasados unos instantes, les dijo que si ella moría regresaran a cavar debajo del manzano. Jelena, la hermana mayor de Jákob, abrazó a Ada y dijo que debían huir. Esos hombres los matarían apenas entraran en la casa. Además, hacía tres días que no comían ni un pedazo de pan. Debajo del manzano, repitió Ada. No lo olviden.

Las dos mujeres empezaron a discutir: Jelena le reconvenía que hablara de morir dócilmente, que hablara del manzano, que se mostrara rendida. Entonces, Jákob tomó la iniciativa y les ordenó a su mamá y sus hermanas que caminaran, rápido, hacia la estación. "¡Ya!", les susurró, enérgico, cuando miró sus caras de horror, sus pies pegados a la nieve, sin moverse, los ojos azorados de Jelena, como si estuviese determinada a irse de allí al instante pero no pudiera moverse. Su hermana Paula lloraba, y él pensó que si los soldados la oían saldrían de la casa y les dispararían, sin dudar. Lo que más quería era volver al río a buscar a Pavle y llevárselo a sus padres. Pero las casas de toda la cuadra se veían en silencio y herméticas; también la de Pavle. Quizás habían huido sin él, que era un terco travieso. No había tiempo que perder: se debía a su madre y sus hermanas. No estaban abrigados y el frío era feroz. Caminaron una cuadra tan rápido como sus cuerpos se lo permitían. El barrio judío no parecía su barrio; se veía vacío, oscuro. Frente a la sinagoga, el poste de luz estaba apagado. Cuando llegaron a la plaza, Ada se detuvo delante de una pila de cuerpos entre los que se encontraba Judita, su amiga tan querida, con la que conversaba todos los días. Judita era buena, dijo, con los ojos empapados, como si singularizar ese aspecto de su amiga le diera un valor a la vida que había perdido. Y repitió: ya saben, debajo del manzano. Con esa frase pertinaz buscaba otorgarle una pizca de sentido a aquel infierno.

Tomaron el primer tren que partía de Novi Sad a Belgrado. Jákob

luchó contra el sueño durante todo el trayecto, porque en la estación había oído discutir a los hijos de Petrovic, el rabino, sobre la conveniencia de subir a un tren o probar suerte a pie. Uno de ellos dijo que tanto en Belgrado como en cualquier otra ciudad se encontrarían expuestos a las razias, y no tanto en una aldea apartada. Jákob le propuso a Ada caminar hasta lo de su hermano, que vivía en el campo, pero ella insistió en ir a Belgrado, donde suponía que se reencontraría con Sándor. Jákob dudó de aquella opción, pero también de la caminata helada y expuesta por el bosque. Cuarenta minutos después, el tren se detuvo. No se oía el menor ruido, lo cual le pareció sospechoso. Un hombre que estaba a su lado y que había permanecido como él, somnoliento pero alerta, dijo que se habían detenido para cargar agua a la locomotora. Hasta que oyeron gritos. Estaba oscuro y se veía poco, pero Jákob se dio cuenta de que pasaba algo grave cuando subió al vagón un escuadrón de unos veinte hombres, vestidos y armados como los ustachas. Él miró hacia atrás, donde estaban sentadas su madre y sus hermanas, y oyó el grito de Ada, en el mismo segundo en que se había levantado para abrazarlas. Pero no pudo llegar, se lo impidieron los cuerpos dormidos, tirados en el piso del vagón. A contraluz de una de las ventanas, vio una escena que lo perseguiría el resto de su vida: un ustacha levantaba a Jelena de los pelos mientras otros, a punta de cuchillo, empujaban a Ada y a Paula para que bajaran del tren. Él alcanzó a llamarlas, pero otro soldado lo golpeó con el machete en la cabeza y lo dejó inconsciente, entre otros hombres muertos de miedo, que veían que se llevaban a sus mujeres mientras a ellos los golpeaban hasta dejarlos inermes.

11

—Estás obsesionada con esa Lilit —me dijo Juan, después de reprocharme que la casa estaba abandonada, ni siquiera me ocupaba de cambiar las bombitas quemadas; qué decir de la heladera vacía, no había ni una manzana. Como si eso fuera poco, había encontrado mi billetera en el freezer, que no tenía nada, salvo unos míseros cubitos de hielo.

Me acordé otra vez de la abuela, la tarde en que me dijo: "¿Ves?, aquella mujer desnuda es libre", y señaló la estatua al lado de la magnolia, al fondo del jardín de su casa. Era una ninfa que vertía agua en la fuente desde un cántaro, un manto cubriéndole uno de sus muslos. Mi madre decía que no la habían comprado los abuelos, sino que estaba en la casa cuando ellos llegaron. ¿Era libre la chica que salía desnuda —salvo por una bombachita— en la tapa de una revista que acababa de traer Juan, arrodillada sobre la arena con las piernas abiertas, el antebrazo cruzándole el pecho y cubriéndole los pezones?, me pregunté. Juan seguía enojado, ahora porque me la pasaba leyendo. Estaba furioso. Con una mano me apuntaba con la revista enrollada y con la otra exhibía mi billetera, que ni siquiera me había dado cuenta de que me faltaba en la mochila. Él no pedía tanto. Solo lo mínimo.

Habíamos cerrado la puerta de nuestra habitación. Las chicas dormían. Juan se había apoyado contra la puerta, que nos parapetaba del mundo que pretendía interferir en nuestra intimidad, y me miraba con ojos entrecerrados, agregándole dramatismo a lo poco que él pedía de mí. Yo sabía que ese disgusto era un ataque de celos, pero no podía concentrarme en su recriminación, que me rebelaba, ni tampoco en su miedo, que en aquel momento me parecía un modo demasiado infantil de llamar mi atención, porque estaba constantemente emplazada en mi propio mundo. Y, en ese otro mundo, mis pensamientos cambiaban de una manera súbita: tan pronto como interpelaban a la chica de la revista y le preguntaban si estaba a cargo de sus decisiones, si era dueña de su universo —al contrario de mi madre, a quien la desnudez la aterraba y entonces se tapaba hasta ocultar casi todo su cuerpo—, trataba de interpretar la conversación con Rineda desde mi Lilit imaginaria, el rechazo del cura a mi presencia, o a conversar de un tema tan delicado y quizá tabú con una

mujer, fuese yo u otra.

Levanté la cabeza y volví a ver a Juan reclinado contra la puerta. El eco de sus reproches me traía el recuerdo de algo lejano, un *déjà vu,* la exigencia de ser buena madre, buena esposa, amante apasionada, que no podía sostener, aunque muchas veces, sintiéndome una actriz, actuaba por el deleite que me producía complacer, y entonces sentí un cansancio implacable. Me hice un bollo sobre el borde de la cama y empecé a llorar. Cada vez que sentía un cansancio así, lloraba para cargar energía. No tenía ningún sentido preguntarle a Juan en qué momento habíamos pactado que yo era responsable de las bombitas, de la heladera, de la atención de la casa, además de nuestras hijas, porque sabía que él respondería: con lo que vos ganás como profesora, no nos alcanza para vivir quince días del mes. ¿Para qué someterme a esa humillación y constatar qué clase de persona era él, un ser humano como cualquier otro, con bajezas y virtudes? ¿Para qué defenderme por ganar menos que él? ¿Para qué reprocharle a Juan que me había postergado por ser madre a los 21? ¿O el pacto implícito que eso había implicado? Indignarme no era más que confrontar a Juan con una fantasía, es decir, con algo inexistente. La discusión entraría en el terreno del sinsentido. Ya habíamos sobrevivido dieciséis años así. Entre nosotros dos, como en los conjuntos matemáticos que apenas se rozan, no existía ni el más mínimo espacio donde estribar nuestros puntos de vista.

La idea de que en el fondo él quería decirme otra cosa me agotaba más todavía. Ahí donde estaba, me habría gustado que me dijese simplemente que celaba mi actitud distante, metida dentro de mi universo de ideas, sin oírlo, sin mirarlo. Pero a Juan lo paralizaba mi llanto. Y llorar era mucho más reparador que concluir que él quería decir otra cosa que lo que decía y así lograr que las palabras acusadoras me dolieran menos.

A esa altura de las peleas, por toda respuesta, prefería desnudarme. Esa noche me puse de pie y me quité toda la ropa, que cayó al suelo. La levanté, la doblé y la coloqué sobre el silloncito. Miré a Juan, desnuda de los pies a la cabeza, y habría ensayado una pose gatuna, como la de la chica de la revista, pero no lo hice para no aparentar que rogaba perdón. Nomás mi cuerpo, como si este dijera lo que no dirían mis palabras; esa era yo: una desconocida para él, una mujer que se le escurría, diferente a las de su familia y a las que había conocido antes.

Juan calló, al fin. Pasarían diez, quince, veinte minutos de tregua, como mucho, y ya no haría falta acusar y defenderse. Solo ocupar el lugar en la cama y dormirse. Mientras tanto, guardé mi billetera en la mochila, abrí la agenda y traté de ordenar mis clases. Dispuse también los libros y las fichas para el día siguiente. Él empezó a rondarme, el

ceño ablandado, su mirada quizá pidiendo disculpas, argumentando con los ojos que yo lo inhibía y él se sentía inseguro frente a mi brío, porque, como yo bien sabía, venía de una familia, una escuela y una clase en las que el hombre, todavía hoy, debía aventajar a las mujeres.

Fui hasta el baño, abrí la ducha y me paré debajo de la lluvia, que me enjuagó por dentro. Me sequé y, desnuda, seguí en mis cosas, asegurándome de hacer aquello que formaba parte de mi rutina íntima, aunque en ese momento solo se tratara de lavarme los dientes. Pené por el hecho de que, si viviera sola, en ese momento seguiría leyendo lo que moría por leer. Entonces, sin vestirme, me senté en la cama para continuar con la historia de los israelitas analizada por un filósofo. Aun así, mis ojos no querían dejar de observar lo que Juan hacía; tampoco de oír esos suspiros resignados que emitía y que, cuando se enojaba mucho más, se convertían en bufidos.

Juan también leía. Leía el borrador de la disertación que preparaba para el próximo congreso. Me habría gustado compartir sus lecturas y que no fuesen el subtexto de nuestras discusiones; pero sabía que eso también era una fantasía. Leí un poco más, decidida a dejar pasar unos segundos y luego acariciarlo del modo que a él le gustaba tanto sin importarle que fuese o no una admisión de derrota o un pedido de disculpas. Después, apoyé la cabeza en la almohada, miré mi propio pelo, largo, castaño, tal vez un poco rojo, como me decían mis hijas, y pensé en Lilit y la suerte corrida por otras mujeres en la Antigüedad. Cómo habían pasado a ser posesiones masculinas para su placer sexual, amas de casa y paridoras de una descendencia —siempre a la espera del hijo varón— como un tributo a su hombría, a su función de machos. Una mujer indomesticable se habría convertido en una amenaza y debía retratarse como un demonio. Los hombres que llevaron a cabo esa tarea fueron muy exitosos. Ese éxito se extiende hasta el presente, pensé.

“El hombre por encima, para estar más cerca de Dios”, dije en voz alta, sin darme cuenta, y Juan giró su cabeza, sorprendido. Me quedé boca arriba, desvelada. Y sin esforzarme, se me vino una imagen clara, precisa, de la casa de mis abuelos y del día en que el hombre de barba, el filósofo, había ido acompañado por su hijo.

12

Jákob fue trasladado a Jasenovac, un campo ustacha de los más sádicos de la historia del mundo, en los que no eran las cámaras de gas las que mataban, sino los sangrientos rituales a cuchillo. Para su suerte, se mantuvo al margen de la mayor parte de las atrocidades, debido a su valioso trabajo de oficina. Apenas llegó, descubrieron que además de su lengua hablaba y escribía alemán, inglés y francés, y lo pusieron a trabajar como traductor. Ada era una apasionada de las lenguas y se había ocupado de hablarles en distintos idiomas a Jákob y sus hermanas, desde chicos. Eso fue lo que lo salvó. Había aprendido hebreo por su cuenta, pero esa lengua no le fue requerida.

Jákob no podía saberlo, pero cuando se llevaron a su madre y a sus hermanas su padre ya había sido ejecutado por los ustachas en Samjmiste, un campo de menor relevancia, destinado exclusivamente a hombres serbios, tanto cristianos ortodoxos como judíos. Dos años más tarde, en Polonia, se enteró de que Sándor había muerto por negarse a ahogar a un niño en el río Sava. Un médico de Belgrado que lo conocía le contó que fue degollado con una navaja junto a otros serbios y gitanos.

Apenas llegó, Jákob se convirtió en traductor del comandante Miroslav Filipović, un fraile franciscano de quien después se conoció cómo mataba niños con sus manos para enseñarles a los ustachas lo que era el coraje. Ese fraile apreciaba los servicios de traducción de Jákob, porque a diario lo necesitaba para la redacción de los comunicados de propaganda que emitían y para los que precisaban leer, procedentes de otros países.

Doblado sobre un viejo escritorio de madera de roble, apenas alumbrado por una lámpara de luz escasa, Jákob fingió todo lo posible que era mayor que su edad, que era inteligente —de hecho, lo era— y que creía en lo que leía y redactaba. Jákob, el intérprete, que no solo era judío, sino además serbio, veía a los carniceros pasar delante de su ventana y trepar a sus camiones con mirada de lobos enajenados. Esa fue una de las imágenes que conservó, pegada a la culpa de haber sobrevivido: los perfiles de los carniceros marchando hacia los camiones, en dirección a alguno de los campos de ensamblaje de trabajo y prisión legalizados por decreto.

Un mes después, llegó al campo ustacha una delegación de prensa y

otra de la Cruz Roja. Se trataba de una comisión internacional que había exigido una inspección del campo y que incluía un delegado del papa Pío XII.

Jákob era un adolescente alto y desgarbado y solo logró aparentar tener dos años más que sus 16 gracias a la actitud severa con la que interpretó para los delegados internacionales el discurso mentiroso del director del campo, el "hermano diablo". Los periodistas le escucharon decir en un francés impecable que Jasenovac era un campo de refugiados, sí, pero que el trabajo era útil y reformativo, y por lo tanto el campo era legal.

A principios de mayo de 1942, casi todos los judíos serbios habían sido asesinados. Él se había salvado, exclusivamente, gracias a esta habilidad como traductor. En 1943, fue enviado a un campo polaco con otros mil quinientos prisioneros de Jasenovac, por la presión que ejercían los alemanes sobre Ante Pavelic. Llegaron a Monowitz, uno de los subcampos de Auschwitz, de noche. Pero a los nazis no les interesó su habilidad de traductor y lo pusieron a trabajar como carpintero en la fábrica de caucho sintético.

Años más tarde, guardaba un solo recuerdo de ese campo: el día de su cumpleaños número 18. Era un tormentoso día de verano, que él comenzó fuera de la fábrica, mientras los internos bajaban material de los convoyes bajo la lluvia. De repente, todo era puro barro y los *kapos* los mandaron a refugiarse donde buenamente pudieran. Jákob se resguardó dentro de uno de los tubos de hierro que había diseminados en el barrial. Tenía cinco o seis metros de largo por uno de diámetro. No fue el único que tuvo esa idea; ahí también se había guarecido el italiano, un muchacho que trabajaba en el laboratorio de aquel complejo industrial, clave para las fuerzas bélicas alemanas.

Jákob miraba la lluvia benefactora desde adentro del tubo, mientras pensaba que dos años antes, cuando aún no dudaba de la presencia de Dios en su vida, podría habérsele ocurrido la ridícula idea de que Dios le enviaba la lluvia para consentirle un buen día de cumpleaños. Pero en 1944 no habría podido sostener ni por un instante la idea de Dios como organizador del destino. Aquel día lluvioso se dispuso a festejar comiendo una manzana que le había proporcionado el *goy* que repartía las raciones. Jákob hablaba un poco de italiano que le había enseñado su madre, que amaba la ópera, y le contó a su compañero de tubo que ese día cumplía 18 años. Le ofreció la mitad de su manzana. El italiano le dijo que también era su cumpleaños, solo que número 25, y se rieron de aquella insólita casualidad.

En cuatro patas, masticaron la manzana en silencio y de repente vieron a una muchacha pelirroja refugiada en el tubo de enfrente. La veían como esfumada, a través de la cortina tenue de la lluvia. La muchacha se peinaba y los miraba de reojo, y Jákob y el italiano

quedaron varios minutos atontados, sin quitar sus ojos de ella. Entonces le preguntó al italiano si era casado, y cuando este respondió que no, le comentó que probablemente fuese un pecado ser célibe a los 25. Sí, quizá sí, dijo el italiano. Los dos volvieron a reír y la falta de costumbre de la risa le provocó a Jákob un leve dolor de mandíbula. La muchacha, agazapada en su tubo, canturreaba, movía la cabeza y los miraba, insinuante.

—Ella es Lilit —dijo Jákob—. No la conozco, pero puedo reconocerla.

Después de decirlo, dudó. Un impío hebreo de Occidente probablemente no conocería a Lilit. Pero la lluvia les había regalado el descanso y, tal vez, también el festejo. La idea de que el regalo de aquel momento pudiera ser del mismo inasible Dios volvió a ocurrírsele, al tiempo que se daba cuenta, en un vago recuerdo de quien había sido él, de que antes de la guerra había llamado “Dios” al azar. Enseguida, mientras el aire húmedo se impregnaba de una luz dorada y densa, tuvo ganas, por primera vez de manera precisa en tres años, de vivir. Las ganas le llegaban al mismo tiempo que sentía que eso no dependía de él, sino de cierto sentido al que añoraba volver a llamar “Dios”, impreciso y cuyo origen lo excedía, pero que podía intuir a pesar del horror del entorno. En ese preciso instante estaba vivo, encogido dentro de un tubo, era su cumpleaños y compartía una manzana con un desconocido al que había visto casi todos los días durante el último año (más tarde, supo que se llamaba Primo) y que tenía ganas de conversar.

Entonces le dijo que había mencionado a Lilit porque la Biblia contenía dos relatos de la creación y ella formaba parte del primero. El italiano le dijo que conocía la Biblia y acotó que el segundo relato era solo un comentario del primero. Jákob le respondió que así pensaban los que se quedaban en la superficie de las cosas, en la literalidad de los textos, y aceptaban la interpretación de otros a quienes consideraban más sabios. Pero él había sido sionista antes de la guerra y había aprendido hebreo con un cabalista.

—¿Sabes lo que es la cábala, la sabiduría ancestral, anterior a todas las religiones? —le preguntó, con un entusiasmo que hacía tiempo no sentía.

El italiano solo sonrió, acaso no supo qué responderle, pero parecía contento de escuchar a Jákob, que continuó:

—La cábala interpreta la Torá de forma mística y alegórica. Busca allí el significado del mundo y la verdad, y su obra más importante es el *Zohar*, la fuente más rica en información sobre Lilit, la mujer del primer relato, la que fue creada al mismo tiempo que Adán, a la que el *Zohar* menciona como la contraparte de Satán.

Mientras lo decía, Jákob recordó que a su madre le fascinaban las

historias de Lilit, que eran varias. Entre sus preferidas, estaba aquella en la que a Dios no le pareció bueno que el hombre estuviese solo y entonces tampoco le pareció bueno que Él, el mismo Dios, estuviese solo y decidió darse a sí mismo una compañera: la Shejiná, su propia presencia femenina en la creación. Así fue como la Shejiná se convirtió en la esposa de Dios y en la madre de todos los pueblos. Representa la presencia divina que habita entre los hombres, un don que Dios le dio al género humano después de la destrucción del primer templo. Esa presencia residió con el pueblo de Israel en el exilio. Gracias a la Shejiná, la relación entre el cielo y la tierra fue posible, permitió la regeneración y el regreso al Paraíso, porque simbólicamente la caída de Adán y Eva y la consiguiente expulsión equivalían a la destrucción del templo de Jerusalén y la posterior diáspora. La Shejiná se enfureció con Dios porque permitió la destrucción del templo y desguareció a su pueblo. Se separó de Dios y se fue con los judíos al exilio y, de ese modo, se hizo voluntariamente esclava, una exiliada.

Jákob siguió narrando con las mismas palabras con las que su madre le había contado aquella historia, mientras el italiano lo miraba, entre asombrado y descreído.

—Dios no aguantó estar solo, como decía mi madre que le pasa a la mayoría de los hombres, y buscó una amante. ¿A quién? A Lilit. Dios contestó la ofensa de la Shejiná con otra ofensa más grave: se quedó con Lilit, que era mitad humana y mitad diablesa. Así sucede siempre en las ofensas: se responde con una ofensa más grave y la discordia es cada vez mayor. Esa es la razón de la existencia del Mal en la Tierra. Entonces, el Mal se debe al pecado de Dios. ¿Quién se atrevería a exigirle a Dios que dejase de pecar? Mientras no cesen de hacerlo, los humanos vivirán aceptando el infierno como realidad. ¿No te parece que es así? —preguntó, aunque intuyó que su compañero no tenía ganas de contradecirlo.

—Efectivamente —dijo el italiano—. Dios seguirá pecando y obtendrá cómplices en la Tierra.

Jákob miró hacia el tubo de enfrente y advirtió que la muchacha se trenzaba el pelo mientras miraba al italiano, que sonreía, quizás indiferente a su razonamiento. Entonces agregó unas palabras de su madre como si le pertenecieran:

—El hombre se eleva hacia Dios por las preguntas que le formula y no por las respuestas que encuentra.

—Sí, sí, pero el Mal va a existir siempre —dijo el italiano—. Está tan cerca de nosotros que ni siquiera podríamos medirlo, quizás tampoco juzgarlo. En cambio, yo conozco a esa muchacha que nos está mirando. La conozco de veras. En ella hay más realidad que en todo lo que me contaste —agregó con un poco de ironía, tal vez para atenuar

la convicción arrogante que Jákob le había impreso a su relato—. Es húngara y se llama Beatriz Stein.

Beatriz Stein escurría un trapo. Luego lo pasaba por su cuello y sus mejillas. Se detuvo, empezó a canturrear de nuevo y miró en dirección de Jákob.

Esa noche, Jákob cerró los ojos apretándolos y encontró una oscuridad propia, ajena a la oscuridad exterior, y se alegró porque esa negrura le permitiría dormirse. De repente, vio a la muchacha de cabello rojo que se peinaba y reía y canturreaba hasta que la negrura comenzó a llenarse de pequeños puntos, como diminutas estrellas que poco a poco se fueron agrandando hasta pegarse unas con las otras y unirse en una sola; un rayo de luz que se disolvió y formó una esfera con forma de corona.

13

Esa mañana de agosto, salí de casa al mediodía para encontrarme con mi director de tesis. Apenas había logrado dormir un par de horas. Estaba fresco, y no me había abrigado. El frío y el sueño aumentaron el malhumor que me causaba la proximidad del profesor Arispe. Me subí al 55; luego caminaría hasta la facultad. Arispe tenía algunos aspectos insoportables, pensé, sobre todo su soberbia, pero había que reconocer que me gustaba su trabajo como medievalista. Era docente en el posgrado y director de tesis, también dirigía el Departamento de Historia; tenía por costumbre ser puntual y jamás cancelaba una reunión, algo bastante frecuente en esa facultad.

Ya en el aula que nos indicaron para el seminario, Antonio Arispe se mostró disgustado con el avance de las investigaciones. De los cuatro doctorandos que había citado ese día, dos habían reunido material bastante útil y ya estaban en condiciones de empezar a esbozar su trabajo. En cambio, la otra historiadora, más joven, y yo no logramos conformar las exigencias del director.

—A esta altura ya deberían tener definido y delimitado el tema y contar con un buen material bibliográfico —nos dijo, la mirada fija y un leve gesto en la boca, socarrón, que a nadie le pasó inadvertido, como si estuviera conteniendo la risa—. A ustedes dos las veo desorientadas, no me han contado más que vaguedades —completó, en la primera gran estocada.

No sabía por qué, pero en aquella reunión también estaba Benito, el ayudante de trabajos prácticos con peinado de Cristóbal Colón, con quien había tenido sexo en su departamento. Benito torcía la cabeza de un lado al otro en señal de fastidio por la pérdida de su valioso tiempo, y yo no lo podía creer: no solo porque hubiese sentido ganas de acostarme con él, sino además porque ese día se mostrara molesto por la "indefinición" de ambas doctorandas. A lo mejor quería vengarse: me había negado a verlo otra vez, y ahora lo pagábamos las dos.

—Ni siquiera tenés dilucidado si el tema elegido es una cuestión histórica. ¿Una tesis teórica? Epa. ¿No será un exceso de confianza? Te recomiendo que seas tu propio antídoto, Castelli, y evites la pura especulación o reflexión personal. Para eso se requiere una gran madurez, y no creo que sea tu caso —dijo, con aires de que la pasada

fricción de los cuerpos no tenía nada que ver con su veredicto sobre la debilidad de mi tesis histórica.

—La investigación, Castelli, debe versar sobre un objeto reconocible. Pero además de ser reconocible para vos, debe serlo para los demás —remató Arispe, imitando al otro en llamarme por mi apellido.

Tenía claro que la relación entre director y doctorando no podía ser simétrica y que la desigualdad debía preservarse durante todo el proceso hasta finalizar la tesis. En el fondo, si bien me gustaba el trabajo de Arispe como medievalista, no lo había elegido como director por admiración, sino por descarte, porque no había encontrado otro seminario que me atrajese más entre las pocas propuestas de parte de las Historias Antiguas durante aquel cuatrimestre. En marzo, cuando había decidido empezar el doctorado, me había impulsado el “ahora o nunca” para salir del agobio que había arrastrado todo el verano, quitarme de encima la sensación de que ya era tarde para mí. Pero no había imaginado la arrogancia de Arispe, que bordeaba el menosprecio. Había oído sobre los desplantes a las mujeres jóvenes que resistían sus supuestos “encantos”, pero pensé que no sería mi caso; yo frisaba los 40. Un engreído de 62 no me seducía en absoluto.

Salí abatida de esa reunión, dudosa de si valía la pena seguir o tirar todo por la borda. Si a los 38 me sentía vieja, que había perdido el tren de la vida académica por haber optado vivir con Juan y comer perdices, no era tan necia como para pensar que a los 20 me había equivocado por candorosa. Vamos, vamos, que incluso ese día, aun ofendida con Juan, seguía eligiendo vivir con él, mi tierra firme. También volvería a elegir ser madre, porque solo junto a mis hijas había aprendido que la vida humana era simple y no el embrollo de mis elucubraciones, que tan pocas veces me apartaban de la insatisfacción.

Tomé el subte a Plaza de Mayo para conectar con el que me llevaría a Belgrano. Zurciría la ciudad de una punta a la otra mirando el fin del invierno por la ventana y reflexionando sobre mi actitud insensata, que a veces, desacertadamente, tomaba por osadía. La certeza de que nunca pertenecería a la casta de elegidos de la intelectualidad porteña me tentaba a seguir mi propio criterio, sorda y ciega a cualquiera de las formas de la prudencia. Una investigación de doctorado no era para mí sola, era cierto. Tendría que decir algo nuevo, o bien revisar lo que ya hubiese sido dicho por otro, pero desde un punto de vista diferente. De lo contrario, ¿por qué no dedicarme a la enseñanza de la historia, convertirme en una docente comprometida con mi profesión y mi alumnado y abandonar esas veleidades de doctora que, sin duda, estaban destinadas a otras personas?

Me bajé en Cabildo un poco mareada, porque casi me había quedado

dormida en el trayecto. La avenida estaba abarrotada de gente ensimismada en sus propios pequeños mundos, y recordaba los reproches de Juan y también que todavía no había ido al supermercado. Enseguida, la lógica me aconsejó congraciarme con Arispe y pedirle que él mismo me propusiera un tema de investigación que encajara en los parámetros del seminario. Sin embargo, la temeridad me instaba a investigar lo que me viniera en gana y tomarme todo el tiempo del mundo. Total, si ya era tarde para mí, qué apuro tenía. Los métodos de la ciencia se parecían a los de la religión y habían sido acaparados por los mismos señores, los que se autoproclamaban los dueños del conocimiento.

De la estación del subte en la que bajé, empecé a caminar hacia el Seminario Rabínico. No llevaba notebook ni cuaderno; apenas las hojas del bosquejo de proyecto que Arispe no había tirado a la basura solo porque a último momento lo detuvo, probablemente, el decoro.

—¿Se puede saber en qué andás vos? —saltó Ruth apenas me vio.

Confundida por la brusquedad y lo que también parecía enojo, no dije nada. Sentí una especie de vértigo seguido de un traqueteo del corazón en el medio del pecho. Así, el cansancio me resguardaba frente a otro posible agravio en el día.

—El periodista volvió —siguió Ruth, seca, y yo me quedé callada, atenta, para comprender qué tenía que ver aquella noticia conmigo.

A diferencia de otros días, Ruth no tenía lectores junto a su escritorio. Tampoco el rector merodeaba por los pasillos. Estábamos solas. Nos miramos una a la otra. No soporté la mirada fría de Ruth y entrecerré los ojos, que muy a mi pesar se me llenaron de lágrimas. Ruth lo advirtió, pero prefirió ignorar la emoción, tal vez por prudencia.

En el acto, al notar que mi alteración le extrañaba a Ruth, se me ocurrió usarla en mi favor.

—Sigo en la misma: investigo para mi doctorado.

—¿Viniste de parte de Gabriel? —dijo Ruth.

Tosí para tragar la piedra que sentía en la garganta, para sobreactuar valentía y darme tiempo para pensar. De repente, me acordé de algo que me había dicho el poeta y teólogo Rineda: el que busca siempre encuentra lo que había salido a buscar. Entonces, pensé que lo mismo sucedería al abrazar una idea previa o una doctrina ya pergeñada y probada por otros: sería como no pensar; simplemente, aplicarla. Aunque yo no fuese poeta, también podría ensayar la espera, la actitud expectante de lo que me llegara por azar o buena suerte.

—¿Quién es Gabriel? —pregunté con sincera curiosidad, ya recompuesta. Era esencial que mi gesto trasmitiera que no me defendía. Yo estaba del lado de Ruth, de su lado, cualquiera fuese.

—El hijo de Jákob —dijo Ruth, por primera vez más blanda—. Me

enteré de que anda por Buenos Aires.

¿Por qué Ruth pensaba que yo conocía al hijo de Adam? ¿Solo porque le había contado que el filósofo visitaba a mis abuelos cuando era chica? La última vez que había estado en el Seminario Rabínico se había mostrado más que dispuesta a ayudarme, pero ahora estaba a la defensiva. ¿Qué habría pasado? Y esa tarde, justo esa tarde en la que Arispe me había puesto en ridículo, ¿sospecharía Ruth que yo, cuando llegué a la biblioteca del Seminario Rabínico por primera vez, había ido deliberadamente a buscar algo distinto a lo que había dicho? ¿Qué o a quién protegía de repente Ruth?

Se me ocurrió que el mundo humano era una muñeca rusa, repleta de pequeños submundos, uno dentro del otro, todos herméticos, y que Ruth podría parecerse a mí, una persona solitaria, a la intemperie, fuera del mundillo de elegidos al que jamás nos dejarían acceder.

—Creo que lo vi una vez, hace muchos años, en la casa de mis abuelos. Yo era chica y él estaba ahí, con él —dije, pero Ruth hizo como si no me hubiese oído.

—¿Terminaste de leer la biografía de Jákob?

—Es fascinante. Pero tengo tan poco tiempo. Estoy retrasada en mi doctorado. El director de tesis me recrimina que disperso mi hipótesis cuando digo que quiero investigar el germen de la visión de la mujer entre dos grandes antípodas, angelical o satánica, y que esta antítesis es una construcción masculina. Es cierto que mi hipótesis todavía es vaga e incluso demasiado abarcativa. O trillada. Pero lo que me interesa averiguar es cuándo comenzó a ser así.

Ruth dejó unos tomos que tenía entre sus manos, cruzó los brazos sobre la mesa alta y se dispuso a oírme, quizá no tanto porque le interesara el tema, sino más bien porque captó el tono de angustia contenida que no podía sustraerle al timbre de mi voz.

—Quisiera estudiar a Christine de Pizan, ¿la conocés? Fue una filósofa, poeta, y la primera escritora profesional de la historia, del siglo XIV. Me pregunto cómo fue posible una obra como la suya, que escribía en defensa de su género en una época muy misógina, y que estaba lejos de permitirles a las mujeres usar la pluma, prerrogativa de los varones. Era una mujer de una gran capacidad polémica; por eso me interesa la autoridad de su voz, pero todavía no tengo el título. Christine de Pizan era toda una Lilit. Escuchá esta frase suya: “En mi locura me desesperaba el que Dios me hubiese hecho nacer en un cuerpo femenino”. ¿Qué te parece?

Ruth sonreía con benevolencia, como si estuviera cada vez más empeñada en sosegar mi desazón. En un momento, pareció a punto de decir algo, pero no dijo nada, y agregué, como impulsada por un envión:

—Pero es cierto que hay una línea muy delgada respecto de lo que se

entiende por “subjetividad”, y ahí es donde se produce el cortocircuito entre él, mi director de tesis, y yo. Necesito tiempo para pensar. Aunque ahora doctorarse sea algo expeditivo y de jóvenes y todo sea veloz, pensar requiere tiempo.

Noté que Ruth asentía.

—Y el tiempo es algo tan escaso —seguí—. Hoy empecé a dar clases a las ocho de la mañana en Palermo y terminé a las doce. A las trece estaba en Caballito reunida con mi director de tesis; a las cuatro y media tengo que buscar a mis hijas a la escuela, ayudarlas con su tarea y dejarlas solas mientras voy al supermercado. Pero eso no tiene nada que ver, solo que en eso ando.

Ruth confirmó con su cabeza, como si en verdad le interesaran mis vicisitudes diarias.

—¿Sos divorciada?

—No, pero mi marido sale del consultorio después de las siete de la tarde. A la mañana tiene hospital.

—Vino el periodista de nuevo —dijo Ruth, y en su gesto se notaba que vacilaba y elegía las palabras con precaución.

—No conozco periodistas estadounidenses y pocos de Buenos Aires. Mucho menos conozco a Gabriel Adam, aunque me gustaría, claro.

—Concuerdo con vos respecto de la subjetividad. Si la persona equivocada pusiera las manos encima del libro de Lilit, sería un desastre —dijo Ruth.

—¿El libro de Lilit? —pregunté, pasmada.

Por el color rojo que había tomado la cara de Ruth, con seguridad no se refería a la publicación casera que yo había encontrado por un error suyo. En ese momento, apareció el rector sin hacer el menor ruido, como si hubiera buscado sorprendernos. Le dijo a Ruth que había encontrado un libro de Gómez de Liaño sobre una de las mesas. Se lo dijo con un tono suave, de una extrema amabilidad, pero la miró de una manera cruel, como si la reprimenda no se debiera solo a un descuido.

—Estoy muy ocupada y ya estamos cerrando, discúlpeme —dijo Ruth y abrió la puertita del mostrador. Caminó hasta la entrada, se paró con la cabeza gacha al lado de la puerta de vidrio y esperó que yo la atravesara.

14

A mediados de enero de 1945, los nazis a cargo de Auschwitz recibieron la orden de abandonar el campo porque las tropas soviéticas estaban a pocos kilómetros. No querían que encontraran evidencias de lo hecho en ese lugar. Los altos mandos también ordenaron que los prisioneros de Monowitz todavía vivos y en condiciones físicas aceptables —según el criterio de los médicos del campo— marcharan hacia el oeste.

Los prisioneros estaban al límite de sus fuerzas físicas, hambrientos, vestidos con el uniforme de la prisión, roído o hecho jirones, y calzaban zuecos de madera. Así marcharon por la nieve pesada que les atascaba los pies y se los hundía hasta el fondo. El esfuerzo los agotaba, se les helaba el cuerpo, y al que caía por cansancio, le disparaban. Jákob iba en el último tercio de la hilera, porque empujaba, además, una carretilla repleta de bártulos de los soldados alemanes. Las pisadas de los que iban delante convertían la nieve en una especie de asfalto de hielo para los que venían detrás, que resbalaban y caían. Se sentía agotado, pero podía sostenerse de los mangos de la carretilla. Sabía que Beatriz Stein marchaba también; durante todo el trayecto, mientras daba un paso detrás de otro, con esfuerzo, recordaba su imagen canturreando y peinándose y mirándolo de reojo. El frío era tan intenso que las piernas y los pies poco a poco se le iban trasformando en bloques de hielo y ya no podía sentirlos.

La segunda noche llegaron a un campo en Gliwice, a ochenta kilómetros de Auschwitz, donde les dieron un pedazo de pan. Luego dividieron a los sobrevivientes en varios transportes, que eran vagones descubiertos o carretas. A él lo subieron a un vagón y a Beatriz Stein, a una carreta, desde donde se quedó mirándolo, la desesperanza y el llanto en sus ojos, el miedo a lo que le tocara en suerte. El vagón arrancó de la estación y Beatriz Stein, su cuerpo delgado y envuelto en una manta sucia, un gorro de lana del que asomaban algunos mechones pelirrojos, se quedó en el vagón estacionado al lado de la plataforma, apretada entre otras mujeres. El dolor de Jákob por la separación enseguida se combinó con el que sintió en los pies, rígidos y encogidos dentro de los zuecos, los brazos acalambrados y una fatiga que nunca más volvería a sentir. Como una rendición. Durar o morir parecía lo mismo.

Horas más tarde, oyó la voz de alguien que dijo que iban por suelo checo. Unos alaridos lo hicieron mirar hacia arriba cuando pasaban debajo de un puente. Unas diez o quince personas que estaban paradas en el puente les arrojaron panes. Hasta que el tren se detuvo en otra estación y vio un cartel que decía Oranienburg, y comprendió que no estaban en Checoslovaquia. El tercer día, los mismos soldados alemanes que los habían mandado subir al vagón les ordenaron bajar. Avanzó por un costado del vagón esquivando a los que no podían moverse porque estaban congelados. Algunos habían muerto. Una vez sobre la plataforma, los soldados treparon al vagón y remataron a los moribundos. Después, los prisioneros apilaron sus cadáveres sobre la nieve, del otro lado de la vía. Cuando estaba oscureciendo, Jákob y dos hombres, de quienes ni siquiera sabía sus nombres, caminaron hacia un bosque al costado de la estación y se bajaron los pantalones para hacer sus necesidades. Otros hombres habían hecho lo mismo, pero regresaron a la estación; en cambio, Jákob y los otros dos siguieron caminando y se internaron en el bosque. Jákob estaba tan nervioso, sentía el corazón latiendo con tanta fuerza que le parecía que los otros podían oírlo; esa agitación también le impedía respirar. Iba adelante, y los otros dos lo seguían, cada vez alejándose más de la estación, hasta que oyeron la orden de los soldados de comenzar la marcha. Siguieron caminando sigilosamente, en puntas de pie, y las órdenes de los oficiales alemanes se convirtieron en un murmullo impreciso y alejado. Entonces empezaron a correr entre los árboles. De repente, Jákob miró a su alrededor, y lo único que vio fueron los troncos enjutos de los árboles y los otros dos hombres corriendo, sus cuerpos flacos dentro de sus uniformes holgados y rotos. Ya casi sin aire, cayó en el medio del bosque y se puso a llorar, su pecho convulso, como si estuviera a punto de ahogarse, las lágrimas empapando su cara: era libre.

Durante los días siguientes, los tres marcharon a pie de acá para allá, como zombis, siempre procurando dirigirse hacia el sur, donde les parecía que habría menos soldados alemanes. Todo lo que veían era destrucción y silencio. Conseguir agua era difícil, y a Jákob la sed le volvía la garganta un tubo pegajoso en el que la lengua no cabía. Comían hojas secas sin ninguna sensación de hambre. La suciedad y los piojos los percudían; sus rostros estaban sucios; sus barbas, crecidas. En un pueblo pequeño, tomaron un tren que circulaba de noche y que los dejó en Leipzig. Desde ahí, otro a Dresde, y después continuaron la marcha a pie, por campos devastados, bebiendo de riachos y comiendo lo que encontraban.

Una mañana más tibia, se toparon con un batallón capitaneado por un mayor ucraniano que les preguntó quiénes eran. El único que le entendió fue Jan, que era polaco y que respondió: “Somos judíos”. El

mayor los miró de arriba abajo, con desprecio, y les preguntó si mentían, porque en Taskent, de donde él era, los judíos llevaban anillos de oro, comían con cubiertos de plata y solo peleaban en el mercado negro. Nunca había visto judíos mugrientos como ellos. Luego escupió el suelo y les dio instrucciones para caminar hasta un campamento de refugiados.

Después de un día y medio de marcha, llegaron a una barraca donde los soldados estadounidenses repartían sopa y pan. Afuera, otros construían más barracas, porque, según les dijeron, esperaban la llegada de miles de refugiados. A pesar de que Jákob pronto notó que empezaron a levantar un alambre tejido que rodeaba el campamento y oyó que llamaban "campo" a ese lugar —y lo horrorizó la idea de un nuevo campo de concentración—, cuando le preguntó a uno de los soldados estadounidenses, este le respondió que era para organizarlos y sacarlos de ahí lo antes posible; que volvieran a sus casas o que se fueran a América. Y agregó algo que en ese momento les pareció ilusorio: muchos de ustedes podrán ir a mi país, ahí hace falta la mano de obra joven.

Lo único que Jákob quería en aquel momento era saber si su madre y sus hermanas vivían, y si vivían, dónde estaban. Ya le habían contado en Monowitz que su padre había muerto en un campo ustacha, pero de ellas no sabía nada, y si bien el campo era un caos y cada día llegaban más y más refugiados, habían montado una pequeña oficina que consideraba la situación de cada uno. Ahí proveyó sus datos familiares y de procedencia, y le prometieron ayudarlo. Después de unos meses, el DP, como le llamaban los estadounidenses al campo de personas desplazadas, *displaced persons,* reunió una población casi enteramente formada por judíos. Pero debieron esperar hasta bien avanzado el verano para recibir la ayuda de las organizaciones judías extranjeras de asistencia; hasta entonces, los soldados judíos estadounidenses fueron los únicos judíos "libres" con los que entraron en contacto. Uno de ellos le dijo a Jákob que Yugoslavia era ahora un régimen comunista, que los comunistas eran antisemitas, y que encontraría su ciudad vacía de judíos.

Estas organizaciones judías, que les enviaban alimentos, ayuda médica y psicológica, no pudieron conseguirle a Jákob información sobre su madre y sus hermanas, pero le dieron el dinero suficiente para llegar a Novi Sad y le hicieron la promesa de financiarle los estudios si viajaba a Israel, una opción ofrecida a todos los judíos jóvenes. Pero él, a quien de chico le había indignado que su padre fuera indiferente a su identidad judía y se sentía inspirado por el espíritu sionista como única forma de redimir la humillación que sufrían los judíos, además de soñar con el regreso a Eretz Israel, ahora que tenía la posibilidad de viajar allá, a Palestina, no aceptaría la

oferta hasta haber encontrado a su madre y a sus hermanas, así tuviera que ir a buscarlas al último rincón de la Tierra.

En marzo de 1946, tomó un tren a Belgrado y de ahí otro a Novi Sad. Desde la ventana veía el Danubio, que fluía suave y liso; sus aguas rubias le devolvían imágenes de su madre, bajo los árboles, interpretando alguno de los personajes del teatro ruso que tanto le gustaban, el cabello envuelto en pañuelos. No podía recordar su cara con nitidez, pero sí esa sonrisa burlona y tenaz de siempre, que lo alentaba.

Llegó a Novi Sad cuando empezaba a oscurecer. No reconoció su ciudad. Yo también soy otro, pensó, ¿por qué la ciudad tendría que permanecer igual después de este azote de la desgracia? La gente que se cruzaba lo miraba con atención, como si la ciudad hubiese recuperado la normalidad mucho tiempo antes que él, y él simplemente fuese ajeno a ella o a la rutina y no un forastero confundido y errante. Logró llegar a su barrio, que no conservaba el mismo nombre. Antes de la plaza, entró en el laberinto de calles viejas que recorría con Pavle cuando era chico. El número 1 de la calle judía no tenía el comercio de cueros de Levi e hijos; en el 3 no estaba el relojero Aarón, y en el 4, tampoco el sastre Elías. La sinagoga y la escuela primaria a las que él, Paula y Jelena habían asistido, junto a la casa comunitaria donde vivía el rabino que le enseñaba hebreo, estaban destruidas. El palacio Menrath, de los ricos comerciantes de muebles, también. El club deportivo Juda Maccabi, donde sus hermanas asistían al coro, tenía la fachada mordida por esquirlas. Por la plaza parecían haber pasado mil ejércitos; aun así, en sus cuatro lados, algunas fachadas conocidas se veían iguales a como las había dejado.

Llegó hasta la esquina de su casa y vio, en el pequeño jardín detrás de la verja, a un extraño sentado en la silla mecedora de su padre. De la verja de entrada colgaban unas campanitas plateadas, desconocidas, que repicaban con la brisa. Traspasó la puerta de hierro del jardín y se detuvo. El hombre, alto, de barba rala y espaldas anchas, le preguntó qué se le ofrecía.

—Esta es mi casa —dijo Jákob.

El hombre se puso de pie y negó rotundamente: él la había comprado.

—Judío sucio, váyase de acá.

Jákob señaló la silla mecedora y dijo:

—Mi padre hizo esa silla. Cuando él estaba en casa trabajaba con madera.

El hombre siguió negando; él le había comprado la casa a Kocsis, un empleado del ferrocarril, y le había pagado aparte por los muebles.

Jákob franqueó la entrada, se acercó al hombre, de cara cuadrada y

mirada feroz, se agachó, levantó la silla y le mostró sus iniciales grabadas debajo del asiento.

—Fue una travesura. La hice con un cortaplumas a los 11 años —le dijo al hombre, que repetía: “Yo compré la casa, todo es mío”.

—Quédese tranquilo, señor —repitió Jákob varias veces—. Ya me voy, solo quería echarle una mirada a la que fue mi casa hasta que nos echaron de aquí los húngaros.

El hombre sonrió y se le encendieron los ojos:

—Vamos cincuenta y cincuenta con el dinero escondido —dijo.

Jákob no comprendió. Más tarde, se enteró de que, apenas habían entrado los húngaros en Novi Sad, cada familia había ocultado su dinero en algún lugar de la casa. Entonces no entendió al hombre y se quedó mirándolo.

—La sala —suplicó—. Déjeme ver la sala de adelante, donde mi familia se reunía cuando terminaba el día.

Pero el hombre no lo dejó.

Jákob buscó y preguntó en Novi Sad por su madre, Paula y Jelena, durante los veintidós días siguientes, hasta que, vencido, en una oficina provisoria, de libros con largos listados de nombres, supo que, al igual que su padre, estaban muertas. Se lo confirmaron en Belgrado, en el Departamento de Asuntos Internos. Allí se enteró de cómo y dónde habían muerto: el camión al que habían subido a su madre y a sus hermanas —luego de haberlas bajado del tren, junto a todas las mujeres del pasaje— era una cámara de gas ambulante, sellada, que iba de ciudad en ciudad y que después de cada ronda amontonaba los cadáveres en el cementerio de Ávala.

Veintidós días, como los senderos que conectan las emanaciones del Árbol de la Vida de la cábala y las letras del alfabeto hebreo, pasaron desde aquel nefasto día de abril en que miraba los escombros de su vida sin verlos, como si un desconsolado efecto los hubiese convertido en transparencias. De golpe, al salir de esa oficina a la que la gente acudía para averiguar sobre su familia y se iba sollozando, sus cuerpos abrumados por el dolor, él forzó su mente para que aceptara la idea de que estaba solo en el mundo. El número veintidós le hizo pensar en el Árbol de la Vida y así recordó el manzano; su madre les había pedido que escarbaran debajo, si ella moría.

Sentado en una vereda de Belgrado, con la cabeza entre las rodillas, de repente evocó la charla que había tenido con el italiano el día de su cumpleaños número 18, sobre el pecado de Dios, y sin querer le vino una risa que probablemente lo avejentaba al tiempo que lo persuadía de que toda creencia humana era una farsa, el invento siniestro de un falso embajador de Dios, lo cual era como decir otro humano, como él; y, al ocurrírsele la frase “impostor de Dios”, recordó, otra vez, la risa de su madre, una mujer tan sabia. Y un pálpito le sobrevino como un

rayo. Al instante, se acordó del nuevo morador de su casa y la certeza de que, antes de que llegaran los húngaros, los judíos habían escondido el dinero en sus casas. Ellos no tenían dinero, de eso estaba seguro, pero algo había ocultado su madre debajo de aquel árbol. Se le ocurrió volver de noche y, en sigilo, esperar que todas las luces de su casa estuviesen apagadas.

Regresó a Novi Sad. Permaneció dos horas agazapado detrás de unos ligustros que bordeaban la casa y, cuando estuvo seguro de que todos dormían, saltó la verja y en puntas de pie fue hacia el manzano, en el fondo del jardín. Cavó un pozo en el exacto sitio en el que su madre habría enterrado sus más preciadas pertenencias si hubiese podido hacerlo, si algo en su corazón o en su mente la hubiera alertado de ese final cumplido. A un metro y medio de la superficie, descubrió un bulto del tamaño de dos cajas de zapatos, envuelto en una bolsa de lona verde salpicada de manchas de óxido y de humedad. Desató los nudos de la bolsa, que tenía correas de la misma tela; dentro de ella, encontró el broche de oro de su madre —un león de Judá— y un estuche de Torá de madera con dos rollos de papiro amarillento. Desenrolló apenas el primero y leyó tres palabras en un hebreo extraño, sin duda antiguo. Apoyó la cabeza contra el tronco del árbol y cerró sus ojos.

15

Disponía de esa mañana de sábado para mí sola. Juan se juntaba con sus amigos de fútbol, mi hija mayor dormía porque se había acostado a la madrugada después de ir a bailar y la menor se había quedado, desde la salida del colegio, el viernes a la tarde, en lo de una amiga.

Llevé el mate al balcón y sobre la mesita coloqué también mi cuaderno, la notebook, los libros y las pruebas que debía corregir para el lunes. Tenía la mañana entera por delante; parecía que el tiempo me iba a alcanzar para todo. Desde nuestro departamento, casi no se oía el tráfico. Solo me llegaba un rumor apagado y el canto de unos pajaritos. El sol era tibio y la temperatura, perfecta. Opté por la reposera en vez de la silla —vamos, vamos, que es sábado, y estás sola, me repetía— y me recosté con las pruebas sobre la falda. Iba a disfrutar del solcito unos minutos, con los ojos cerrados, y después iba a corregir las pruebas de quinto A de la escuela de Belgrano, sin duda la tarea más aburrida de mi profesión. Eran a libro abierto, daban mucho más trabajo, pero me resistía al *multiple choice* o a cualquier opción en la que la respuesta fuese única, preconcebida y esperable.

El silencio y los rayos del sol sobre la cara y el cuerpo me fueron adormilando. De pronto, sin saber cómo, porque no estaba pensando en los abuelos, recordé el día en que había ido a visitarlos a pedido de la abuela. Vivían en una casona estilo inglés de dos plantas, techos de tejas rojas, con un enorme arco en la entrada y tres ventanas con vitrales y molduras labradas. En dos días cumpliría los 11 años. Me sentía casi una adulta, pero igual subí corriendo las escaleras al segundo piso de la casa, salteándome escalones para llegar más rápido a encontrarme con mi adorada abu *Luis,* como llamaba a Louise. Apenas llegué al cuarto amarillo, donde solía encontrarla, me topé con una escena que me atajó en la puerta: el abuelo Julio, hecho una furia, arrojaba papeles por la ventana. Sin advertir mi presencia, gritó:

—Louise, sos una poeta malísima. ¡Pésima!

Después, se desplomó sobre la cama, inclinó la cabeza y el torso hacia delante, se tapó la cara y se largó a llorar. La abuela estaba sentada en su silla delante del escritorio, se había puesto un vestido blanco y largo, de bambula, el pelo suelto sobre los hombros. En el suelo estaba la foto de ellos dos en el día de su casamiento. Louise llevaba una corona de perlitas y un velo que apenas dejaba traslucir

sus rasgos; parecía una odalisca.

—Louise, Louise, no tenés talento —decía el abuelo, entre gemidos—. ¿Cuántas veces los editores van a decirte que lo que escribís es horrible? ¡Ho-rri-ble!

El abuelo subía y bajaba el tronco, la cara siempre tapada por sus manos; lloraba abatido, acongojado, pero ya sin gritar. Nunca lo había visto así; estaba a punto de acercarme para abrazarlo, pero la última frase me frenó en seco. Entonces miré a la abuela y giré para correr a abrazarla. La abuela me observaba, sin moverse, tenía una sonrisa sardónica y parecía en trance. La abuela era así, pensé, mientras recordaba: a veces, una señora bella y distante, y otras, una médium, una pitonisa iluminada.

Me separé del cuerpo cálido de la abuela y me quedé estática, mirándolos, a la espera de una explicación. Ninguno de los dos parecía percatarse de mi presencia. Una entre tantas razones por las que me gustaba ir a esa casa era el amor tan fuerte entre mis abuelos. Cuando era chiquita, me ruborizaba cuando los sorprendía mimándose o abrazándose, hasta que comprendí que sus cuerpos se atraían como imanes, algo que no había percibido nunca en mis padres. Con Juan me había pasado, apenas lo vi, bajo una lluvia torrencial. Empezamos a hablar e inmediatamente, mientras lo miraba sonreír, empapado, me sentí atraída como por una fuerza irreprimible y se me ocurrió que en ese instante sucedía lo que la abuela me había anticipado: vos sos como yo, necesitás estar en pareja para no ir desmoronándote. Ojalá tengas la suerte de enamorarte, como me pasó a mí, de alguien normal.

—¿Qué pasa, abu Julio?

El abuelo levantó la cabeza e inmediatamente dejó de llorar.

—¿Más electroshocks? La melancolía es un estado que ella misma se busca. ¿Por qué no lo entiende? ¿Por qué? ¿Por qué? —preguntaba el abuelo secándose las lágrimas con el dorso de las manos, quizás avergonzado delante de su nieta mayor.

Vi que, mientras la abuela sonreía, sus ojos y sus mejillas estaban mojados. Me abalancé a arrodillarme delante de ella. Apoyé la cabeza sobre sus piernas y le rodeé la cintura con los brazos.

—La puta literatura está repleta de pesimismo, de soledad, de tristeza a propósito —oí que decía el abuelo, que se había acercado a mirar por la ventana—. No leo novelas ni poesías y jamás lo haría, porque es lo mismo que buscar con desesperación la melancolía.

La abuela empezó a reír con risitas finas y agudas y con tanto cinismo que sentí un escalofrío.

—¿Dónde está la Louise pura risa con la que me casé? —preguntó el abuelo sin mirar a su mujer, porque les hablaba a todos: al mundo, al que quisiera oírlo, no a ella.

Levanté la cabeza para mirarlo. El abuelo me clavó sus ojos, parecía extraviado:

—¿Tanto pudo engatusarme? —dijo, sus ojos desorbitados, el ceño contraído.

—¿Qué pasó? —me animé a preguntar a la abuela.

—Pasa que nadie se muere de amor, ni de dolor, ni de soledad —dijo el abuelo y giró dándole la espalda a la ventana—. Es puro invento del arte. Ser feliz es una decisión. Eso pasa —agregó y se fue del cuarto amarillo dando un portazo.

Miré a la abuela, sus ojos verdes vidriosos, un halo de luz sobre su cabeza. Ella me acarició el pelo, como si quisiera quitarme la preocupación.

—Mi marido, tu abuelo, pretende que sonría todo el día —dijo, en un tono con el que trataba de calmarme y mostrarme que lo que había oído no tenía ninguna importancia—. Pero sabés que hay una edad en la que, de tanto actuar entusiasmo, te empieza a dar pereza. Debe ser por eso que las brujas son viejas —y largó una carcajada justo cuando el abuelo asomaba su cabeza por la puerta y se dirigió a mí como si yo no hubiera sido su nieta sino un juez ante quien exponer sus quejas:

—Siempre se la pasó leyendo; siempre le gustó convertirse en los personajes de los libros que leía. —Y siguió, mirando de reojo a la abuela—: Y si yo se lo dejaba pasar era porque lo tomaba como un capricho. O porque todos tenemos algo que tolerarle al otro. La llamaba Emma si ella me pedía que la llamara Emma, o Ana, Mathilde, Dulcinea, Sherezade o Scarlett. ¡Total, qué!

—No podés reprocharme que te hayas aburrido conmigo —le respondió la abuela y siguió riendo—. Si hay una queja que no tenés, es el aburrimiento.

—Jamás en tu vida te van a querer como yo te quise —le dijo el abuelo con más seriedad aún; y después me miró y me dijo—: Siempre fue así, desde la primera vez que la vi y ella bailaba sola en el balcón de mi amigo Franky Figueroa.

Tantas veces me había contado la escena de mi abuela joven, bailando sola en aquel balcón, que había creado mi propia imagen de una mujer jovencísima girando con una pollera larga y acampanada, y era tan vívida que parecía que la hubiese visto.

—Así la quise yo y ella tiene el tupé de reprocharme que pretendo que sea un objeto hermoso y eso la llena de ansiedad porque ahora es vieja y detesta su cuerpo y pasa del llanto a la risa y me está volviendo loco —remató el abuelo, que volvió a acercarse a la ventana. Se apoyó contra el marco y siguió hablando, como para sí.

Ahora recordaba la furia del abuelo, que habló de la profundidad del alma, de incógnitas sin resolver y de que las tinieblas tenían

estalactitas, y la recordaba porque era la primera vez que oía esa palabra; esa misma mañana había corrido a buscarla al diccionario.

—¡Somos humanos! No sabemos lo que es ser humano y no podemos saberlo, juguemos al fútbol o a la bolita o tomemos whisky o Coca Cola —dijo el abuelo aquella vez—. ¡Pero por favor! *El fin de Satán.* ¿A quién se le ocurre? Victor Hugo, ¡un deprimente! ¿A quién se le ocurre, hoy por hoy, leer a Victor Hugo? ¡Pero por Dios!

No estaba segura de todas las palabras del abuelo, aunque lo había oído con atención, con más atención que nunca. Lo que sí recordaba era la desesperación de ese hombre por ser comprendido. Aunque yo fuese una niña que, quizás, por su altura y seriedad, pudiese pasar por mayor, el abuelo necesitaba que yo, que había llegado justo en aquel momento, lo comprendiese.

Pasados los años, siguió llamándome la atención la búsqueda de comprensión de las personas, un deseo inquebrantable, porfiado y necio, lo que me hizo pensar que jamás nadie lo lograba. Me daba risa la gente que, ingenuamente, se sentía feliz al creer que el otro, aun aquel al que conociera de "toda la vida", pudiera ingresar en lo más hondo de su alma. Yo elegía la sensación de sentirme acompañada por Juan, de ser "de a dos", pero no me engañaba: era como un juego que me serenaba porque, en verdad, sabía perfectamente que estaba sola, como todos.

—Ella se mete esas ideas en su cabeza —me dijo el abuelo aquel día —. Leyó una novela en la que Mefisto le advierte a Fausto que hay una mujer peligrosa para los hombres, que se cuide de ella, porque los rodea con su pelo y no los deja escapar. Louise dice que ella es esa bella bruja, ¿entonces quién soy yo? ¿Satanás? ¡Pero haceme el favor! ¿Y por qué me entero de eso delante del psiquiatra? ¿Por qué un psiquiatra? ¿Te das cuenta del disparate? ¿Por qué no me lo podía decir a mí? Lo peor de todo es que me acuse de no entender nada. ¡Soy el único que te entiende, Louise!

Me acomodé en la reposera; mi brazo izquierdo estaba semidormido. Me desperecé, estiré mis piernas y recogí las pruebas que se me habían caído al piso. Recordé la fachada de la casa de los abuelos y se me ocurrió que tenía ganas de volver a verla. Mi hija mayor seguía durmiendo; nada me impedía subirme a la bici, un hábito de siempre, que me hacía sentir libre y feliz como cuando era chica. Escribí una nota y la dejé sobre la mesada. Tomé mis llaves y salí.

16

De la pared del frente de la casa, colgaba un cartel azul que decía Andrade propiedades VENDE, cruzado por otro, una franja angosta, color rojo, parecida a la cinta para envolver regalos, que decía VENDIDA. Había un Citroën gris estacionado sobre la vereda, la trompa besando la puerta de roble macizo del garaje, negándoles el paso a los peatones. Me sentía cansada pero contenta por el ejercicio —había pedaleado no menos de cincuenta cuadras— y un poco aturdida por el retorno a la infancia, esa niebla en la memoria cuyos únicos retazos luminosos habían quedado en aquella casa que ahora tenía delante.

Até la bici a un poste de luz y me acerqué a la ventana de la planta baja. Espié a través del vidrio. Apenas alcancé a ver manchones negros y borrosos, porque el destello de luz que emanaba de la puerta de vidrio, del otro lado de la sala, la que daba al jardín, me encandilaba. De repente oí pasos en la casa y me agazapé al costado. La pared me ocultaba de quien estuviera adentro. El corazón me rebotaba en el pecho y el estómago me devolvió la sensación de una náusea. ¿Sería el nuevo dueño? Volví a asomarme unos segundos y, en el rectángulo blanco que formaba el fulgor de luz, vi la silueta de un hombre alto y de hombros anchos. Hubo un silencio prolongado y después, pisadas lentas y compactas que se acercaban. Aplasté la espalda contra la pared para que el hombre no pudiera verme si se asomaba por la ventana. Las pisadas fueron cada vez más sonoras hasta que se abrió la puerta de entrada y salió un hombre de unos 50 años. Me miró con extrañeza y, después de unos segundos en los que, absorta, no cambié mi posición aplanada contra la pared, sonreí. No se veía molesto por mi fisgoneo; al contrario, parecía divertido, como si se tratara del juego del gato y el ratón, o como si me hubiese estado esperando.

—Siempre dije que soy un tipo con suerte —dijo y cruzó los brazos. Me miró de la cabeza a los pies, apreciándome, y lamenté mi vestimenta deportiva, mis pantalones cortos, el buzo viejo, el primero que encontré a mano cuando decidí visitar la casa de Villa Urquiza.

—El auto no puede estar sobre la vereda —dije, a la defensiva.

—Mirá vos —dijo él, quizá más divertido todavía por el reclamo—. ¿Me espiabas por la ventana para decirme eso?

Tal vez tuviera menos de 50 años. Vestía un traje azul impecable,

camisa blanquísima y corbata roja. Su apariencia tan formal y elegante no combinaba con el día sábado ni con el barrio y menos aún con el estado de deterioro de la casa. La piel de su cara era muy blanca y el pelo, corto, muy negro, como sus ojos redonditos y minúsculos, que se cerraban cuando sonreía y le daban un aire juvenil, casi adolescente, que no se correspondía con el refinamiento de su atuendo.

—Mis abuelos vivían acá —dije.

—¿Vos sos Berman?

—No. Berman le compró la casa a mi abuelo. Mejor dicho: se la ganó en una apuesta. Mi abuelo apostó la casa porque se volvió loco después de que mi abuela murió.

—Los Ortiz.

—Los Ortiz.

—Me acuerdo de los Ortiz.

—¿Los conociste?

—¿Querés pasar?

La sala no tenía muebles salvo por una tele encendida sobre el piso de madera y una alfombra enrollada contra la pared. Las paredes estaban descascaradas y del techo colgaba un cable con una lamparita. Parecía otra casa y al mismo tiempo la misma pero vacía, abandonada. Berman no le había dado siquiera una mano de pintura, o habría sido el tiempo el encargado de destruirla poco a poco. La tele emitía un programa de cocina: un cocinero vestido con delantal blanco y gorro de chef acariciaba un cilindro de carne cruda, rosada. Tomó la carne y empezó a atarla con un piolín que acentuaba su forma cilíndrica.

—Me relaja el canal Gourmet —explicó él—. Fijate la emoción y la parsimonia con la que esparce la pimienta. Pareciera que tiene todo el tiempo del mundo, como si no hubiera nada más importante que ese solomillo en salsa de vino tinto.

Entre la vergüenza por haber sido sorprendida espiando, la confusión de estar en esa sala en la que había vivido tantos momentos preciosos, la extravagancia de ese hombre solo dentro de la casa vacía y el programa de cocina, me sentí como una niña a la que acababan de pescar robando de un cajón de la habitación de sus padres. Estaba paralizada en el medio de la sala que se veía oscura, porque a esa hora del mediodía los rayos de sol no tenían ninguna inclinación para colarse por las ventanas. Muy despacio, di unos pasos hacia la puerta de vidrio que daba al jardín. Esa puerta parecía el único cambio de la casa; ya no tenía vidrio esmerilado, sino uno común, transparente, como si Berman se hubiese tomado el trabajo de sacrificar la preciosa puerta con molduras de estilo Tudor, en forma de rombos y con vidrios de colores, solo para ganar luminosidad. Esa puerta de cristales

rojos, verdes y amarillos era una especie de símbolo en mi memoria, pero ahora no sabía de qué. Se me aparecieron algunas imágenes mías, a los 5, a los 8 años, corriendo del jardín a la casa, de la casa al jardín, y el abuelo siempre preocupado por que no rompiera los pequeños vidrios de colores que tanto orgullo me daban.

El jardín se veía más chico, encogido. El pasto estaba alto y no se distinguía el sendero de piedritas que daba la vuelta delante de los bambúes. Las cañas de ámbar, que los aislaban del vecino, habían avanzado desde sus canteros detrás de la fuente e invadido el césped. La magnolia se veía apretujada en medio de una selva enloquecida que reducía el espacio.

El hombre había quedado atrás, mientras yo avanzaba, confiada, por ese lugar tan ajeno y tan propio también. Caminé dos pasos por la galería y me detuve a mirar al hombre y pedirle permiso para recorrer el jardín. Él asintió, todavía sonriente, curioso. El jarrón de la estatua estaba seco, y la fuente, antes repleta de peces anaranjados nadando entre los camalotes, resquebrajada. El hogar de mis abuelos, todo, o lo que quedara de él, sumido en una apática desidia. Sin embargo, parecía que la abuela Louise aún estaba allí, en el aire, como un fantasma, en todas partes y en cada rincón, o de pronto justamente ahí, ahora, delante de mí, sentada en el borde de la fuente, acariciando el agua con la punta de los dedos. Tuve ganas de llorar, pero no lo hice. Dije gracias y di media vuelta para irme.

—Pará, pará —dijo el hombre, con un acento que todavía no había podido dilucidar—. No te vas a ir así nomás. Decime cómo te llamás —y esta última frase me pareció impostada, como si él hubiese hecho un esfuerzo para decir “llamás”, como si no fuera argentino aunque hablara el castellano.

Le dije mi nombre y él no se sorprendió:

—Pero claro, Luisa Ortiz, ahora entiendo, quedate un ratito, te lo ruego, yo me acuerdo de vos.

—Luisa Castelli. Ortiz es el apellido de mi madre, la hija de Julio y Louise.

Pensé que él estaba equivocado. Hacía ya veinte años que no ponía un pie en esa calle, que la esquivaba cada vez que pasaba por el barrio. Pero no dije nada, a la espera de una aclaración.

Giró hacia la casa y, ya a cierta distancia, me ofreció una cerveza, tenía unas botellas frescas en la heladera. Estaba a punto de decir no, gracias, tenía que irme, pero no dije nada. Me senté en los escalones de la galería, mirando hacia el jardín. Él volvió enseguida y se sentó a mi lado, en el mismo escalón.

—Contame por qué viniste —quiso saber, mientras chocaba su botellita de cerveza contra la que me acababa de entregar y me miraba a los ojos.

Una voz en mi cabeza me preguntó si iba a caer en la trampa de la mirada a los ojos y el interés. Pero no pude moverme de donde estaba y le dije, tranquila, como si todo el tiempo del mundo fuese mío, una actitud igual a la del chef gourmet preparando el solomillo:

—Volver aquí después de tantos años me llena de nostalgia. Me da una sensación como de una época falazmente feliz.

Dije eso y me detuve porque advertí que había hablado desde un lugar personal, desguarnecido, desde el que no importaban mi estado civil, ni que tenía dos hijas adolescentes, ni tampoco mi aspiración académica. Y seguí con una voz ronca, que provenía de otro tiempo, definitivamente perdido:

—Louise Maxwell se había casado con Julio Ortiz, que vivía de una fábrica de cables heredada de su padre. A mediados de los años setenta, vendió la fábrica, cuando se le hizo insostenible mantenerla porque los economistas del gobierno militar abrieron la importación y los cables importados eran mejores y más baratos que los que él fabricaba. Gastó el dinero de la venta del inmueble de Montserrat en los honorarios del abogado que lo defendió en los juicios que le hicieron el jefe de ventas y los obreros. Pudo quedarse con un estacionamiento en el microcentro y vivir de ese alquiler. En marzo de 1985, el día en que mi abuela Louise murió, la misma madrugada del día del entierro, fue a jugar al póquer a la casa del gerente de la fábrica, el único que no le había hecho juicio; eran bastante amigos.

—Berman.

—Berman —dije y seguí hablando, casi para mí, como si estuviese a punto de entender algo nuevo de lo que siempre había sabido—. El tope de la mesa eran doscientos dólares, y aquella madrugada de verano una mosca los acosaba, zumbando y zigzagueando. De golpe el abuelo, que estaba deshecho por la tristeza, se sacó el cinturón y lo estiró sobre el paño de felpa verde de la mesa sobre la que solían jugar al ajedrez, dividiéndola en dos, y le apostó al gerente, que venía de ganar el tope, su campo de cincuenta hectáreas en Junín contra su adorada casa. El abuelo le dijo al gerente, a Berman, que eligiera su mitad, y Berman eligió el lado derecho de la mesa. Si la mosca posaba sus patas primero ahí, en ese pequeño territorio verde, el gerente se quedaba con la casa, y si lo hacía en el lado izquierdo, el abuelo sería el propietario de las cincuenta hectáreas en Junín y se convertiría en chacarero. Así perdió su amor y la casa, todo el mismo día.

—Una historia de amor y de Berman —dijo el hombre con ironía, acaso mofándose de mi historia.

—De sacrificio —dije—. O de demostración de que nuestros destinos son arbitrarios, por más que porfiemos en creer que controlamos algo.

—Me gusta la idea, pero quién sabe. Tu abuelo buscó alejarse lo más posible de la mujer que había amado. Berman lo ayudó. Me consta

que no quería esta casa.

Lo miré de reojo. ¿Cómo sabía lo que Berman quería?

—¿Por qué compraste esta casa destruida?

—La pagué dos mangos y voy a reciclarla.

—Este barrio no es Puerto Madero ni Palermo Soho ni Palermo Hollywood. ¿Me vas a decir que vale la pena invertir acá?

De repente el hombre perdió la sonrisa canchera e hizo un gesto compungido, de perrito mendigo de afecto. Después se quitó el saco, desabrochó el primer botón de la camisa y se sacó la corbata.

—Mirá. Me dediqué a las inversiones inmobiliarias y siempre me fue bien —dijo—. Extraordinariamente bien. Viví treinta años en Nueva York, hice una pequeña fortuna. Pero soy un pobre niño judío —agregó con tono chistoso, tal vez también irónico, como burlándose de sí mismo— que nunca logró que su papá lo mirara y su papá murió hace poco. Entonces el exniño quiso volver a las raíces de su papá, si es que en esta ciudad y en este barrio él echó alguna.

—¿Y por qué esta casa?

—Porque en la mía solo vivió hasta mis 9 años, cuando se fue porque ya no la quería más a mi mamá, o al menos eso creyó ella. Y ahí había sido un espectro, que no fue acá. Aquí, era todo lo contrario: un filósofo, no sé, un hombre lúcido y conversador, según decían todos. Berman y mi viejo se habían conocido por mi madre y después quedaron muy amigos.

El hombre me miró a los ojos, como si hubiera querido traspasarlos, o dar a entender algo más de lo que había dicho. Su sonrisa era ahora tenue, tal vez preparada para eso que se guardó, que yo no tenía por qué saber.

—Insisto: yo me acuerdo de vos, pero vos no te acordás de mí.

Me traspiraban las manos. Para disimular, con una apreté la cerveza y con la otra empecé a despegar la etiqueta de la botellita.

—Vos eras tan alta que parecías mayor, pero no creo que tuvieses más de 12 años. Yo tenía 20, vivía en Nueva York, fue en la primavera de 1981, vine cuatro días por trabajo. Quise ver a mi padre ese fin de semana, contarle que estaba saliendo con una chica que era hija de un rabino. Creía que iba a ponerlo contento.

Lo miré, inspeccionándolo, a ver si su cara me decía algo, pero no, aunque sentía una electricidad en la boca del estómago que hizo que de repente me pusiera de pie, despavorida. Le pregunté cómo se llamaba.

—Gabriel, pero decime Gaby. Aquel día que recuerdo estábamos almorzando acá afuera, tus abuelos, Berman y su señora, mi viejo y yo, y vos entraste corriendo y te frenaste de golpe al ver la comitiva alrededor de la mesa. Diste unos pasos desconfiados, nos saludaste a cada uno con un beso y caminaste hasta la fuente y ahí te sentaste.

¿No te acordás? Yo me acerqué y charlamos.

—Sos el hijo de Jákob Adam —dije, sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

Recordaba a aquel muchacho de pelo negro y remera roja, que no se parecía casi en nada al hombre que tenía delante. Entonces, Jákob había muerto hacía poco, pensé. Y recordé también que durante dos o tres años, cuando había empezado a salir con chicos, no me lo podía quitar de la cabeza, hasta que llegó el día en que ya no pude reconstruir su cara. Tantas veces sucede: la insistencia de la evocación diluye el rostro que se busca. No. Ahora no podía hacer coincidir la cara de este cincuentón con la del muchacho que guardaba mi memoria y que la fantasía de mi adolescencia tantas veces había evocado. Lo seguí mirando, estudiándolo, pero no.

—Me acuerdo de vos —dije.

Gabriel se rio y su risa me hizo recordar que él me había comparado con la palmera, tan alta y finita. Ahora, por primera vez, me agraviaba aquella comparación.

17

Si a los 13 años y antes de la guerra Jákob ya adhería con entusiasmo al sionismo y estaba convencido de que los judíos debían regresar a Eretz Israel, a los 19, cuando partió de Novi Sad por última vez, su sentimiento era de inmensa deuda con todos los muertos. Había sufrido como judío y quería vivir como judío. La ausencia de su madre, de su padre, de sus hermanas Jelena y Paula y de su amigo Pavle lo instigaba a regresar al monte Sion, al corazón de los pensamientos de Dios, al principio de todo, a la comunión del creador con los hombres y con la tierra de la que se habían exiliado hacía tantos siglos. También, se sintió responsable de aquellos a quienes no había llegado a conocer pero había visto morir fútilmente, asesinados con saña y crueldad, en una cacería incomprensible que nadie jamás podría haber imaginado. Saldar esa deuda suponía, para él, expatriarse, abandonar su nacionalidad y su condición de europeo e internarse en la historia del judaísmo nacida en Palestina, porque tenía la certeza de que solo la historia podría dilucidar las razones por las cuales el judaísmo era perseguido de esa manera atroz.

En el campo de desplazados, había aceptado el ofrecimiento de la organización norteamericana de asistencia sin vislumbrar el peligro que implicaba el viaje a Palestina y menos todavía intuir que miles de sobrevivientes del Holocausto, ilusionados con alcanzar Eretz Israel, morirían en el mar. Los estadounidenses lo esperaban —a él y a muchos otros— en Viena, donde debía recibir instrucciones secretas sobre el puerto desde el que podría embarcarse, ya que el viaje a Palestina era considerado ilegal por los británicos, que se ocupaban de hacer cumplir el pacto de 1939 con los árabes, con el cual limitaban la cantidad de judíos que inmigraban anualmente. Patrullas navales británicas trataban de impedir la inmigración clandestina, detenían los barcos abarrotados de sobrevivientes, los desviaban hacia un campo de detención en Chipre y luego decidían qué hacer con ellos. También, vigilaban la costa marítima para imposibilitarles el desembarco.

Jákob no contaba con dinero ni ropa más que la que llevaba puesta, ni siquiera con documentos. Cuando partió hacia Viena, solo tenía consigo dos cosas: el broche de oro de su madre y el estuche de Torá con dos rollos de papiro que había desenterrado debajo del manzano, ambos dentro de una bolsa de lona. Esas páginas gruesas, en un tipo

de escritura hebrea cuadrada, que el rabino que le había enseñado esa lengua, en Novi Sad, a lo mejor hubiera considerado de estilo babilónico, y que suponía debía de ser un escrito antiguo pero no habría podido estimar cuánto, parecían confirmar su intención de saldar la deuda con todos los muertos que llevaba sobre su espalda en su corta vida, que eran muchos. En el mejor de los casos, además, esa historia alumbraría la manera en la que podría verse a sí mismo como un sobreviviente.

Viajó a pie y en tren durante tres semanas; en ninguna parte fue bienvenido y en todas se topaba con otros cientos de refugiados como él, la mayoría de ellos únicos sobrevivientes de sus familias, que se desplazaban de un lado al otro buscando algún lugar que no los rechazara y donde empezar una nueva vida. De todos los tramos en tren, nunca olvidó el que hizo desde Bratislava hasta Viena, en un vagón repleto de expatriados. Había subido al último, el que disponían especialmente para deportados y que se reconocía porque los adornaban con ramas de hojas verdes.

Jákob iba sentado en el piso, en plena oscuridad de una noche de primavera, y miraba las siluetas negras de las copas de los árboles que se deslizaban por las ventanas. De repente, un polaco que estaba con un grupo de campesinos empezó a tocar la mandolina y sus compañeros cantaron canciones cargadas de nostalgia, con historias nacidas en los guetos, en los campos de concentración y en los bosques que escondían a partisanos judíos y evocaban una vida judía que había muerto para siempre. En un momento, uno de ellos, un muchacho que parecía de 12 pero tendría unos 20 años, suponiendo que Jákob también era campesino, le recomendó que no soñara con Eretz, que regresara a su tierra, a la que en verdad pertenecía; esa era la tierra que había que labrar. A Jákob lo acongojó darse cuenta de que los polacos cantores no pudieran comprender todavía que ya era imposible regresar a su pueblo, a su tierra, a algún lugar que les hubiera pertenecido y sintieran como propio; que aquella noche ignoraran que la encontrarían arrasada o, en el mejor de los casos, ocupada por nuevos dueños —como le había pasado a él—, a quienes la guerra no los había afectado.

Llegó a Viena de día y la ciudad parecía menos destruida que otras por las que había pasado, pero se veía fantasmagórica; más una reliquia que una ciudad viviente, a pesar de los tranvías y de la gente apurada que poblaba las calles. Todos los ocupantes del vagón, incluido el de la mandolina, descendieron del tren y fueron guiados como rebaño hasta el Hospital Memorial Rothschild, donde, sobre sus escalinatas, los esperaba una muchedumbre de otros refugiados que anhelaban reencontrarse con parientes o conocidos; ninguno sabía con certeza quién había sobrevivido. Después de superar el gentío y los

llamados ansiosos, Jákob y sus compañeros de vagón fueron arriados hasta un sótano atestado de gente. Ahí debieron pasar por no menos de cuatro o cinco habitaciones pequeñas en las que les hicieron diferentes exámenes médicos y los interrogaron sobre las nacionalidades que declaraban tener, las últimas residencias anteriores al 1° de enero de 1938, las lenguas habladas en orden de fluidez, ocupaciones previas y destinos a los que aspiraban. El interrogatorio se debía a que en ese lugar les otorgaban un documento de identidad de DP, *displaced person*, con nombre y número. Ese nombramiento, tan verdadero a la vez que irreal, y también ese número, al tiempo que lo acercaron a su identidad, le reavivaron las ganas de vivir como judío. Vivir como judío parecía, para Jákob, llegar a ser aquel que ya era, pero sin disculparse por ello con el mundo.

De repente recordó, con rabia, que en el campo de refugiados, en cuanto habían llegado los libros de religión y de historia, los había leído preguntándose quiénes eran los judíos, qué significaba ser judío, por qué eran, en ese presente, un pueblo exiliado y perseguido cuyos libros de historia estaban impregnados de vergüenza. Los autores judíos parecían pedirles disculpas a las naciones europeas que no los habían aceptado nunca, que en distintos períodos y con métodos variados los habían expulsado de sus tierras. Era el mismo tono asimilacionista de Sándor, su padre, quien en su ambición por ascender en su carrera profesional se había esforzado por solapar su identidad judía hasta hacerla irreconocible. Y, paradojalmente, ¿no había sido esa misma identidad la que lo había inducido a la muerte, en su caso como un castigo por sus ínfulas profesionales en tierras de europeos cristianos que, por más que le habían hecho un lugar a su abuelo en un barrio circunscrito y concentrado para judíos como él, aborrecían su estirpe?

Sabía que era un odio antiguo, nacido hacía dos mil años, cuando los padres de la Iglesia cristiana primitiva, en su afán por convertir a las masas paganas, reforzaron la divergencia y el desacuerdo entre su religión y su predecesora teológica y forzaron a los judíos a una exclusión espiritual. Un odio añejo, como nacido en el inconsciente, igual que la repugnancia por las víboras o la pretensión de diferenciarse del que se nos parece. El exterminio nazi, se dijo a sí mismo, en Viena, fue la culminación de siglos de matanzas sistemáticas guiadas por el *Deus vult*, "Dios lo quiere", de los cruzados. Históricamente, pensaba Jákob, el ser humano ha conseguido su identidad desidentificándose, diferenciándose del otro, oponiéndose, batallándolo, como si el otro fuese una roca a la que se debe carpir a picotazos.

Durante el interrogatorio en el Rothschild, ante la pregunta sobre su ocupación, se dio cuenta de la inconveniencia de responder que él se

dedicaba solo al estudio cuando la guerra había llegado a su ciudad. Le pareció que el conocimiento de varias lenguas, que tanto le había servido en el campo ustacha, no le serviría ahora si quería llegar a la incipiente Jerusalén; debía apelar al oficio de carpintero aprendido en Monowitz. Entonces, lo exageró un poco, dijo que sabía tanto fabricar muebles como levantar paredes. Más tarde, cuando se dirigía a tomar la taza de té y la galleta que les ofrecieron, un hombre que parecía importante y que, luego se enteró, dirigía una de las tres agencias que regentaban el Rothschild —y que durante la guerra había sido el líder de la resistencia húngara— le preguntó qué había dentro de aquella pesada bolsa de lona que no soltaba. Estaba a la vista que el contenido era de extremo valor para Jákob, que notó que ningún otro, ni hombre ni mujer, llevaba algo en sus manos.

Con todo el aplomo del que fue capaz, a pesar del miedo que no lo abandonaba, respondió en hebreo que era la Torá de su madre, e instintivamente la apretó contra su estómago. El director no le pidió que se la mostrara, pero hizo un gesto de respeto que no se justificaba en aquel entorno de desgraciados. Jákob entendió que era porque había hablado en hebreo. Ese hombre lo escogió del grupo y lo envió a una pensión en la Alserbachstrasse, atestada de refugiados apiñados que esperaban su destino hacía meses y que estaba pronto a concretarse. Todavía ignoraban si serían contrabandeados por pasadizos en las montañas hacia la frontera de un país vecino para embarcarlos a Eretz o si los distribuirían en los campos de desplazados de las zonas norteamericanas de Austria y Alemania, lo cual implicaba una espera más larga —probablemente, más de un año— y mayor incertidumbre sobre su destino. Cuatro días después, aquel director lo mandó llamar, junto a otros veinte refugiados húngaros, y los envió a la estación, para que abordaran un tren que, como supo más tarde, iba a Lech.

En Lech, el grupo se preparó para atravesar los Alpes. Caminaron durante poco más de una semana hasta que llegaron al puerto de La Spezia, sobre la costa mediterránea italiana, desde donde zarparía un barco. Mientras, permanecerían en otro lugar: los condujeron a un campo formado por meras barracas detrás de un alambrado de púas que había sido un centro de detención alemán, en el que se enseñaba hebreo y a labrar la tierra a los refugiados que harían el viaje a Palestina.

Esperaron varias semanas, quizás un mes durante el que solo escuchaban rumores de lo que la organización clandestina Aliyá Bet preparaba para ellos. Ya era agosto cuando, en una noche quieta, la goleta búlgara Libertad se dispuso a zarpar en silencio desde una playa cercana al puerto. Habían colocado una rampa de madera y estaban embarcando cuando de repente los aterró un grito de alto en

italiano. Eran carabineros. Quedaron paralizados durante unos segundos, que parecieron horas, hasta que un periodista estadounidense que viajaba de incógnito para después escribir sobre esa repatriación les gritó: “¡Nombre y rango!”. El capitán del barco también era estadounidense. Ante su mirada despavorida y mientras unas mujeres continuaron subiendo al barco palmo a palmo sobre la rampa que se mecía, el que parecía el oficial al mando de los carabineros le preguntó al periodista por qué quería saber. El hombre blandió su carnet y explicó que él era corresponsal estadounidense y quería sus nombres y rangos porque iba a telegrafiar a su país para reportar lo que ellos estaban haciendo esa noche, en esa playa. El carabinero se negó a dar su nombre. Se lo veía confundido. Entonces, el periodista probó un tono más apaciguado y le preguntó por qué no dejar ir a esos judíos, si tarde o temprano se irían.

Los minutos pasaban. Como la situación era tensa, Jákob se acercó al periodista.

—Permítame que les diga, en italiano, que puedo quedarme si las autoridades italianas necesitan una explicación. Pero que dejen partir a toda esta gente.

El oficial miraba a unos y otros. Y dudaba. No querría quedar mal con sus subalternos. Entonces el periodista aceptó la sugerencia de Jákob, permitiéndole que les hablara. En un tono resuelto, Jákob dijo:

—Tal vez estén en problemas durante unas semanas. Pero pronto el mundo sabrá de su coraje y ustedes se van a convertir en héroes.

El oficial dudó un instante, pero no cayó en la trampa:

—Yo no puedo decidir sobre un asunto tan importante, voy a llamar a prefectura.

Dio media vuelta y se fue, acompañado de otro carabinero, y dejó dos oficiales de guardia delante del barco.

Habían pasado dos horas, el barco ya cargado con todos los pasajeros, cuando el capitán llamó a Jákob y al periodista y les ordenó, en inglés, que embarcaran, que zarparían pasara lo que pasara. Zarparon, ante la mirada espantada de los pobres carabineros de guardia, que ni siquiera se atrevieron a gritarles que se detuvieran.

El Libertad llevaba bandera turca en su mástil, pero sus tripulantes eran estadounidenses de la edad de Jákob, que no hablaban ni ídish ni hebreo y que a cada rato decían “shalom”. Dos tercios de los pasajeros eran hombres, porque más hombres que mujeres sobrevivieron a la Shoá, y casi todos rondaban los treinta años.

La primera parte del viaje duró ocho días, de los cuales lo más difícil fue dormir en las cuchetas de madera por la escasa ventilación que había en la cubierta de abajo, pero también por los que se mareaban y, cansados, confundidos y asustados, no dejaban de repetir que no llegarían a destino, convencidos de la proximidad de su muerte. Un

médico, también inmigrante ilegal, se ocupaba de reanimarlos, pero, solo como estaba, no daba abasto. Al sexto día avistaron un inmenso barco de guerra color gris y entraron en pánico. El barco, que era británico, encaró hacia ellos durante unas millas hasta que de repente viró hacia el sur y comenzó a seguir a otro barco, como el de ellos, con inmigrantes judíos ilegales, solo que más grande y con más pasajeros, por lo que el buque de guerra debió elegir entre los dos y, por suerte para ellos, eligió el otro.

Aun obligado a sortear peripecias graves, el Libertad continuó su marcha, haciendo flamear la bandera turca, mientras los 239 pasajeros se organizaban para racionar el agua y la comida enlatada y turnarse para dormir, sobre todo en las noches en las que el mar se volvía tempestuoso, como un océano. Hasta que un día divisaron el Monte Carmelo y, a sus pies, el pueblo de Haifa. El barco se aproximó al puerto, con la bandera estadounidense al lado de otra, con la estrella de David, y apenas lo hizo una patrulla británica lo detuvo. Jákob oyó que le decían al capitán del Libertad que permanecerían detenidos en Haifa hasta ser embarcados hacia Chipre. El Imperio británico era amigo de los judíos, pero no podía desconocer lo acordado con los países árabes y con la Liga de las Naciones, ni dejar de cumplir con el Mandato británico de Palestina.

18

Le dije a Gabriel que tenía que buscar a mi hija menor por la casa de una amiga, a las tres en punto, y me despedí. Di unos pasos hasta la vereda, donde había dejada atada la bicicleta, y me agaché para abrir el candado. Gabriel me acompañó hasta la esquina, caminando a mi lado mientras yo empujaba la bici por el manubrio. Ahí, para tender un puente por si más tarde necesitaba cruzarlo, le comenté que estaba trabajando en mi tesis de doctorado y que en el Seminario Rabínico había leído algunos textos escritos por su padre.

—Pero vos no sos judía —dijo él.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—A mi padre le interesaba la Torá y eso. Libros antiguos.

—Y a vos no.

—A mí, no. Salvo que sean incunables, piezas únicas para vender en Sotheby's —dijo y se largó a reír con una risa forzada, artificial.

—Claro. Buena suerte —cerré la charla y empecé a pedalear.

Recorrí las cincuenta cuadras desde la casa de los abuelos como en el aire, tan sumida estaba en los recuerdos que guardaba de aquella casa y del hijo del filósofo que si alguien me hubiese preguntado por dónde había venido no habría podido responderle.

Cuando estaba guardando la bici en el garaje del edificio de casa, entró Juan, en el auto, que venía de jugar al fútbol. Me apuré en cerrar la puerta que daba a la escalera y el ascensor para evitar el encuentro y la explicación: de dónde venía con esa cara roja y toda transpirada. Pero Juan no había alcanzado a verme, estaba encandilado por la luz del mediodía que entró en la oscuridad de la cochera. Entonces me escurrí por la puerta que daba al ascensor y ahí salí a la calle para buscar a mi hija.

Durante esas cinco cuadras de caminata, traté de digerir el reciente encuentro en la casa de los abuelos, tan insólito que me aturdía. Ese sábado había poca gente, las veredas casi vacías, y mi mente hervía con razonamientos y emociones confusas. Hacía días que no me acordaba del señor Adam, menos aún de su hijo, pero se me había ocurrido ir al Seminario a averiguar sobre Lilit, y desde la primera visita empezaron a volver los recuerdos salpicados, a veces inconexos, que parecían partes de un viejo rompecabezas al que le faltaban algunas piezas.

Me acordé de que Ruth me había hablado mal del hijo de Jákob Adam; había dicho que "era capaz de cualquier cosa", y eso agrandaba mi desconfianza. De hecho, había sido capaz de comprar la casa de mis abuelos por una supuesta inversión inmobiliaria que, de ser cierta, lo ubicaba acechando una casa ajena que su padre había visitado algunos domingos durante unos pocos años. ¿Por qué esa casa maltrecha de Villa Urquiza? Me di cuenta de que me daba bronca que fuese su nuevo dueño, que usurpara un pasado que habría quedado intacto en mi memoria para hacer de él lo que yo quisiera, como hasta entonces. Sin duda, la sonrisa socarrona y el aire triunfante de Gabriel Adam habían empeorado mi aprensión. La última imagen era la del momento en que yo le decía adiós con la mano y empezaba a pedalear y él —ya no estaba segura de si en chiste o no— soltó la sonrisa canchera y me miró con los hombros encogidos y una cara triste, de perro vagabundo, sin rastro del porte canchero que me había parecido tan atractivo, apenas lo vi.

Tres días después, con el pretexto de que era el camino más corto hasta lo de mis padres, que vivían en Coghlan, pasé en bici delante de la casa. El auto de Adam no estaba, pero, parado junto a la puerta, vi a un hombre que no era Gabriel, los brazos cruzados, en actitud de esperar a alguien. Me detuve, dije buenos días y con un modo muy inocente, del estilo que usaba mi madre, le pregunté si Gaby estaba.

—Volvió a la gran manzana —dijo el hombre, que tenía el pelo largo atado en una cola de caballo—. Yo quedé a cargo de todo, *milady*.

Me molestó el tono con el que me había hablado y esa última palabrita, pero me quedé muda, el tipo no parecía del todo en sus cabales; la manera en la que se había hecho el gracioso con una desconocida era demasiado exagerada. Después, se dio vuelta y apoyó una mano en la puerta, mientras me miraba con la cabeza inclinada y fruncía el ceño con un gesto extraño.

—Me contó Gaby que van a remodelar la casa.

—Ah, entonces vos no sos la novia arquitecta. Ya me parecía que tenía que ser más joven.

No respondí, pero estaba segura de que mi cara no había ocultado el fastidio por el comentario.

—Disculpame, te confundí con la novia nueva de Adams. Todavía no la conozco. Ella se va a ocupar de remodelarla. Bah, o de demolerla, y quizás Gaby no le dijo que venía yo en vez de él. Con Adams, nunca sabés. ¿Entonces vos quién sos?

Su acento era extraño. O tal vez era que su voz sonaba un poco gangosa y además modulaba las sílabas con mucha sonoridad, como si imitara la tonada cubana. Tenía pelo negro, lacio, y raya al medio, anteojos redondos con marco rojo, como las suelas de sus zapatillas negras. Le dije mi nombre y que conocía a Gabriel de la infancia,

porque él solía venir a esa casa, que era de mis abuelos. Después me bajé de la bici y me acerqué.

—¿En serio piensan demolerla? Qué lástima, una casa tan linda. Le entendí que iba a hacer una inversión inmobiliaria, reciclarla y venderla más cara.

El hombre me miró con curiosidad.

—¿De dónde decís que conocés a Gaby?

Imposté de nuevo el tono ingenuo y respondí que de toda la vida.

—Él amaba esta casa, por eso me sorprende que quiera tirarla abajo.

—La arquitecta dirá si conviene reciclarla o no —dijo el hombre y largó una risa corta.

Había levantado dos dedos de cada mano para hacer el gesto de ponerle comillas a la palabra arquitecta. Después, agregó que él se llamaba Johnny Lezcano, también conocía al loco de Adams de toda la vida, bah, desde el colegio secundario, qué raro que nunca antes la hubiera visto. ¿Cómo se llamaba? Luisa Castelli no le sonaba. Él estaba trabajando para Gaby, que había vuelto a Nueva York; ese tipo vivía arriba de un avión.

Reparé en la s que le había agregado al apellido y dije sí, claro, qué locura, ese ir y venir de Gaby.

—¿Vos sos el periodista que hace poco estuvo en el Seminario Rabínico, donde trabajaba el padre de Gaby?

Lezcano me miró extrañado. No respondió, solo hizo una media sonrisa mostrando las encías. Era evidente que no tenía muchas luces. Si había algo de lo que estaba segura de haber aprendido con los años, era a detectar la falta de esa lógica mínima que las personas necesitan para comunicarse superficialmente. Entonces, aclaré:

—Estuve yendo seguido para leer unos textos inéditos de Jákob, el padre de Gabriel, para mi doctorado. Manuscritos, más bien.

—¿Y te los dieron?

—Sí, por supuesto, ¿por qué no?

—La perra de la bibliotecaria me los retaceó. Me explicó que lo poco que había de él lo estaban usando en el tercer piso, en el Centro de Estudios Hebreos o algo así. ¿Era cierto, entonces? ¿Vos los estabas usando?

—Era cierto. Aunque de todos modos me parece que ella desconfía de los periodistas. ¿Sos periodista?

—Soy lo que el jefe ordene.

—¿Por qué Adams, con s?

—Ese era su apellido en el *college.* En el St. George's de Quilmes, donde nos conocimos en primer año de la secundaria. Gaby nos dijo que su apellido era escocés. Yo recién me enteré de que era judío cuando me llamó para ofrecerme trabajo. Me lo guardé, obvio. El resto de los *old georgies* recién se enteraron en marzo, en el entierro del

padre. Gaby no quiso saber nada con que fuéramos, pero fuimos todos. ¿Cómo no íbamos a ir? Él nos provocaba demasiada intriga.

—Pensar que lo conozco de toda la vida y recién me entero —mentí.

—Vení, pasá, no te quedes ahí afuera. La arquitecta seguro se demora. Ella se debe creer una reina porque está saliendo con Gaby; así son ustedes las mujeres.

—¿Somos todas impuntuales o todas nos creemos reinas cuando nos levantamos a un tipo?

—No, no, no me malinterpretes —saltó enseguida Lezcano y estiró los brazos como para tomarme de los hombros, pero me corrí y lo esquivé. Quedó perplejo, sorprendido por mi movimiento veloz y porque lo miraba fijo—. Ay, sos una mujer seria, perdoname. Lo que pasa es que Gaby Adams no es un tipo cualquiera, entendeme.

Sonó su teléfono. Lezcano lo atendió y se tapó la boca con una mano para hablar. Se dio vuelta y habló un rato hasta que cortó y siguió justificándose o explicando, como fascinado por la posibilidad de hablar de Gabriel y exponer por qué era tan especial: la madre lo había mandado pupilo al colegio St. George's para vengarse del padre y educar a su hijo fuera de la colectividad, porque la separación había sido complicada. Pagó el primer año del secundario y luego apostó a que, de ahí en adelante, su hijo quedara becado gracias a sus calificaciones distinguidas. Eso, sin duda, formó su personalidad. Ahora vivía en el Upper West Side de Manhattan, tenía un *loft* con terracita, pero aun así era un tipo misterioso, sabían muy poco de él. Era un barrio que había adquirido prestigio en los últimos años y seguro que había hecho una inversión de la hostia. Pero Adams era indescifrable. Un tipo que desmentía cualquier parámetro.

—Adams nunca se privará de sorprenderte, *milady* —repitió Lezcano, otra vez esa palabra que tanto le gustaba; como si la cortesía fingida, propia de los machistas irredentos, fuese el único terreno sobre el que pisaba seguro.

—Se nota que lo admirás —dije, en un tono lisonjero que me salió espontáneo, tal vez porque entendí que el tipo podría resultarme útil.

Lezcano volvió a sonreír y mostró sus encías gomosas; los dientes superiores eran pequeños, mezquinos. Pensé que ese rasgo lo volvía un tipo poco confiable; a lo mejor no era un tonto, sino un mafioso de bajo nivel.

—Obvio que lo admiro, ¿vos no? Bah, la palabra admiración se queda corta, es mucho más que eso. ¿Cómo explicarte? —De repente titubeó y entrecerró los ojos, como si buscara la palabra justa. Al final, preguntó—: ¿Pero vos no dijiste que lo conocías de toda la vida?

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos y nos reencontramos hace poco.

Sonó su teléfono otra vez, pero antes de atender Lezcano dijo que

tenía mil anécdotas más. Ellos las llamaban “las gran Gaby”. Volvió a taparse la boca con una mano para hablar. Mientras escuchaba lo que le decían, Lezcano hizo un gesto de fastidio, mientras repetía okey, okey, dale, no importa, no te preocupes.

Cuando cortó, volvió hacia donde estaba yo.

—La tilinga se demoró en lo de otro cliente, ¿podés creer? No te voy a decir que así son las minas porque lo vas a tomar mal. Te vas a ofender.

Al instante, su teléfono sonó otra vez. Lezcano atendió e inmediatamente se puso circunspecto, dijo que sí varias veces de un modo serio. Después, ah, bueno. Y de repente:

—¿Luisa? Acá hay una Luisa que estaba preguntando por vos.

19

Poco antes de la llegada de la goleta Libertad a Haifa, Jákob conversó con el periodista estadounidense en la cubierta de proa. Era una noche sin luna, tórrida y calma, y el mar estaba caldeado, reflejaba la luz opaca de las estrellas como un espejo. Jákob le explicó la esperanza que significaba Eretz Israel para él y todos los que estaban corriendo el riesgo de viajar en ese barco:

—No tenemos, tampoco, a dónde ir. Y cuando no se tiene nada, ¿no debe uno aferrarse a una ilusión?

El periodista lo miró con respeto, escrutándolo.

—La ilusión no toma en cuenta las razones de fuerza mayor, en este caso las de la geopolítica internacional. Los británicos son imperialistas y tienen sus aliados donde les conviene; en este caso, resistirán todo lo que puedan para defender a sus amigos petroleros. A la larga, no habrá otra salida posible que dividir Palestina salomónicamente.

La mañana siguiente, el 3 de septiembre de 1946, Jákob y los otros 238 pasajeros de la goleta Libertad fueron trasladados a la patrulla británica que los llevaría a la isla de Chipre; tan cerca y a la vez tan lejos de Eretz, el sueño del Retorno. El periodista —solo sabía de él su nombre, John, y quizá no fuera el verdadero— volvía a su país a escribir sobre la experiencia de un grupo de sobrevivientes judíos que trataba de alcanzar Palestina. Al despedirse, le estrechó la mano a Jákob y le dijo:

—Aun si el Imperio estuviese en juego, los británicos no serían capaces de mandarlos a morir en cámaras de gas. Pero sí de desgastar sus fuerzas.

En Chipre, los alojaron en carpas precarias, y ahí se dispusieron a esperar que la Aliyá Bet negociara su liberación con los británicos. Los días de calor se fueron sucediendo despacio, sin nada que hacer, al tiempo que la incertidumbre les corroía el ánimo. Cada semana veían arrivar más expatriados transferidos de otros barcos detenidos por las patrullas navales. En pocos meses, llegaron a ser más de cincuenta mil personas viviendo en carpas, en condiciones de dudosa sanidad. De las necesidades de los detenidos, se ocupaba, veladamente, “la junta”, una organización judío-estadounidense que les proveía asistencia médica y raciones de comida y que no estaba dispuesta a hacerlo de manera

oficial, porque habría significado otorgarle legitimidad a aquel campo improvisado.

Para suerte de Jákob, la junta también envió profesores desde Palestina, que se turnaban cada semana para permanecer con los refugiados. Uno de ellos era Abdías Cabot, profesor de Religión de la Universidad Hebrea de Jerusalén, quien pronto reparó en sus conocimientos avanzados de hebreo y, a cambio de traerle libros de historia y de teología, le pidió que lo ayudara a enseñar esa lengua a otros expatriados reunidos en ese campo de Chipre.

—Muy pocos dominan el hebreo —le dijo Cabot—, la lengua escogida por Dios para transmitir su mensaje y, por lo tanto, la lengua sagrada. Su aprendizaje será fundamental para el reasentamiento de los inmigrantes judíos en Palestina, los ayudará a unificar sus distintas procedencias: una tierra, una nación, una lengua.

Hasta mayo de 1948, cuando Inglaterra reconoció al Estado de Israel, Jákob permaneció en Chipre, enseñando hebreo y estudiando historia y religión. De alguna manera, Abdías Cabot lo acercó a la cábala, que era la pasión de su madre, una tarde en la que conversaban sobre la ausencia de Dios y Cabot comentó que la vida sin Dios era muy solitaria.

—¿Acaso no lo es también con Dios? —le preguntó Jákob.

—Los judíos somos famosos por responder preguntas con preguntas —dijo Cabot—. La cábala es una manera de dejar de argumentar y predisponerse a la revelación. Para los cabalistas, Dios también está solo. Dios está solo porque perdió a la mujer dentro de sí.

—¿La Shejiná?

—La Shejiná, el elemento femenino de Dios, es el recipiente que origina el alma humana.

Cabot no tenía más que agregar, reconoció, después de un prolongado silencio. Para ser cabalista, era preciso internarse en las profundidades del pensamiento; los cabalistas tenían mentes laberínticas, contradictorias, de las que sumaban paradoja sobre paradoja. Por lo tanto, él solo repetía lo que le había escuchado decir al maestro de los maestros: Gershom Scholem. La suya era una mente simple, que pensaba de forma directa, pero si a Jákob le interesaba la cábala, en Jerusalén vivía y enseñaba el profesor Scholem, en la Universidad Hebrea. Ahora estaba de viaje por Europa; lo habían invitado a evaluar el destino de las colecciones de libros judíos expropiadas por los nazis.

Al principio, a Jákob le costaba entender los textos sobre cábala que le había acercado Cabot, pero pronto se familiarizó con su estilo libre, acaso transgresor, y leyó con tanta voracidad que Cabot debió recurrir a otros profesores para estar a tono con su ritmo de lectura. En poco tiempo, Jákob reunió una gran cantidad de libros; los guardaba debajo

de su catre, en la carpa que compartía con tres refugiados húngaros que trabajaban en la cocina, al lado de la bolsa de lona que contenía las pertenencias de su madre enterradas junto al manzano.

Enseñar hebreo mejoraba su manejo de esa lengua, que hasta entonces solo había leído y jamás había hablado. Día a día fluía en él con agilidad y sentía lo que no había advertido en otras lenguas: que era permeable para expresar la ambigüedad. Por las noches, cuando todos se habían dormido, Jákob extraía uno de los dos rollos antiguos de la bolsa y copiaba un párrafo en su cuaderno. Debía hacerlo con sumo cuidado, porque el papiro era muy frágil y los bordes se desmenuzaban. Al día siguiente, cuando podía apartarse de la tarea diaria, se iba a un pedregal —al que nadie se acercaba—, al lado del campamento, y con su cuaderno y un lápiz intentaba acceder al sentido del libro de su madre.

La junta pudo lograr que muy pocos de los cincuenta mil detenidos en Chipre cruzaran las 240 millas de mar que los separaban de Palestina. Jákob no estuvo entre ellos, porque su pasión por enseñar hebreo lo hacía necesario entre los refugiados que permanecieron en Chipre. En 1947, habían llegado noticias sobre el escándalo generado después de que un barco con cuatro mil quinientos sobrevivientes del Holocausto fuera detenido en Haifa por las patrullas británicas y sus pasajeros, devueltos a Europa. Los cuatro mil quinientos —hombres, mujeres y niños— se negaron a desembarcar en el puerto francés al que los habían llevado para ser trasladados luego, nuevamente, a los campos de desplazados en la Alemania ocupada. Para demostrar su rechazo, hicieron una huelga de hambre que provocó una ola de protestas europeas y estadounidenses y que puso a Inglaterra en una posición vergonzosa, por la cual no tuvo más remedio que, en mayo de 1948, renunciar al Mandato de Palestina.

Jákob llegó a Jerusalén en junio de ese mismo año. Tenía 22 recién cumplidos. Gracias a la recomendación de Abdías Cabot, no fue trasladado a un campo transitorio, sino a un pequeño departamento habitado por una familia joven, en el barrio de Rehavia. Después de siete años en distintos campos, una habitación para él solo era un lujo imposible de creer. Compartía el baño y la cocina con la familia, que tenía dos hijos y esperaba el tercero. Podía pagar el alquiler porque el propio Cabot, que estimaba a Jákob, le consiguió trabajo en una carpintería, a pocas cuadras del departamento; también lo ayudó a obtener un lugar en la Universidad Hebrea para seguir estudiando cábala e incluso lo recomendó a Scholem, a quien, a esa altura, Jákob veneraba.

Siempre recordaría esos meses de la segunda mitad de 1948 como los de mayor felicidad en su vida. Tanta que le producía culpa por los muertos que había ido dejando atrás. Palestina era inmutable, como

una nación antigua que el tiempo no sería nunca capaz de disolver. Y Jerusalén, el Paraíso encontrado, un regreso a la historia, a la fuente a la que ir a buscar las respuestas a todos los cuestionamientos.

Al alba, salía de su edificio de paredes de piedra y piso de mosaicos y recorría las calles angostas surcadas por otros edificios de piedra con balcones floridos, para luego entrar y salir de discordantes submundos étnicos, temporales y religiosos, rincones oscuros de dos mil años de antigüedad. Extasiado, se detenía a regocijarse, aunque fuese durante algunos segundos, frente a todo aquello que lo asombrara, ya fuera una catedral armenia del siglo XI, un grafiti en arameo, los tenderos árabes, el paso de unas ancianas con vestidos tradicionales cargando grandes canastas repletas de uvas, o el Muro de los Lamentos. Algunas veces cruzaba la puerta de Damasco, para mirar las gargantas escarpadas del otro lado de los muros, ver pasar un rebaño de cabras pastoreadas por niños, oír el tintinear de sus cencerros y sentir con más intensidad el olor a montaña. Por las noches, se encerraba en su cuarto, su espacio propio, tan quieto como un Sabbat, y, con su cuaderno de anotaciones sobre su cama, seguía intentando leer el libro antiguo de su madre. Casi siempre, oía un piano desde una ventana del otro lado del patio, que muchas veces armonizaba con la melodía de otro piano, que provenía de una ventana cercana.

En los pasillos de la universidad, describían al profesor Gershom Scholem como despótico, un supervisor endemoniado, e incluso contaban que dos de sus alumnos, incapaces de sobrellevar su tiranía, se habían suicidado. Cabot instó a Jákob a no prestarse a los rumores y esperar su propia experiencia con él, que había vuelto de Europa deprimido, incapaz de asimilar el horror y la destrucción. Y entonces pudo comprobar lo que se decía: que el maestro Scholem era un irónico agnóstico para quien los seres humanos, salvo contados casos, eran una gran decepción. Esa opinión de Scholem había empeorado después de la muerte de su gran amigo Walter Benjamin, el único cuya inteligencia estaba a su altura. Y Cabot le había comentado que Scholem lo extrañaba tanto que había dicho que nunca podría recuperarse de ese golpe, por lo que tenía un solo consejo para Jákob: que evitara discutir con él. En su compañía, debía limitarse a escuchar.

Jákob ya era miembro de la Junior Faculty cuando asistió por primera vez a una clase del profesor Scholem: un hombre delgado, alto y de grandes orejas que vestía traje gris y levantaba los hombros al hablar, en un gesto que por momentos parecía que intentaba esconder las orejas y, en otros, que se resignaba a la suspicacia de lo que estaba por decir.

—La gente ha olvidado cómo leer un libro —dijo un día, refiriéndose a la lectura de la Biblia, con una voz compacta y enfática que parecía

provenir de un cuerpo mucho más fornido que el suyo.

Jákob hubiera querido comentar que los lectores de la Biblia —y sin que importara su religión— carecían de libertad; que ante un libro sagrado era imposible sentirse libre para interpretarlo. Pero no se atrevió. Los profesores se ponían nerviosos frente a los alumnos que cuestionaban su exposición, y el profesor Scholem no parecía ser la excepción a la regla. Jákob decidió hablarlo con Raquel, la mujer que le alquilaba el cuarto, a quien le agradaba elucidar y debatir lo no dicho explícitamente, ya fuera en un texto o en una conversación. Y entonces, por primera vez en muchos años, se sintió a gusto con su suerte: estaba en Jerusalén, sus anfitriones eran personas instruidas —con las que podía intercambiar ideas y opiniones— y, además, era alumno del gran Gershom Scholem.

20

—Pasaba por aquí, camino a lo de mis viejos, en Coghlan —le dije a Gabriel por el teléfono de Lezcano, cuando él me lo extendió, el brazo rígido, ni una palabra previa. Oí silencio del otro lado, y fue tan largo que pensé que la comunicación se había cortado. Gabriel no me había preguntado qué hacía en su nueva casa, solo había dicho: "Hola, Luisa, cómo estás", en tono neutro, y yo, atrapada infraganti otra vez, enseguida justifiqué mi reiterada presencia en esa casa, su casa.

La pausa me hizo pensar que mi respuesta había sonado como lo que era: un absurdo pretexto. Pero no me importó. La mirada de Lezcano me perturbaba; era evidente que celaba a su jefe, no abandonaba nunca su rol de vigilante y ahora estaba satisfecho de haber sumado una información de la que antes carecía.

—Pero mirá qué bien —dijo Gabriel, al fin, y volvió a hacer silencio antes de preguntar—. ¿Conocés a Abraham Sterman?

Me pareció que la pregunta venía cargada de algo que no alcanzaba a comprender. Respondí que no.

—Pero conocías a Berman, el amigo de mi viejo por quien él conoció a tus abuelos.

—Lo vi algunas veces que visité a mi abuelo en la fábrica y otras acá en esta casa. Creo que venía a jugar al ajedrez.

—Tienen apellidos parecidos, pero son muy distintos. Me parece que te convendría hacerle una visita al Seminario.

—¿Cómo sabés lo que me conviene?

—Me dijiste que estabas leyendo a mi viejo para tu doctorado. Por eso.

—Te agradezco el consejo —dije sin entonación alguna, para que Gabriel dudara de si lo había dicho con ironía o inocencia, y en el mismo tono agregué que me disculpaba por la intrusión; ahora tenía que ir a trabajar.

Por teléfono, le había pedido a mi madre que esa tarde se quedara con mis hijas mientras yo, a la salida del colegio, iba a la facultad. Arispe había citado a los doctorandos para reformular el objetivo del seminario, ya que había encontrado casos graves de dispersión entre las hipótesis presentadas, y nos había informado por mail que él no estaba dispuesto a avalarnos.

Al salir del colegio, se me ocurrió que si Arispe anteriormente me

había criticado que no tuviera definido y delimitado el tema —e incluso me había acusado de desorientación, y después yo no había presentado mi hipótesis porque decidí cambiar el proyecto—, ahora era preferible no aparecer solo para dar excusas. Tenía la mente sobrecargada con los diferentes temas de las clases que daba en los dos colegios, obligada a saltar de uno a otro. Además, me preocupaba que me hubieran citado en el colegio de mis hijas porque Jimena, la más grande, había sido irrespetuosa con un profesor. No me sentía entera como para enfrentar la mofa de Arispe. Lo había pensado más de una vez: reunirme con las doctorandas y cuestionar, seriamente, la conducta del gran historiador. Sin embargo, algo me detenía: tal vez los tics sensuales de las chicas, que parecían haber perdido la confianza en su capacidad intelectual, subordinada a su atractivo erótico como único recurso frente a Arispe.

En vez de ir a la facultad, al salir del colegio de Belgrano decidí acercarme a la biblioteca del Seminario Rabínico, a pocas cuadras, que hice en bici. Cuando entré, vi a Ruth ensimismada frente a la computadora. Ante mi sorpresa, se mostró contenta de verme y enseguida me preguntó si había leído la biografía de Adam. Le dije que la estaba terminando, la encontraba fascinante, pero omití todo comentario acerca de Gabriel. Agregué que mi investigación avanzaba y que me gustaría consultar a Abraham Sterman. ¿Eso era posible? A Ruth se le iluminó la cara, como si hubiese estado esperando que yo apareciera y le hiciera ese pedido.

—Su oficina está en el último piso —dijo y frunció el ceño, como esforzándose por disimular su entusiasmo—. Tiene 86 años, lleva varios de jubilado, pero sigue siendo rector emérito. Es una persona encantadora, seguro que te va a recibir.

Ruth tomó el teléfono inalámbrico del mostrador y desapareció entre los anaqueles a su espalda. Regresó enseguida y me indicó que subiera por el ascensor del fondo, bajara en el último piso y ahí doblara a la derecha, también hasta el fondo. La oficina tenía el nombre en la puerta.

Golpeé el vidrio esmerilado de la última puerta del pasillo y una voz afónica me dijo que pasara. Abraham Sterman era un anciano delgado y tan bajo que el respaldo del sillón en el que estaba sentado sobrepasaba, holgadamente, su altura. Tenía el pelo blanco y una barba plateada y larga que le tapaba la cara y el cuello, como de otra época y otras tierras. Cuando sonrió, los ojos se convirtieron en dos rayitas. La barba le escondía también la boca, apenas una ranura marrón. Sus manos, sobre el escritorio repleto de libros, eran pequeñas y estaban tapadas hasta los nudillos por las mangas de su saco negro, de donde asomaban dedos largos y quebradizos como las patas de un pájaro.

Sterman me había indicado que pasara, con un acento extraño, con las vocales muy acentuadas. En realidad, no solo era un señor mayor, parecía haber llegado ese mismo día de un lugar remoto.

—Comprendo que Ruth le haya procurado la narración que escribí sobre mi colega Jákob Adam y que ella tradujo al castellano —dijo, con una voz ronca y temblorosa.

Ya más cerca, me pareció que pronunciaba las vocales con la parte anterior de la boca, como raspándolas con una j antes de soltarlas. Empezaba a llover o más bien a lloviznar y el agua salpicaba la ventana con golpecitos. Me senté en una silla de madera del otro lado del escritorio de Sterman y no le aclaré que ignoraba que él era el autor de aquellas páginas abrochadas que Ruth había traducido —otra sorpresa para esa tarde— y me había entregado. Tampoco mencioné que el hijo de Adam me había sugerido que fuera a verlo. Permanecí callada, mientras Sterman me observaba como si el silencio no lo incomodara. Los dos mirábamos hacia la ventana, embelesados por el golpeteo regular de la lluvia.

—Parece música, ¿no? —dije.

Me pareció que Sterman sonreía, aunque era difícil saberlo, porque la barba le tapaba la boca.

—Mi colega Jákob aseguraba que la música es lo que en verdad nos expresa y nos ha expresado, por los siglos de los siglos. La música y no el lenguaje, porque no precisa adaptación. Nuestras mentes elaboran en forma directa, piensan con palabras. No podemos pensar de otro modo que no sea por medio del lenguaje, porque el pensamiento debe ser comunicado a un otro que está *afuera* de nuestra mente.

Volví a mirar hacia la ventana, que podía verse en los renglones grises que formaba la cortina veneciana. En el instante en que las gotas estallaban contra el vidrio, el reflejo de la resolana hacía que se encendieran, como luciérnagas, y después se deslizaban, como gusanos derrotados.

Varios pensamientos se amontonaron en mi mente: la bici, que ahora se estaría empapando, atada a un árbol delante del Seminario; el mal comportamiento de Jimena en el colegio; la duda de si doctorarse o no (total, ya era tarde, tenía casi 39); el recuerdo de mi abuela Louise diciéndome que las dos estábamos hechas de la misma tela, y finalmente, Lilit. De golpe sentí el corazón latir en los puños. Entonces me percaté de que tenía las manos cerradas, tensas. Miré a Sterman, que no dejaba de observarme con una ternura que hacía mucho tiempo no encontraba en el trato con la gente.

—No tenga miedo de indagar —dijo Sterman, con su voz ronca y su acento extraño—. El dilema será mío, si resuelvo responder una pregunta fatigosa.

—Tengo varias preguntas.

—Adelante, hágalas por favor.

—El autor del capítulo dos del Génesis, aquel en el que Jehová-Dios crea al hombre y, más tarde y de su costilla, a la mujer, ¿es conocido como “J” y es anterior al exilio?

Los ojos diminutos de Sterman se achicaron en lo que parecía una sonrisa. Cruzó los dedos finitos sobre el escritorio de madera, inmenso al lado de su cuerpo minúsculo.

—Así es. Todos los libros del Génesis fueron escritos en forma independiente entre los años 950 y 500 a. C. Las historias que narran están basadas en tradiciones orales que vienen desde muchos siglos antes, tanto como mil doscientos años.

—¿“J” es el autor de la versión más antigua?

—Sí. Probablemente haya sido escrita en Jerusalén en el siglo X antes de Cristo.

—Y muchos años después se eligieron cuáles serían los libros que debían integrar el canon y a partir de entonces serían considerados sagrados, ¿no es así?

—Los libros escogidos fueron incorporados a la Torá en el 400 a. C. En ese momento, el revisor sacerdotal, después de elegirlos, los ensambló y escribió “Yahvé Elohim” en vez de Yahvé (que suele traducirse como “el señor Dios”), en los textos de “J”, para darles uniformidad con los del autor que llamamos “E” por Elohim. Sin embargo, ese revisor no eliminó otros detalles contradictorios, como, por ejemplo, que en el primero crea el cielo antes que nada, y en el segundo, la tierra y luego el cielo.

—Los autores no sospecharon que habían escrito la obra que cimentaría la conciencia espiritual y moral de gran parte del mundo.

—Así es.

—Ni que sus textos serían editados.

Sterman sonrió. Se veía cómodo y contento con mis preguntas.

—Editar un escrito es corriente. Más aún si el editor lo hace siglos más tarde.

Tomé coraje:

—¿Tanto como recortar pasajes enteros, para eliminar un personaje molesto?

—Indudablemente.

—Y una vez que un texto se convirtió en escritura sagrada, su lectura se enajena por la prudencia y el tabú.

—Y sí —dijo Sterman, que sonrió e hizo un gesto de complacencia que me animó.

—¿Quién era “J”?

—“J” vivía en la corte del rey Salomón y de su hijo Rehoboam, o cerca de ella. El colega Adam, al igual que otros eruditos, sostenía que no era un escriba profesional, sino un sofisticado miembro de la

sociedad salomónica, perspicaz e irónico. Lejos de la erudición, hay quienes sostienen que “J” era mujer. Tal vez usted leyó al crítico literario Harold Bloom, quien escribió una especulación sobre “J” basada en la traducción del hebreo de Rosenberg.

—Uno de los libros más fascinantes que leí en mi vida —salté con un entusiasmo que enseguida me avergonzó; era evidente que Sterman había adivinado la procedencia de mi conocimiento sobre “J”. Y seguí —: La primera vez que leí el libro de Bloom, me fascinó la idea de que una mujer fuera la autora de un tercio de la Torá. Debe de ser uno de los libros que más releí y subrayé. En la última lectura, se me ocurrió que *El libro de J* fue la manera de Bloom de defenderse frente a la acusación de misoginia de sus cánones literarios, tan masculinos, y que lo escribió para mostrarle al mundo que era capaz de imaginar que una mujer fuese la autora inaugural del libro de los libros, y que los redactores de la Biblia la habían leído y enseñado mal y forjado erróneamente el pensamiento de todo Occidente.

—Bloom tiene razón en que el libro de “J” fue depurado por un redactor sacerdotal, mal traducido a partir de esa purga y mal leído porque se espera que la mujer sea culpable del destierro del Paraíso, y a partir de ahí se convierte en un texto misógino. Sin embargo, bien leído, no lo es. La mujer es la segunda creación de Yahvé, una creación hecha desde un ser vivo y ya no de arcilla; por lo tanto, una creación mejorada. Yahvé había aprendido cómo se hacían las cosas.

—¿Adam sabía quién era “J”?

Sterman respiró hondo y miró en dirección de la ventana. Pareció costarle responder que sí. A ese enigma le había dedicado su vida. Para animarlo, le pregunté:

—¿Ella era una autora irónica?

—También sutil y clarividente.

—Según él, ¿quién era la autora? —pregunté, envalentonada porque aquel hombre de cuerpo tan pequeño no rechazaba las preguntas provenientes de alguien como yo, tan ajena a ese sitio y al dogma que él profesaba.

—Adam llegó a la Argentina con pruebas de que la autora del libro de “J” era Betsabé, la hitita casada con Urías, el guerrero que estaba en campaña cuando ella se bañaba y el rey David, desde su techo, la vio y la deseó. Betsabé quedó embarazada y David, para esconder su pecado, llamó a Urías y le pidió que volviera a su casa. —Sterman achinó aún más sus ojos negros y parecía sonreír, divertidísimo, cuando dijo—: Pero Urías no quiso separarse de sus compañeros, y esa fue su condena de muerte, ejecutada por orden de David, quien pidió que se lo abandonara en el campo de batalla. A Louise Maxwell le habría gustado mucho participar de la conversación que estamos teniendo usted y yo, señorita.

Me estremecí.

—¿Usted conoció a mi abuela?

—La conocí por Adam. Supe por Ruth que ella era su abuela. Por eso coincidimos en que usted era la persona indicada para leer mi biografía de Jákob Adam.

Le conté que había leído a Singer porque Jákob me lo había recomendado, pero que mi recuerdo de él era vago, porque entonces tenía menos de 14 años y los domingos practicaba atletismo y era casi el único día en que no iba a lo de mis abuelos, salvo que lloviera. Además, le conté de la postal que había encontrado dentro de un libro de mi abuela, dedicada a Lilit, “la que no necesita un hombre”.

—Jákob respetaba mucho a Louise —dijo Sterman.

No dijo que respetaba a Louise y Julio o a los Ortiz; individualizó a la abuela Louise en relación con Jákob.

—¿Adam sostenía que la autora del libro que no solo perduró como relato poético sino que además forjó la conciencia occidental era Betsabé, hitita y no judía?

—Una mujer lujuriosa, infiel, incluso de alguna manera asesina de su esposo. El colega Adam llegó a Buenos Aires con su tesis, a compartirla conmigo por consejo de su profesor Gershom Scholem —completó Sterman, sin asomo de vanidad ni orgullo.

—¿Y la publicó aquí?

—Encontró obstáculos. Y, además, era un obsesivo perfeccionista.

—¿Vino a Buenos Aires por usted?

—Por amor y por mí. Porque yo era entonces el interlocutor más idóneo para este asunto. —Sterman volvió a sonreír, con un dejo de modestia, y después miró hacia la ventana.

La llovizna era tenue pero firme; el agua se había esparcido por el vidrio de modo homogéneo y, como no había resolana, ya no brillaba.

—Finalmente, ¿se publicó la obra de Adam? —pregunté.

Sterman me miró por primera vez con gesto consternado:

—Lamentablemente, no. Y, peor aún, se ha perdido.

21

Algunas noches, en la quietud de su habitación, Jákob recordaba a Beatriz Stein, la muchacha de pelo rojo que había conocido en el campo de Monowitz y que el día de su cumpleaños número 18 había reconocido como Lilit. Con su canto y ese modo de estar ahí, despreocupada de aquel entorno siniestro, ese día Beatriz le había transmitido la impresión de que un instante podía cristalizarse y permanecer en vez de transcurrir y ser transformado o anulado por un nuevo sufrimiento.

Durante esa tregua que le concedía el destino en Jerusalén, Jákob quería ser capaz de vivir de ese modo abandonado, dejar de apretar los puños durante las noches, como si la tensión y ese estado de permanente alerta pudieran impedir las desgracias. La imagen de Beatriz Stein solía volver, recurrente, para decirle que el mundo tenía una disposición ajena a él, que lo superaba, y que carecía de sentido desvelarse por lo que todavía no había sucedido. Le daba culpa buscar, afanosamente, en su memoria a aquella muchacha desconocida, y no tanto a sus padres o a sus hermanas Jelena y Paula. Cuando ello sucedía, aplacaba el impulso encendiendo la luz y poniéndose a leer. No le gustaba rezar.

El hombre que le alquilaba el cuarto rezaba cuando se despertaba e invocaba a Dios en sus frases, como si no dudara de la existencia de un poder sobrenatural y todopoderoso que regía el mundo y sus propias acciones. Saúl, el carpintero para el que Jákob trabajaba, también lo hacía, rigurosamente, todos los días, una rutina tan evidente y necesaria como la de lijar las maderas antes de barnizarlas. Jákob quería creer en el mismo Dios que ellos dos, pero solo percibía el azar, la sinrazón del destino de los individuos en particular y también de los judíos como comunidad, y sin embargo, a pesar de que algunas veces lo invocaba como una compañía, una presencia absoluta, omnipresente e incorpórea, su capacidad de creer se desvanecía en cuanto la razón le imponía la descripción del relato bíblico y también las obligaciones de la religión.

El profesor Scholem había dicho en una de sus clases que la religión era la conciencia del orden de las cosas. Pero Jákob tampoco hallaba coherencia en los hechos de su vida ni en los de las personas que iba conociendo, ni siquiera aspiraba a que esa lógica algún día se

concretara. Se daba cuenta de que el profesor hablaba con paradojas y constantemente ponía a prueba a sus alumnos, por lo que no podía estar seguro de que esa frase, dicha en tono de axioma personal, delatara el espíritu de un hombre religioso.

A Jákob le hubiese gustado creer en ese Dios organizador, pero su anhelo más fuerte era la experiencia de lo divino, esa fuerza suprema oculta más allá de lo terrenal y tangible a la que algunos privilegiados, según el profesor, podían acceder. De todos modos, en las clases de Scholem, se limitaba a escuchar y absorber. La cábala parecía concederle la única puerta de acceso al libro antiguo de su madre, porque, sin abandonar el marco monoteísta de la religión, hacía añicos la verdad monolítica. En cuanto terminó de traducirlo, de descifrar su hebreo arcaico, comprendió que se trataba de un texto subversivo que sacudía la contundencia de esa verdad absoluta. Para Scholem, la cábala permitía multiplicarla, y citaba a un místico medieval que había dicho que cada palabra de la Torá tenía seiscientas caras, una por cada uno de los hijos de Israel frente al monte Sinaí. Eso significaba que la cábala admitía numerosos significados: cada cara mira hacia uno de los accesos y descifra ese solo sentido, porque cada persona está en condiciones de encontrar su propio camino hacia la Revelación. Scholem reconocía que era una fórmula para la anarquía religiosa y era consciente de lo que implicaba; por lo tanto, para Jákob, él era el único interlocutor a quien podría hablarle del libro antiguo de su madre.

Un día de marzo de 1950, se atrevió a preguntarle a Scholem, en clase, si la ortodoxia religiosa había interpretado los textos de la Torá de una manera arbitraria. El profesor sonrió, luego bajó la cabeza durante unos segundos en los que parecía que rezaba implorando entereza o que hurgaba la respuesta, y respondió:

—Quizás no haya entendido lo que Scholem ha dicho: para la cábala, no hay interpretaciones inválidas, por lo que, como es la ortodoxia la que concibe una sola manera de interpretar, el problema no es de la Torá, sino de la ortodoxia —dijo Scholem, sin inmutarse—. Buscar a Dios es algo íntimo de cada uno. —Lo dijo y permaneció mirando a Jákob con los ojos entrecerrados, una sonrisa socarrona que le hacía torcer levemente la boca.

Jákob entonces hizo algo que luego, al recordarlo, le provocó un leve escozor: osó preguntarle a qué Dios se refería él. La sonrisa socarrona de Scholem mutó a una tan mordaz que Jákob temió que la respuesta lo pusiera en ridículo delante de sus compañeros. Hasta que el profesor respondió:

—Scholem seguramente se refiere al mismo Dios que Adam, uno enigmáticamente inefectivo. —Hizo una pausa y siguió—: De cualquier modo, ¿no sería mejor que Adam usara su propio criterio?

La respuesta solo adquirirá sentido si Adam la acompaña de su propia intuición.

Jákob se había acostumbrado a que el profesor Scholem se refiriera a sí mismo en tercera persona y comprendía que así amplificaba el sarcasmo con el que buscaba impregnar sus enunciados, como un sello personal. A pesar de que algunos lo acusaban de infectar a sus alumnos de nihilismo, Jákob estaba seguro de que la ironía con la que teñía sus frases era a propósito, para provocarlos, para que cada alumno pudiera asomarse a una verdad aún oculta pero personal.

Un día, Raquel le recomendó que si quería hablar a solas con el maestro lo acompañara caminando desde la universidad hasta su casa sobre la calle Abarbanel, que no quedaba lejos. Varias veces Jákob se había topado con el profesor Scholem en las escalinatas o en la explanada de ingreso a la universidad, e incluso una vez se le acercó y el profesor lo felicitó por su excelente dominio del hebreo. Pero Jákob, paralizado por la admiración, solo atinó a agradecer y quedarse mudo. Hasta que un domingo la mujer le golpeó la puerta de la habitación y le avisó que el maestro había salido a pasear con el perro; seguro iba hasta el parque del Valle de la Cruz. Jákob corrió por Hazaz hasta Ramban y cuando llegó a la esquina lo vio caminando en dirección al parque con un perro inmenso. Iba vestido con pantalón negro y camisa blanca, daba grandes pasos, casi zancadas, y cuando se encontraron, sin mostrarse sorprendido, le hizo un gesto a Jákob para que lo acompañara. Caminaron en silencio hasta el parque, donde el profesor soltó al perro inmenso y dijo:

—Cuéntele a Scholem su historia.

Jákob permaneció en silencio mientras pensaba. Scholem debió de advertir su duda, porque se detuvo y, mientras el perro daba vueltas alrededor de los dos como si persiguiera a un gato, continuó:

—Hay personas que tienen una historia que contar y otras que no. No importa si vivieron hechos dramáticos o vidas insignificantes. Por eso a los cabalistas nos incumbe la historia, porque es en ella donde se revela la identidad.

—Mi historia, profesor, es la de un judío al que le tocó sobrevivir. Y no sé si mucho más. Todos los días me cuestiono la injusticia de mi suerte. Lo único bueno que me pasó después de terminada la guerra fue que recuperé un libro único y maravilloso.

El profesor Scholem siguió caminando, y el perro aceleró delante de él en dirección a una pradera de césped.

—¿Y cuál es ese libro?

—Uno muy antiguo, que perteneció a mi madre. No sé por qué ella lo guardaba, pero contiene las partes del Génesis que refieren a Yahvé, es decir, las que fueron escritas por el autor que se ha llamado “J”. Leí en la biblioteca de la facultad la Torá más antigua y voy a tomarme el

atrevimiento de decirle que pude advertir que la versión que usamos habitualmente no está bien traducida. Al confrontar los textos antiguos de la Torá con el libro de mi madre, pude inferir que se trata del mismo libro, cuyos pasajes fueron escritos por "J", y está entero, sin cortes —dijo Jákob y, al escucharse contar su secreto por primera vez, le sonó inconcebible.

Llegaron a un bosque y se sentaron en un banco, mientras el perro hacía zigzags entre un árbol y otro y alrededor de un banco en el que una pareja de ancianos se besaba.

—Conozco a una persona que le diría que "J" es el precursor de Kafka —dijo Scholem y rio—. ¿Qué tipo de hebreo es el de su libro, Adam?

—Según lo que constaté en la biblioteca, es un hebreo fenicio, postsalomónico, el mismo usado por "J" y también el mismo estilo —dijo Jákob, que se animó a seguir—: No hubo Torá hasta seis siglos después de la muerte de "J", cuando se eligieron los libros que la compondrían, ¿no es así? Y el canon de libros sagrados como lo conocemos hoy fue ratificado más tarde aún por los rabinos del siglo II de nuestra era. Salvo que usted lo desmienta.

—Qué interesante —dijo Scholem, que pasó por alto el último comentario de su alumno—. Nunca imaginé que pudiera existir una versión desconocida de textos de la Torá. Menos aún conseguir transcripciones intactas en pleno 1950. —Lo dijo con cierto matiz de desconfianza, quizás distraído porque miraba al perro o a lo mejor no creía en lo que Jákob acababa de contarle.

—Muchos sistemas mitológicos antiguos le atribuyen cualidades femeninas a la deidad —siguió Jákob, procurando revelarle el hallazgo que más lo sorprendía del libro en tanto le daba tiempo para que procesara la información—. Pero el judaísmo parece haber asumido que el Absoluto debe limpiarse de ellas para alcanzar el monoteísmo.

—Así es: la ortodoxia sacó a las mujeres.

—Las suprimió de todas las actividades que no fuesen las domésticas —agregó Jákob, seguro de que ya se habían desviado del tema.

—La religión es la que más perdió —respondió Scholem, con énfasis —. Porque las mujeres tienen mayores y más profundos conocimientos que nosotros. Ellas reciben, al nacer, un lenguaje simbólico que a los hombres nos cuesta adquirir. De ahí que la cábala postule que Dios es hombre y mujer al mismo tiempo.

—Un concepto que no aceptaría la ortodoxia de ninguna religión.

—Hasta que no sea abrazada la naturaleza dual de Dios, sus acciones seguirán siendo violentas —dijo el profesor mientras acariciaba la cabeza de su perro—. Su libro antiguo, anterior a la selección del canon, ¿tiene un dios femenino? —preguntó sonriendo de forma

socarrona.

—No, no. Dios es varón —se apuró en responder Jákob, ahora seguro de que Scholem no le creía acerca de la posesión de un libro tan antiguo—. Pero parecería que su autor o autora se burlara de él, de Dios.

—Qué interesante —dijo Scholem otra vez, ahora con un tono que denotaba mayor ironía o escepticismo. Quizás la existencia de un libro tan antiguo como el que Jákob le había descripto fuese realmente inconcebible.

—¿Usted cree que cuando los escribas se dispusieron a reafirmar el monoteísmo con un dios masculino purgaron los libros disponibles de un personaje poco conveniente?

—¿Se refiere a Lilit?

—Lilit, la mujer que Dios creó al mismo tiempo que al hombre y de la misma tierra, que abandonó a su esposo por autoritario, que no obedeció a Dios cuando la mandó llamar para que regresara, no servía para la autoridad y dominación que la religión necesitaba entonces. Solo podía ser útil la segunda mujer, la que se hizo de la costilla del hombre, la tentada que lo instó a pecar y provocó el mal del mundo —dijo Jákob, casi sin aliento cuando terminó, temeroso de irritar al profesor con su perorata.

Scholem se puso de pie, se paró delante de Jákob con los brazos cruzados y sonrió. Parecía saber que lo que su alumno estaba por decirle después de esa recapitulación también se relacionaba con el libro antiguo de su madre y lo observaba buscando en sus gestos cuánto habría de verdad en lo que iba a contarle.

Entonces Jákob volvió a la pregunta inicial del profesor y le dijo, como si no estuviera hablando de él, sino de otra persona:

—La historia que tengo para contar es la de un judío serbio que sobrevivió a dos campos de concentración y volvió a su ciudad natal para exhumar un libro antiguo que su madre había enterrado junto al manzano en el jardín de su casa. Él ahora lo llama el libro antiguo de mi madre o la Torá de mi madre y se trata del libro completo que escribió “J”.

—Y usted, ¿cuál es la historia que va a contar?

—Aún no sé, profesor, hacia dónde dirigir esta presunción, que no me abandona; al contrario, me persigue, como una obsesión. Pero sí sé que la historia que quisiera contar sería la de un texto precioso, sabio, pero también cómico y mordaz, absolutamente adelantado respecto de los milenios que vendrían después, y que ha permanecido oculto porque el temor de los hombres a todo aquello que pueda socavar su poder es muy grande. Parecería que el poder que proviene del universo de las mujeres es tan temible que se lo debe amputar.

22

Oscurecía y ya no resonaba la lluvia contra la ventana. Sterman encendió la lámpara, apoyó los codos encima del escritorio y el afilado mentón sobre los nudillos de su mano huesuda. La manera intensa con la que sostenía la mirada y la cadencia del soplido del viento que había reemplazado a la lluvia me transmitieron una cierta calma o la sensación de que no había tanto apuro para todas las cosas que tenía que hacer esa tarde.

—De modo que se ha perdido el trabajo de toda la vida de Jákob Adam.

—Presumo que Jákob se ocupó de esconderlo, junto con el libro antiguo de su madre —dijo Sterman.

—¿Y por qué lo habrá hecho?

—Él explicaba que aquí no había encontrado la institución indicada que lo auspiciara y luego lo publicara. Pero yo creo que no quiso hacerlo. En 1981, 82, surgió una oportunidad en Inglaterra, en inglés, claro, a instancias de Louise, que colaboró con Jákob —siguió Sterman. Parecía un mago o un druida medieval, y tuve la duda de si la frase había sido dicha con tono socarrón o con cierta intención oculta. Últimamente, muchos me hablaban con doble sentido o gesticulando para dar a entender algo distinto a lo que decían.

Pero Sterman, acaso, hacía todo lo contrario: su cuerpo y sus palabras me transmitían que él era genuino. Hizo una pausa larga y cerró los ojos, quizás como si lo que estuviera por decir fuera un recuerdo muy querido y atesorado, cuya imagen se le representaba delante, en ese mismo momento.

—Jákob llegó a Buenos Aires cuando todavía era muy joven, apenas tenía 33 años y su trabajo de investigación estaba incompleto. Se sentía feliz por su nuevo destino; imaginaba que aquí, después del horror vivido y contando con la valiosa experiencia de su paso por la Universidad Hebrea de Jerusalén, la colectividad le abriría sus brazos y comprendería su inquietud. Pero no encontró una entidad que lo patrocinara; esta casa surgió un poco más tarde, en 1962. Por lo tanto, estudiaba por su cuenta mientras trabajaba como carpintero en una fábrica de espejos. Muy pronto, menos de un año después, se casó con una muchacha que había conocido en Auschwitz, la otra razón por la que vino a la Argentina. Además de su deseo de compartir conmigo el

tema que lo ocupaba, como ya le comenté. Scholem le habló de mí. Pero la investigación no pudo ser su prioridad por falta de tiempo. Jákob conoció a Louise a través de un filósofo esloveno, profesor en dos entidades católicas. Si mal no recuerdo, alguien los presentó cuando Louise estaba traduciendo *La imagen del cuerpo,* de Paul Schilder, un libro que a mí me gusta mucho. Y después Louise asistió a Jákob en su trabajo de investigación en bibliotecas católicas —finalizó Sterman e inclinó la cabeza hacia un costado, en actitud de espera o como si proporcionarme tanta información lo hubiera agotado.

No sabía qué agregar o comentar. Estaba demasiado impresionada, casi como si me hubiese hablado de otra persona que la que recordaba y apenas había conocido.

—Y ese trabajo de investigación nunca fue publicado en ninguna lengua.

—Nunca. De modo que hemos perdido tanto la investigación de Jákob como el libro antiguo.

—¿Usted pudo conservar algo, al menos una parte de ambos libros?

—Tengo el borrador de los últimos capítulos del libro que escribió Jákob como resultado de su investigación, que tituló *El mundo con Lilit.* Suponía que el hijo tendría una copia del libro entero, el antiguo y la exégesis, pero como Ruth me dijo que había enviado a un emisario suyo a esta casa, para que se lo diéramos nosotros, ahora sospecho que no lo debe tener.

—¿En qué otra persona podría haber confiado Adam?

Sterman encogió los hombros y suspiró. Que él, el más allegado a Jákob Adam, careciera de una copia del trabajo de su vida sin lugar a dudas debía significar que Jákob se había encargado de esconderlo.

—Parecería que Jákob hizo con el libro antiguo de su madre lo mismo que ella: lo ocultó —me arriesgué a afirmar—. Acaso por la misma razón, lo preservó de la censura, la crítica, la condena, la mala lectura. ¿No le parece que a esta altura de la historia del mundo sería un desastre que aparecieran textos de la Torá, tan antiguos, anteriores al saneamiento de Esdras y a la conformación del canon sagrado?

Sterman no respondió. Pareció como si su cabeza se hundiera dentro de los hombros y que la gran barba blanca le engullera la cara. Pensé que si esa tarde Sterman me había recibido con tanta amabilidad y hablado con tanta franqueza probablemente se debiera a que hacía tiempo que estaba en la búsqueda de ese libro. ¿O este interés estaba relacionado con la estadía de Gabriel Adam en Buenos Aires? Entonces me di cuenta de lo que Sterman podría estar elucubrando: que la abuela Louise habría accedido a ese trabajo. Y que quizás alguien lo hubiera conservado. Pero había transcurrido demasiado tiempo: veintitrés años desde la muerte de la abuela, en 1985. Lo cierto era que Sterman, Gabriel y yo buscábamos lo mismo: el libro antiguo que

Jákob había querido esconder del mundo y que él llamaba “La Torá de Ada”. Además, Sterman y yo estábamos detrás de la interpretación de Jákob sobre ese libro, *El mundo con Lilit,* que probablemente girara en torno a su autora, Betsabé, y a quienes habían cercenado su obra.

Me puse de pie para irme. Sterman lo hizo con dificultad. Estiró los brazos y tomó mis manos entre las suyas, secas y heladas.

—Ya estoy viejo, muy viejo. Es mi turno de morir. Pero no quisiera que suceda antes de saber que alguien hará algo por el trabajo al que le dedicó toda su vida mi gran amigo. Usted entenderá que no pudo publicarlo dentro de los círculos religiosos. Y no quiso hacerlo por fuera, porque temía que se banalizara. Además, él presumía que Ada, su madre, había recibido el libro antiguo en secreto, lo había mantenido en secreto y lo había ocultado. Por lo tanto, como la existencia y el origen de ese libro eran totalmente desconocidos, alguien habría hecho lo mismo antes de entregárselo a ella y así sucesivamente.

—¿Usted sabe dónde vive la exesposa de Jákob?

Sterman hizo un ademán con la mano, moviéndola en el aire, como si fuese igual saberlo o no.

Salí del Seminario a una noche oscura y ventosa. Mi bicicleta estaba empapada y en el piso. Debía pedalear lo más rápido posible porque mi madre estaría impaciente por irse a su casa. La encontré sola, ordenando la alacena, y a mis hijas, en su habitación.

Apenas me vio entrar, me dijo que en el horno había un pastel de papas, solo tenía que encenderlo para calentarlo; ella había comprado la carne picada y las papas, las pasas de uva y los demás ingredientes. Si no, ¿qué iban a comer esa noche en esa casa? Le agradecí, dije qué rico, y obvié contarle que ese día le tocaba cocinar a Juan, porque mi madre no lo habría comprendido y además habría sentido que su hija era una desagradecida.

Ocupadas en sostener ese intercambio banal pero tenso, no oímos la puerta de entrada. Era Juan, que apenas vio a su suegra esbozó una sonrisa forzada, saludó y dijo que estaba exhausto, exhausto, exhausto, había pasado toda la tarde en el quirófano, le dolían los pies. Cuando se acercó a besarme, hizo un gesto para demostrar que comprendía la tirantez entre madre e hija. Tomó una cerveza de la heladera y desapareció.

—Cómo me gustaría tener los libros de la abuela —dije y enseguida me arrepentí de la frase; era obvio que a ella le sonaría como un reproche—. Sé que eran viejos y estaban húmedos y que no valía la pena conservarlos, por eso los pusiste en venta —agregué con entonación conciliatoria.

Mi madre apoyó el cucharón sobre la mesada, colgó el delantal en un ganchito detrás de la puerta y me enfrentó con las manos en la

cintura.

—Esos libros llevaron a mi madre a escupir al cielo, desperdiciar su vida y arruinar la de mi padre. ¿No te diste cuenta todavía de que a vos también tanta elucubración te va a llevar a chocarte contra una pared? Ni me parece que tengas, al menos, una carrera tan valiosa que merezca la pena abandonar a tu marido, tu casa y tus hijas de esta manera. O que factures millones, por lo menos. Y te lo digo por tu bien, Luisa. Porque me preocupo por vos.

Sentí que se me helaba la sangre y se me cerraba la garganta. Tampoco iba a defenderme; habría sido peor para las dos. Sentí una emoción confusa, como si me gustara su preocupación. Tuve el impulso de arrojarme a sus brazos, llorar, pedirle perdón por ser así y prometerle ir a hablar con la psicóloga amiga suya de la parroquia que tanto promovía. Y de golpe sentí una arcada que me frenó. Entonces me acerqué a la pileta y me serví un vaso de agua. Tragué.

—¿Las chicas se portaron bien?

Mi madre resopló, tomó la cartera, dijo que se habían portado regio, habían estudiado hasta recién, y salió de la cocina llamándolas para despedirse.

Después de cenar, cuando las chicas ya estaban durmiendo y la casa se encontraba quieta y callada, me metí en la cama desnuda y acaricié a Juan de la manera que sabía que a él le fascinaba. Lo hacía lento y suave, me detenía algunos segundos largos, recomenzaba, y Juan gemía de placer mientras yo lagrimeaba llena la tristeza, porque comprendí que nunca conseguiría ser una persona querible para mi madre.

A las tres de la mañana, me desperté por el soplido del viento en la quietud de la casa y fui al living a escribir en mi notebook. Extrañaba a la abuela con todas mis fuerzas. Me pregunté qué tipo de relación tenían Jákob y Louise. Nunca había imaginado a la abuela en otro entorno que no fuera el de su casa. Me recriminé ese pensamiento: me la pasaba reaccionando frente a cualquier forma de machismo y, sin embargo, no había sido capaz de imaginar a mi abuela con una vida propia, independiente de su esposo. Pero bueno, nadie de la familia había mencionado jamás que ella era traductora. Mi madre no tendría ningún interés por aclarar mis dudas, pero a lo mejor mi padre lo haría. Me prometí que haría lo posible por sonsacarle respuestas. Anoté en mi notebook: “¿Pudo haberse quedado Louise con una copia del libro que contenía la investigación de Jákob sobre el libro antiguo? Tenía 60 años cuando murió. Dos años antes de que enfermara, ¿Jákob le habrá dado el libro antiguo para que lo guardara?”. Quizá Gabriel lo sabía y compró la casa para desmantelarla del mismo modo que durante el nazismo se habían desmantelado las casas de los judíos buscando sus tesoros ocultos.

También anoté: “Si Jákob tenía el libro de ‘J’ completo, ¿podría considerarse que ese era un libro sagrado?”.

Cerré la notebook y me recosté sobre los almohadones del sofá. Pensé en una enorme contradicción: una mujer había sido la autora de gran parte del texto sagrado, el que, mal leído, había moldeado la conciencia occidental, la misma conciencia que, en pleno siglo XXI, continuaba bajo el dominio machista. Cuando por fin pude relajarme y entrar en esa zona previa del sueño que suscita la duda de si se está de uno u otro lado, vi una última imagen: Lilit enfrentaba a Yahvé y cometía la osadía de pronunciar su nombre. Entonces tuve la certeza inexplicable de que, a pesar de esa afrenta ominosa, Dios no quería perderla. Apenas se enteró de que se había ido, envió tres ángeles en su búsqueda.

23

Beatriz Stein arribó finalmente a Buenos Aires en 1948. Tenía 20 años y conservaba el número 1A18912 en el antebrazo izquierdo, tatuado el 2 de junio de 1944, a pocas horas de su llegada al campo de Auschwitz. Antes, habían separado a las mujeres de los hombres y ese mismo día su padre, que era discapacitado físico, había sido conducido a la cámara de gas. A su madre, pegada a Beatriz apenas bajaron del tren, le pidieron que apoyara en el suelo la valija que cargaba, y como ella se negó, el oficial de las SS que le había dado la orden perforó a balazos la valija, de la que cayó el cadáver de su hermana de tres años. Su madre tampoco tuvo la fortuna de sobrevivir, por lo que Beatriz, a los 17 años, como miles y miles de judíos, también quedó sola en el mundo. De sus tíos y primos no supo nunca nada más. Tampoco de los que, como ella, vivían en el gueto de Lodz.

Jákob la había visto por última vez el 21 de enero de 1945 en la estación ferroviaria polaca, cuando los soldados de las SS le ordenaron a él subir a un vagón y a ella, a una carreta, apretada entre otras mujeres. Beatriz viajó durante varios días en esa carreta. Las prisioneras se turnaban, por horas, para ir sentadas o caminar, hasta llegar a Alemania, donde los civiles les arrojaban pedazos de pan para divertirse con esas mujeres famélicas que peleaban por un mendrugo.

Así arribaron a un campo de concentración en el que enseguida las pusieron a trabajar en la cocina. Pero una semana más tarde apareció una de las celadoras y les ordenó, a ella y a otras cuatro mujeres, continuar la marcha junto a un grupo de recién llegados, porque el campo estaba abarrotado de prisioneros de otros campos polacos que se habían quedado sin gente por el avance de los aliados.

En mayo de 1947, la Administración de las Naciones Unidas para la Rehabilitación y el Socorro, conocida como UNRRA, localizó a una tía de Beatriz que vivía en Buenos Aires. Era una prima segunda de su padre que había aceptado recibirla y había comenzado los trámites para que viajara a la Argentina vía Paraguay. Perón estaba en el poder hacía tres años, y su gobierno, como los gobiernos de otros países, ponía reparos a la hora de recibir sobrevivientes judíos. En febrero de 1948, Beatriz partió sola desde un campo de refugiados en Santa María al Bagno, en Italia, hacia Marsella, donde se embarcó rumbo a Brasil, en un barco pequeño y precario. El viaje duró cinco agónicas semanas de mareo y vómitos hasta que llegó a Río de Janeiro, una ciudad cuya belleza la maravilló: la vio distinta a todo lo conocido.

Desde allí, viajó en ómnibus hasta Asunción del Paraguay, donde permaneció en un albergue durante doce días y doce noches tórridas de melodías alegres con arpas y guitarras.

Nunca habló con nadie, porque no había lengua con la cual pudiera hacerse entender en ese país, ni siquiera con las personas de la oficina de refugiados que la albergaron y le dieron un trato cordial. Le llamaron tanto la atención la alegría y el bullicio del pueblo paraguayo y la felicidad de su música que pensó que allí sería imposible sentirse una persona desgraciada.

El ómnibus al que se subió en Asunción —y sin que ella atinara a explicarse el porqué— la dejó en la ciudad de Corrientes, a mitad del trayecto. Estaba perdida, en medio de un desamparo distinto del que experimentara en los campos, pero tan vulnerable como entonces. Esa noche durmió en el piso de la terminal de ómnibus. Por la mañana, una señora elegante se le acercó y le preguntó algo que Beatriz no entendió, pero la señora continuó probando hasta que le dijo dos o tres palabras en alemán. Esa mujer fue la primera persona que le tendió una mano, la orientó y le dio instrucciones precisas para llegar a Buenos Aires. Nunca más volvió a verla, pero le habría gustado reencontrarla y agradecerle.

Los tíos de Beatriz vivían en un departamento del barrio del Once. Los hijos ya se habían casado, por lo que pudo ocupar una habitación para ella sola. Desde el primer día la llamaron por el nombre que figuraba en su documento, Zita, que es polaco, y Zita-Beatriz empezó a ayudar en la mercería que ellos tenían a dos cuadras de su departamento, en Lavalle y Larrea, desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde, excepto los sábados y domingos. Cuando volvía al departamento, se encerraba en su cuarto a llorar hasta la hora de la cena. En aquella soledad, recordó que su madre le reprochaba esa costumbre de quedarse callada y esconder lo que pensaba o sentía. Soy así, mamá, le decía, resignada. Tenía la sensación de que si sacaba afuera algunas de sus emociones o de sus ideas, se transformaban en otra cosa, o se disolvían.

Un día en el que Beatriz no estaba en la mercería —porque había viajado hasta Ciudadela enviada por su tía a comprarle a un proveedor mayorista—, se presentó un muchacho joven nacido en Lodz. Lo atendió su tía, Manina, quien luego le contó sobre esa extraña visita. “Kaspar Berman”, le dijo, a lo mejor fueron a la escuela juntos. Beatriz creía recordarlo del gueto, un chico de ojos rasgados que corría de acá para allá con los hijos de los gitanos y, por eso, ella lo había tomado por gitano.

Hasta que él regresó otra tarde, cuando estaban bajando la persiana del negocio. Kaspar se veía un poco avergonzado, quizá por sus ropas raídas y por su limitado dominio del ídish. Beatriz lo reconoció por los

ojos rasgados, de contornos oscuros y pestañas tupidas.

—Tu madre nos hizo representar “Juan sin miedo y la bruja”, ¿te acuerdas? —le preguntó él.

Beatriz notó en sus ojos el dolor inenarrable y se sintió a gusto con Kaspar. Le dijo que recordaba aquellos ensayos que les hacían olvidar el encierro y la angustia del gueto, a pesar de que le había tocado actuar de bruja. Los dos sonrieron con la misma timidez, que podía aparentar inocencia, pero no: los laceraba la vergüenza de haber sido humillados. Y de haber sobrevivido. Ese mismo día, Kaspar la invitó a unos encuentros mensuales de sobrevivientes que él organizaba. En esas reuniones, algunos participantes contaban su historia, hablaban con serenidad durante los primeros segundos, luego rompían en llanto y muchas veces se retiraban del lugar. Otros permanecían mudos durante las dos horas del encuentro.

Una noche en la que Kaspar la acompañó hasta el departamento de Once de sus tíos, al llegar ellos la estaban esperando, levantados, para contarle que había un muchacho serbio que la buscaba. La Organización Internacional para los Refugiados los había contactado para avisarles. Beatriz se sorprendió, porque no conocía a ningún serbio y pensó que se trataba de un error.

—Te conoció en Auschwitz —dijo el tío—, pero como Beatriz Stein, así lo escribió en el sobre.

Beatriz les explicó que su madre la llamaba Beatriz, “la portadora de felicidad”, pero a su padre ese nombre le sonaba extravagante y la había inscripto como Zita, el nombre de su madre y de su abuela. En la fábrica de caucho sintético de Auschwitz, les dijo a sus compañeros que su nombre era Beatriz; al fin, a los nazis no les importaba, la reconocían solo por el número tatuado en su brazo.

—Te llames como te llames, él dice que quiere venir a Buenos Aires para encontrarte —dijo el tío, entusiasmado, tal vez porque pensó que se trataría de un novio que Beatriz habría dejado en Europa, un salvador para ella y para ellos, que no se sentían cómodos compartiendo ese departamento tan pequeño con una chica tan triste.

Habían perdido las esperanzas de casarla con Kaspar, a quien, según Beatriz les había dicho, consideraba más un primo que un amigo o un novio.

—Se llama Jákob Adam y pide permiso para escribirte —agregó la tía, que se había levantado para buscar la carta de Adam y entregársela a Beatriz, ante la mirada sorprendida de Kaspar, que parecía adorar a esa muchacha de piel traslúcida y cabello rojo, pero por quien hasta ahora no había hecho ningún avance romántico.

En la carta, Jákob le contaba que nunca había dejado de imaginarla canturreando dentro de aquel tubo, aquella mañana de lluvia de su cumpleaños número 18.

Aquella carta la describía de un modo que a Beatriz le costó reconocerse. Recordaba vagamente aquel tubo y a los muchachos que le sonreían desde el tubo de enfrente. Pero entonces hacía muy poco que había llegado a aquel campo siniestro; pocas horas habían bastado para que le arrancaran todo en la vida.

Jákob Adam le contaba que era cabalista y vivía en Jerusalén, y añadía una foto suya para que pudiera recordarlo. Era un joven delgado de cabello oscuro, nariz recta y cejas espesas. Su mirada, oscura e insondable. En el último párrafo, hacía una apuesta firme: le decía que era muy probable que viajara a Buenos Aires porque allí había un experto en el tema de investigación al que se dedicaba. Y que quedaba a la espera de sus noticias; recibirlas le daría una enorme alegría.

24

A las seis y media de una tarde de mediados de septiembre, pedaleaba sin apuro por una calle del Bajo. Era un día fresco, con un cielo limpio, tan transparente que parecía traslucir el más allá.

Cruzaba gente trotando, haciendo ejercicio, disfrutando del cierre de la semana y el comienzo del descanso, y en el aire percibí un optimismo nuevo —quizá propio o exclusivo—, que me hacía sentir liviana. Venía del colegio de mis hijas en plaza Italia, donde había estado reunida con los directivos debido a la falta de respeto de Jimena hacia un profesor. A sus 14 años, Jimena había demostrado convicciones propias tan firmes que me llenaban de orgullo. Y pensar que antes de la reunión —me dije— había asumido la responsabilidad del mal comportamiento de mi hija, que sin ninguna duda se debía a una negligencia de la madre. Sin embargo, la chica les había demostrado a los directivos que no tuvo otra alternativa que arañar al chico de sexto año que la empujó hasta dejarla adentro del depósito del cuarto piso. El grandulón había insistido en besarla, sin su consentimiento, y el profesor de gimnasia que los descubrió no le había creído a ella porque era "una provocadora nata". Recordé el abrazo que madre e hija nos dimos a la salida de la oficina de la directora, que me hizo sonreír mientras cruzaba Alem en dirección al Microcentro.

Iba vestida con mi uniforme de profesora sobria: pantalón gris angosto, camisa celeste y blazer gris, y me dirigía a la oficina del doctor Arispe en el Instituto Ravignani, en el edificio de la facultad, de la calle 25 de Mayo. Benito, su acólito de peinado al estilo Cristóbal Colón, me había enviado un mail intimándome a presentar mi proyecto de tesis de doctorado el viernes a las siete de la tarde o, de lo contrario, perdería mi lugar como doctoranda.

Llegué jadeante por la pedaleada y también por las escaleras de aquel edificio antiguo, extremadamente altas, como los cielos rasos que, aun en días cálidos, mantenían fríos sus corredores anchos. El tercer piso estaba helado.

Arispe me esperaba detrás de su escritorio de madera y, apenas entré, se sacó los anteojos, se reclinó en la silla y me saludó con un movimiento de cabeza, al tiempo que cruzaba las manos sobre el pecho. Su mirada era despectiva y, como me recorrió de arriba abajo,

temí que mis pantalones estuviesen mojados por la transpiración. Di un paso atrás, donde una sombra que formaba la mala luz de la oficina parecía protegerme de la insidia del profesor, que impregnaba el ambiente.

Arispe vestía remera negra y jean, un atuendo que daba el efecto contrario del que probablemente buscaba: se veía viejo y vulgar. Benito, arrodillado delante de una estantería al fondo de la oficina, sonrió al verme y después se sentó en el piso con un libro sobre sus rodillas.

—Vengo a disculparme —dije—. Dejo el doctorado.

Arispe cerró los ojos y movió la cabeza de un lado al otro, en un gesto que mostraba exasperación y, también, que el fiasco del abandono no lo tomaba por sorpresa. Después levantó los hombros, como resignado y, si bien no dijo nada, fue suficiente para que me crispara.

—Vine personalmente a disculparme con usted, profesor. Lo lamento, no dispongo del tiempo necesario para cumplir con las exigencias del doctorado.

—Eso le pasa por optar por la familia antes que por la carrera —dijo Arispe.

La frase me dejó helada. Lo miré a los ojos en silencio durante varios segundos.

—Usted no le diría lo mismo a ninguno de sus alumnos varones.

—Porque no es necesario —dijo Arispe con soberbia, las manos todavía entrelazadas sobre el pecho.

Más tarde, me arrepentiría de haberme tomado el trabajo de responder:

—No es una cuestión generalizable, profesor. En mi caso, la falta de tiempo se debe a que es tarde para mí. En enero cumplo 39 y estoy excedida en edad para comenzar la carrera académica. Cometí el error de suponer que ahora tendría el tiempo que no tuve a los 20; pero como usted sabe, el trabajo de docente no está…

—Zaraza, zaraza —me interrumpió Arispe.

—… bien pago ni siquiera en los colegios privados —seguí, el mentón me temblaba por la bronca que me había provocado la interrupción—. De cualquier modo, creo que la razón principal por la que abandono el doctorado es que ya no quiero adaptarme…

Arispe volvió a interrumpirme:

—Ya me estaba yendo. ¿Vamos a tomar un café?

—… a las exigencias de otro —finalicé.

—¿Tomás el café o no?

—¿Para qué?

—Para hablar de tu futuro. A mí me interesa.

Arispe descolgó el saco del perchero y se lo puso. Me quedé muda,

paralizada. Mientras, oía una voz en mi mente que me recomendaba que me fuera de ahí inmediatamente, y otra que me indicaba que accediera, que alguien como él me ofreciera consejo era una oportunidad. Acepté.

Arispe le pidió a Benito que cerrara la oficina y, calzado en zapatillas negras, bajó las escaleras con una soltura prodigiosa. La oscuridad del cielo me hizo dudar de nuevo sobre aquel café; la fama de Arispe alcanzaba para desconfiar de su generosidad. No me ofrecería un lugar en la cátedra ni tampoco me asistiría, con una visión privilegiada, a reencauzar el doctorado. Pero tenía la noche libre, porque Juan había invitado a nuestras hijas a escuchar la banda de jazz de su hermano y yo había zafado porque el horario coincidía con la citación de mi director de tesis.

Pasamos delante de un café con puerta y ventanas de madera y lo señalé. Arispe negó con la cabeza, dijo que no era de su agrado, sonrió y caminó una cuadra más hasta un bar irlandés con un trébol en la puerta.

—Este me gusta más —dijo con una sonrisa suspicaz.

Me molestó que eligiera un bar en vez de un café; además estaba lleno de gente de la zona, convocados por el hábito del *after hour,* pero desoí mi disgusto con la expectativa de un encuentro a solas con él, alejado de su rol de profesor y sin Benito como testigo de sus dichos. No me pasaba todos los días que alguien de su posición se ofreciera para aconsejarme sobre mi futuro, porfié mientras avanzábamos en el bullicio y formulaba mentalmente las preguntas que le haría.

—¿En serio vas a dejar? —me preguntó Arispe apenas nos sentamos en unos taburetes en la barra, el único lugar que encontramos disponible.

—Mientras investigaba para el doctorado —empecé—, me topé con cuestiones que parecía que me desviaban de mi búsqueda y sin embargo la profundizaban…

—¿Te elijo la cerveza?

Asentí, indiferente, y seguí:

—Trabajar así, permitiéndome que una cosa me lleve a la otra sin temer extraviar el *pathos,* la sustancia que me quita el sueño, la pregunta que busco responder, requiere otra clase de tiempo, incluso toda una vida —seguí, con el arrojo que sentí al notar los ojos de Arispe fijos en los míos, concentrado en lo que yo decía—. Sí, es cierto: mi familia es mi prioridad, pero mi trabajo como docente también es importante para mí, muy importante, y además no puedo darme el lujo de trabajar menos horas; por eso tengo tan poco tiempo. Resolví investigar sola y que la exploración siga su curso sin supeditarla a la valorización de otro, en este caso usted.

—¿Y cuál es la sustancia que te quita el sueño?

La mueca lasciva de Arispe fue peor que la pregunta en sí, y sentí bronca conmigo misma. ¿Por qué había sido tan crédula? Ahora me miraba de forma grotesca, lo que me confirmó que nada que viniera de él podría servirme. Me acomodé en el taburete y miré al barman abrir y cerrar las canillas de cerveza, mientras pensaba. Disponía de esa tarde y de esa noche para mí sola y quería aprovecharlas hablando sobre los temas de mi interés, una ocasión que escaseaba en mi día a día. Entonces dije:

—Sin imaginar que voy a encontrar una respuesta, me pregunto por el lugar de la mujer en la sociedad. Cómo fue que quedamos en posición de dominadas desde la revolución agraria. A eso quiero dedicarme, además de a la docencia.

El barman apoyó dos porrones de cerveza negra sobre la barra, delante de nosotros. Arispe levantó el suyo para brindar.

—Por el ser humano más bello: la mujer.

Sentí desprecio por ese tipo que tenía delante y me pregunté cómo había logrado escalar tanto en su carrera académica, ser reconocido en Europa, algo que, según suponía, requería de habilidades sociales y de condiciones humanas, además de intelectuales. Chocó su vaso contra el mío y el primer trago me pareció amargo y demasiado efervescente.

—¿Qué opina del *Malleus Maleficarum*? —le pregunté.

—Ah, el *Maleficarum* —dijo Arispe con un gran suspiro—. ¿No querés dedicarte a eso? Sería un buen laburito. Nadie en Argentina lo ha hecho: el apetito carnal de las mujeres es insaciable, ja, ja, no podría estar más de acuerdo. —Arispe bajó la cabeza, como si buscara mirar mis pies, apoyados en el travesaño del taburete, pero con toda seguridad le estaba dando tiempo a su memoria, para impresionarme con lo que diría a continuación.

En el último esfuerzo que había hecho para concentrar mi investigación en el período bajo-medieval y temprano-moderno, me había topado con el *Malleus Maleficarum,* el tratado más importante en el contexto de la caza de brujas, publicado en Alemania en 1487, y que enseguida se convirtió en *best seller*. El libro explica que la superstición se encuentra ante todo en las mujeres, porque ellas son más crédulas, más propensas a la malignidad y embusteras por naturaleza.

—Una mujer es hermosa en apariencia, contamina al tacto, y es mortífero vivir con ella —recitó Arispe citando el documento.

—Durante la Edad Media, la Iglesia, y en especial la Inquisición, si bien no prendieron directamente las piras, participaron en forma activa generando el clima de violencia y paranoia misógina que apareció en Europa en esa época —dije, un poco mareada por la cerveza—. Eran mujeres independientes, algo inaceptable en una sociedad en la que cada una debía tener un marido y depender de él.

Christine de Pizan fue una de ellas, acaso la primera, y quería dedicarle tiempo a estudiarla.

Mientras pronunciaba las últimas palabras, noté que Arispe se había distraído y miraba en dirección a un grupo de mujeres que se divertían en una mesa contra la ventana. Entonces procuré captar su atención con un chiste:

—No es de extrañar que se las esposara con Satanás; al fin y al cabo, algún marido debían tener…

Arispe se percató de mi mirada, que pretendió ser socarrona, aunque quizá no había llegado a escuchar todo lo que yo había dicho, porque se tapó la cara con una mano, en una pantomima de vergüenza, y cuando se descubrió la cara, apoyó la otra mano sobre mi pierna.

Entonces le pedí la cuenta al barman y Arispe protestó porque recién habíamos llegado, ¿o yo era una Cenicienta que si no volvía temprano a casa perdería los zapatitos de cristal?

El barman hizo un gesto de disgusto al escuchar la pregunta de Arispe y me alcanzó la cuenta. La miré, saqué de la cartera los billetes necesarios para cubrir el costo de las dos cervezas, los coloqué dentro de las tapas de cuero, me levanté y me fui sin saludar.

Pedaleé de regreso por el mismo camino por el que había llegado hasta ahí. El cielo era azul oscuro, salvo por una medialuna dorada que sonreía a mi derecha, entre dos edificios altos. Apenas llegué a casa, me duché, refregué mi cuerpo con la esponja y empecé a sentirme limpia de nuevo. Me cociné huevos revueltos, los comí, limpié lo que había ensuciado y me senté en el sofá con el *Malleus Maleficarum,* pero lo descarté por el manuscrito sobre Jákob Adam. Podía imaginarlo en Jerusalén: me había hecho una imagen vívida de la ciudad y sentía que acompañaba a Jákob en su pesquisa del proceso por el que ciertos textos se convirtieron en sagrados. Un documento escrito en el mundo antiguo solía tener corta vida, excepto que fuese tallado en piedra o guarecido por excepcionales condiciones climáticas. ¿Cuál habría sido el recorrido del libro antiguo de Ada? ¿De qué modo lo habría obtenido ella? ¿Era posible que su autora fuese Betsabé?

Un documento escrito solo podía permanecer si los escribas lo copiaban una y otra vez, a lo largo de generación tras generación. Un documento administrativo debía copiarse con exactitud, pero uno literario sufría alteraciones, ya fuese por pasajes agregados a medida que lo reescribían o que el escriba decidiera combinarlo con otros textos, o con palabras surgidas de su propia elaboración; transformaciones tan naturales como las de la misma sociedad a través del tiempo.

De repente, sentí una presencia a mi lado y salté del sofá. Quizá ya estaban por llegar Juan y las chicas y eran ellos, que conversaban en

el palier. Pero un silencio hermético me envolvía, junto con una sensación de alivio o de bienestar. Leí un poco más antes de caer en un profundo sueño.

No habrían pasado más que segundos, o pocos minutos, cuando me desperté, con una idea clara, como si alguien me la hubiera dictado: un canon religioso era elaborado por los líderes de una sociedad, quienes definían sus valores. Por lo tanto, un canon era de concepción elitista y de implementación autoritaria. Intentaba, aunque no fuese de modo explícito y consciente, establecer un orden, fijar parámetros y prioridades, imponer una filosofía de vida, un sistema de creencias: en suma, crear cultura.

25

Gabriel estaba en la casa cuando toqué el timbre. No tenía la mueca triunfante que en los últimos días había evocado con intriga, preguntándome quién era el Gabriel Adam detrás de esa máscara de ganador. Tampoco se mostró sorprendido de verme, como si no hubiese dudado de que yo volvería a la casa que él acababa de comprar.

Sin sonreír ni decir una palabra, inclinó la cabeza y abrió la puerta para dejarme pasar al living vacío. Vestía una camisa blanca desabrochada en el cuello, pantalón de traje azul flamante y mocasines negros, lustrosos. El televisor, en el piso, como lo había visto la última vez, pero ahora apagado; a la derecha había una silla blanca de plástico, un saco colgaba de ella y, debajo, varias pilas de hojas. Atravesé el living hacia el jardín, atraída por una fuerza en la boca del estómago, una corazonada.

—Ya tengo los planos para refaccionar la casa —dijo Gabriel con un tono frágil, poco convencido de lo que estaba diciendo—. En el jardín voy a poner un jacuzzi.

El jardín parecía haber sufrido una invasión de topos: hileras de surcos al lado de hileras de montículos de tierra lo cruzaban de una punta a la otra. Después de mirar con detenimiento, me di cuenta de que las líneas de surcos y de montículos formaban un rectángulo con otros rectángulos adentro, como cubriéndose entre sí, enroscados, un laberinto que ocupaba el jardín entero. Los surcos estaban cavados debajo de hilos color azul, tensos y atados a estacas, como siguiendo un dibujo o un plano. En el borde derecho del laberinto, contra la pared medianera, la estatua de la ninfa estaba acostada boca abajo, al lado de la fuente seca, a su vez despedazada y con el cántaro roto. La magnolia se veía quieta, como los bananeros y los bambúes que envolvían el jardín, paralizados ante el cambio del entorno.

Vi que Gabriel tenía la cabeza gacha, los ojos en sus propios pies, tal vez por poner la vista en algún lado.

—¿Tenés una cervecita como la que me convidaste la última vez? —le pregunté.

Gabriel salió caminando hacia la casa y quedé sola en el jardín, frente al meandro de zanjas y promontorios, cadenas montañosas deliberadas, prolijas. Entonces pensé que todos buscamos algo con

determinación o con mesura —la mesura por el temor al fracaso o a la represión—; cada uno espera que su vida le conceda, en algún momento, una revelación. Aunque no sepamos con certeza detrás de qué, vamos detrás de algo, y lo perseguimos con la esperanza de que calme una angustia persistente, ya sea por lastimaduras de la vida o por no comprender el significado de haber nacido y, en algún momento u otro, morir.

—No lo encontraste —dije cuando Gabriel volvió con las dos botellitas de cerveza.

Hizo su mueca triunfadora y abrió la boca para decir algo, como si automáticamente se le hubiese ocurrido negar que había estado buscando el libro de su padre bajo tierra y, seguro de su capacidad de persuasión, porfiar que todo aquel laberinto de surcos se debía a la instalación de un jacuzzi. Pero enseguida cerró la boca, levantó los hombros y sonrió. Era una sonrisa tímida y vergonzosa, del niño que es sorprendido en una travesura y pide clemencia.

Nos sentamos sobre los escalones de piedra y no dijimos nada durante un rato largo. Soplaba una brisa apacible, que mecía las hojas de los bambúes y siseaban. Miré el cielo diáfano; algunas nubes serenas avanzaban despacio hacia el norte.

—¿Te imaginás lo que pasaría si se hiciera público un libro del siglo X a. C.? —preguntó Gabriel.

—¿Qué pasaría?

—¿A vos te consta que los famosos rollos del mar Muerto que se conocen son los que se encontraron en las cuevas de Qumrán? Quiero decir: ¿se publicaron todos los rollos que encontraron?

—Una vez le escuché decir a alguien que los judíos responden las preguntas con preguntas.

—Demoraron varios años en hacerlos públicos —dijo Gabriel, sin reparar en mi observación—. ¿Cómo sabemos que nos mostraron todo lo que encontraron?

—Estás exagerando. Los argentinos somos proclives a sostener teorías conspirativas. Esos textos no afectarían el statu quo de la doctrina religiosa ni molestarían a quienes se empeñan por sostenerlo. Pertenecen a una época posterior al canon sagrado.

—Pero bien que se tomaron su tiempo para mostrarlos al mundo —insistió él, sin poder despegarse de su propio razonamiento, como si yo no hubiera dicho nada.

Gabriel se puso de pie y se fue. Miré el cielo otra vez; las nubes eran ahora más oscuras. Sentí remordimiento por haberle dicho a Juan que iba a lo de una compañera del colegio de Belgrano a preparar los exámenes de fin de año. Me llamaba la atención lo fácil que mentía cuando quería hacer algo sin contarle qué era lo que realmente haría. Al menos una vez a la semana, Juan hacía algún comentario que

aludía a que entre marido y mujer (o "entre compañero y compañera", como últimamente le gustaba llamarnos) debían saber todo uno del otro, y yo, cada vez, respondía que no, que la independencia también suponía discreción, dejar a resguardo de la propia intimidad aquello que el otro podría no comprender o, peor, malinterpretar. A él no le gustaba que yo pensara así, pero no tenía nada que achacarme.

—Yo creo que mi viejo no quería divulgar su libro antiguo porque pensaba que iba a pasar como antes, cuando alteraron los escritos que eligieron para convertirlos en escritura sagrada. Mi padre era un erudito, debió de conocer el trabajo de cada copista —dijo Gabriel cuando volvió, cargando almohadones que tiró al suelo para que él y yo nos sentáramos, y apoyó otros contra la puerta de vidrio, a modo de respaldo.

—¿Qué pasó antes? —pregunté para constatar qué sabía Gabriel de todo eso.

—Los cambiaron.

—No necesariamente fue a propósito. Pensá en la cantidad de veces que tuvieron que copiarlos desde que fueron escritos como literatura hasta que Esdras los incluyó en la Torá como texto divino.

—No, no. El redactor sacerdotal cambió todos, los adaptó a las necesidades del mensaje que era imperioso transmitir a la vuelta del exilio. Querían un Estado centralizado y fuerte. Y también imponerse a los campesinos que habían quedado ahí y no habían tenido que partir al exilio en Babilonia.

—Sabés mucho del tema que obsesionaba a tu padre.

Gabriel hizo un silencio largo. Un par de grillos cantaban, y sentí una paz como hacía tiempo no sentía, como si allí se hubiese creado una cápsula transparente que nos aislara del mundo y detuviera la velocidad del tiempo. Podía percibir mi propia respiración serena, y esa sensación de pausa en mis corridas me produjo una especie de emoción. Esos momentos debían ser los que originaron la fantasía del Paraíso, cuando no nos invaden las preocupaciones, o el miedo, o la necesidad de ser queridos. ¿Quién no quiere lapsos así? De repente los almohadones tambalearon, el hombro de Gabriel quedó rozando el mío y sentí el calor de su cuerpo. Pensé en correrme un poco para dejar de sentirlo, pero no lo hice.

—Tenía razón tu viejo.

—¿En qué tenía razón?

—Era mejor guardar el secreto. El que guardó su madre y también la persona que se lo entregó a ella y así sucesivamente hacia atrás, hasta el siglo X a. C.

—A mí me gustaría encontrarlo —dijo Gabriel—. ¿Vos leíste aunque sea un fragmento?

—¿Creés que lo tiene Sterman y que me permitió leerlo? —pregunté

con cierta malicia, porque, acostumbrada al diálogo altanero que había impuesto Gabriel hasta entonces, me perturbaba la humildad con la que de repente me hablaba.

Gabriel no respondió, apoyó la cara contra un almohadón, cruzó los brazos y cerró los ojos. Quizá la sola idea de que yo tuviera acceso al objeto más preciado de su padre, inalcanzable para él, lo lastimara.

—¿Por qué pensás que tu padre lo habría enterrado en una casa que no era la suya, en la que lo recibían bien, pero que aun así no le pertenecía? —presioné.

—No sé muy bien lo que pienso. Todo lo que involucra a mi padre me confunde. ¿Querés que pida algo para comer?

—Me encantaría, tengo hambre.

Gabriel se fue y sentí frío; su cuerpo enorme me protegía del aire que había empezado a soplar con más fuerza. Me senté erguida y recordé momentos pasados en ese jardín, cuando el pasto era verde o amarillo, según el paso de las estaciones, y las hojas carnosas de los bananeros me parecían orejas de elefantes y me gustaba correr de una punta a la otra dándoles palmadas a las orejas y emborracharme con el perfume de las flores de las cañas de ámbar. Vi a la abuela Louise sosteniendo un vaso con granadina, la risa en su boca inmensa, la cabeza hacia atrás, ese gesto sin vergüenza de la abuela, como diciéndome que ella tenía un secreto que los demás ignoraban y jamás conocerían. Y al abuelo Julio mirándola desconcertado, los ojos llenos de amor devoto, del que sabe que jamás poseerá a aquel que ama porque el amado es inalcanzable y roza conocimientos o percepciones inaccesibles para él.

Oí el tracatac del tren que disminuía la velocidad porque estaba llegando a la estación; ese ruido que siempre identificaría con mi infancia. Nunca más había dormido en una casa cercana a las vías ni había vuelto a oír ese sonido acompasado, la máquina que detiene su motor, las ruedas acariciando los rieles.

—El *delivery* va a demorar cuarenta minutos —dijo Gabriel cuando volvió. Traía una botella de vino blanco y dos copas—. Traje este vinito porque pedí sushi. ¿Te gusta?

Dije que sí, por qué no, aunque, si ya lo había pedido, era tarde para responder si me gustaba o no. Pero lo dije sin tono de reproche y me senté con las piernas cruzadas a tomar vino, que estaba delicioso. Bebí dos tragos en silencio y empecé a sentirme liviana, como si la cápsula transparente que nos envolvía me resguardara.

—Y vos —dijo Gabriel— ¿qué es lo que buscás con tu investigación?

Demoré un rato antes de responder. Dije, en un tono de chiste que ni yo misma me creí, que me parecía que rastreaba el origen del patriarcado. Me di cuenta de que había respondido sacándome la respuesta de encima, como si no tuviera confianza en que Gabriel me preguntaba con interés sincero.

—¿Y no lo encontraste en la revolución agraria? Claramente, la mujer fue la perdedora por excelencia. En la época de cazadores recolectores, tenía un rol central y pasó a convertirse en una posesión más del hombre que debía defender. ¿Sabías que hay una teoría que dice que eso cuenta la historia de Adán y Eva en el Edén? La transición traumática al estrés de la vida en la que la comida no cae de los árboles, sino que hay que plantarla, cuidarla, recogerla y rezar para que dure todo el invierno.

Dije que lo que acababa de resumir era cierto, pero que el cambio era un asunto más complejo. Y hablé de las construcciones culturales supeditadas a fines políticos y religiosos. A medida que hablaba, se me hacía más evidente el calor o la electricidad que emanaba el cuerpo de Gabriel, pegado al mío. Me llamó la atención que estuviéramos conversando despacio, tranquilos, cada uno esgrimiendo su argumento y escuchando al otro, aunque la conversación no tuviera una dirección definida. También, que Gabriel, aun con la intención de vender el libro antiguo de su abuela Ada como una reliquia, una pieza única, de las que trazan una marca en la historia de la humanidad como *La Gioconda* o *El Quijote,* buscara entender a su padre, tal vez como una forma de conocerse a sí mismo, igual que yo con la abuela Louise.

26

Una noche, Jákob llegó tarde de la universidad y encontró a Raquel despierta y esperándolo. Saltó del sillón apenas Jákob traspasó la puerta y lo miró con los ojos desorbitados como quien acaba de ver un gólem. Con las manos unidas en forma de rezo y la voz trémula y baja para no despertar a su esposo y a sus hijos, le dijo que había una bolsa de lona debajo de su cama. Lo dijo con el pavor del que ha descubierto algo tan incriminatorio como un cadáver y no una bolsa de tela vieja y ajada.

Jákob comprendió que Raquel había examinado su contenido —algo que temía que algún día pudiera suceder— y sintió odio, pero procuró reprimirlo. Corrió a su cuarto; Raquel lo seguía, aterrada, y cuando Jákob vio la bolsa de lona sobre su cama y, al lado, el estuche de la Torá, furioso, con lágrimas y la voz rasposa sofocada para no despertar al resto de la casa, le dijo que la única condición que él había puesto al alquilarles la habitación era que él mismo la limpiaría. Ella no tenía ningún derecho a inmiscuirse en sus cosas; el contenido de esa bolsa era lo único que le quedaba de su madre.

Jákob dejó de hablar porque en su garganta se hizo un hueco, un pozo enorme del que no podían salir las palabras; los nervios le enredaban la mente. Al instante, cayó al suelo, doblado en dos, sus brazos cruzados delante del pecho.

Raquel se arrodilló delante de Jákob para disculparse con lágrimas en los ojos y un gesto de súplica. Le dijo que Dios había estado ahí en esa habitación esa mañana cuando ella limpiaba. Entonces se detuvo, esperando la reacción de Jákob, y como él no dijo una palabra ella siguió: había visto una silueta que apenas ella la advirtió comenzó a desvanecerse en el halo que formaba el rayo de sol que entraba por la ventana: una presencia alada de fuego, el pelo rojo y largo sobre los hombros y un collar de plata con la estrella de David. Juraba que no se había vuelto loca, pero no podría contarle a nadie lo que le había ocurrido allí esa mañana; aquella hermosura de mujer en el fulgor de luz le había transmitido tanta felicidad y de una manera tan intensa y súbita que creyó desmayarse.

Raquel lloraba y esgrimía, con la voz acongojada, que hacía una semana que Jákob solo entraba y salía y era imposible que así tuviera tiempo de limpiar su habitación. Ella temía que la suciedad de ahí

adentro atrajera a las ratas, que eran peste en la ciudad, debido a la gran cantidad de excavaciones para la construcción de edificios que hacían colapsar las madrigueras.

Ya sin mirar a Jákob, y como en trance, Raquel siguió hablando. Entonces, dijo, apenas volvió en sí, recostada como estaba en el piso, que había visto la bolsa de lona verde debajo de la cama. Tiró de una de sus correas, palpó la bolsa como dirigida por Dios, sintió que tenía que coserla, porque se veía tan estropeada, y cuando le estaba cosiendo el forro se dio cuenta de que tenía un doble fondo, y en ese doblez encontró ese rollo amarillento que le señalaba, uno pequeño. Nunca había sentido tanta felicidad, insistió, era algo así como firmeza o calma o convicción, era difícil encontrar la palabra, y lo había roto sin querer, ese costadito se había desmenuzado apenas lo tocó.

Raquel seguía gimiendo y pidiendo disculpas, y Jákob miró el rollo de papiro en miniatura por primera vez. El papiro tenía el mismo color y textura de los rollos que estaban dentro del *tic* y que él había traducido y llamaba “La Torá de Ada”, pero era más estrecho porque el texto era corto. Y leyó lo que ahí había escrito, en voz alta, la mirada inquisidora de Raquel, que llevaba sus ojos de Jákob al papiro, y viceversa.

“Aconteció que David, el que había matado a Goliat, tenía treinta años cuando comenzó a reinar. Iba engrandeciéndose más y más y entendió que Jehová estaba con él, lo confirmaba como rey sobre Israel y enaltecía su reino por amor a su pueblo. Y así, un día le dijo Jehová: ¿Tú me has de edificar una casa en la que yo more? Ciertamente no he habitado en una casa desde el día en que saqué a los hijos de Israel de Egipto hasta hoy, sino que he andado entre tiendas y tabernáculos.

”Y Jehová guardaba a David por donde quiera que iba…

”Y reinó David sobre todo Israel, administró la justicia y la equidad a todo su pueblo durante cuarenta años.

”Pero sucedió que en la primavera, cuando los reyes salen en campaña militar, David envió a Joab al mando del ejército a derrotar a los sirios y a los amonitas, mientras él se quedó en Jerusalén. Y un día, al caer la tarde, David se levantó de su lecho para pasearse por la terraza de la casa real; y desde ahí me vio mientras me bañaba…

”Envió David a preguntar por mí y le dijeron: —Aquella es Betsabé hija de Eliam, mujer de Urías heteo.

”Y envió David mensajeros a buscarme; fui a él y durmió conmigo. Luego me purifiqué y volví a mi casa. Cuando me di cuenta de que había concebido, envié a hacerlo saber a David, diciendo: Estoy encinta.

”Entonces David envió a decir a Joab: Envíame a Urías el hitita.

”Y Joab envió a mi esposo a David.

”David le preguntó a Urías por la salud de Joab, por la salud del pueblo y por el estado de la guerra. Después le dijo: —Desciende a tu casa, y lava tus pies. Y salió Urías del palacio con un regalo que el rey le había dado. Pero no acudió a casa sino que durmió afuera de la puerta del palacio, como cualquier otro soldado.

”Los siervos le informaron a David que Urías no había ido a su casa, lo volvió a llamar y le dijo: —Tuviste un largo viaje, ¿por qué no fuiste a tu casa?

Urías respondió: —El cofre sagrado y los soldados de Israel estaban acampados al aire libre, al igual que Joab y los oficiales. No estaba bien que yo fuera a mi casa a beber y acostarme con mi esposa.

”David le dijo: —Quédate aquí esta noche, mañana te enviaré a la batalla.

”Y David lo convidó a comer y a beber con él, hasta embriagarlo. Pero Urías seguía sin venir a casa, y esa noche se quedó de nuevo donde dormía el ejército. A la mañana siguiente, David le escribió una carta a Joab y la envió con el mismo Urías. En la carta David le indicaba que pusiera a Urías al frente del combate, donde la pelea fuera más dura, y que lo dejara solo hasta que lo mataran.

”Cuando supe que mi esposo había muerto, hice duelo por él. Y pasado el luto, envió David por mí y me trajo a su casa. Se casó conmigo y le di un hijo, pero a Jehová no le agradó lo que David había hecho…

”David llamó al profeta Natán…

”Dice Jehová, el Dios de Israel: Te he dado el pueblo de Israel y el de Judá y, por si eso fuera poco, te añadiré aún más. ¿Por qué, pues, me has despreciado haciendo lo que me desagrada? Hiciste matar a Urías el hitita y te apoderaste de su mujer. Lo mataste por medio de la espada de los amonitas, por tanto, la espada nunca se apartará de tu casa… moriría el hijo que le había nacido… que se puso muy enfermo y murió a pesar de que David rogó a Dios por el niño, ayunó y pasó la noche acostado en el suelo. Pero Jehová no quiso escucharlo y David me consoló, se acostó conmigo y le di un nuevo hijo al que llamé Salomón, a quien Jehová amó. El profeta Natán le puso el sobrenombre de ‘el amado de Jehová’”.

Jákob pudo traducirlo porque estaba escrito en hebreo antiguo, igual que el otro, el que llamaba “La Torá de Ada”. ¿Probaba ese texto que la autora era nada más y nada menos que Betsabé, hija de Eliam, exesposa de Urías, el hitita, luego esposa de David y madre de Salomón? La investigación de Jákob avanzaba entonces, y por aquella época creía que podía demostrar que el autor del libro de su madre era el “J” bíblico, autor de gran parte de la Torá. Hasta aquel momento, no le había mostrado los rollos a Scholem, porque él no le había creído y porque hacerlo implicaba cedérselos.

El hallazgo de aquel fragmento de Betsabé narrado en primera persona, que a él le parecía una especie de diario, le indicaba que, si la autora del libro antiguo de su madre era “J”, podía saberse quién era “J”, y sería muy difícil aceptar que fuese una mujer. Probablemente, pensaba Jákob, los cabalistas no se rasgarían las vestiduras, ellos no creían en la paternidad literaria. Se desconocían los nombres de los autores de la gran mayoría de los libros cabalísticos y poco se sabía de esos nombres. Jákob estaba al tanto de que la pseudoepigrafía —la falsa atribución de un texto— era un recurso tradicional entre los cabalistas, que a veces se adjudicaban la autoría de un escrito perteneciente a un autor famoso. También, que a los místicos judíos les gustaba citar obras apócrifas y que no se cansaban de repetir que la autoría no era algo importante a tener en cuenta, sino el texto en sí, ya que todos provendrían de Dios y llevarían a Él. Al punto que, para ellos, cualquier escrito cabalístico era una extensión de la Biblia, obra del espíritu divino, perspectiva que les había permitido solapar su predisposición trasgresora. El mismo *Zohar* estaba repleto de falsas referencias a escritos imaginarios.

Desde un comienzo, la atracción de Jákob por la cábala se había debido a la libertad de pensamiento de esos místicos y su método especulativo para interpretar la Biblia, el canon intocable, origen y modelo de toda palabra escrita y núcleo de toda la búsqueda espiritual, sin importar la procedencia de las fuentes. Que no les importara la autoría —quién había escrito qué cosa— y fueran capaces de inventar textos falsos no era lo que más le atraía de la cábala, sino que consideraran la lectura un acto tan creador como la escritura. Porque lo que el libro antiguo de su madre, escrito por Betsabé, venía a probar no era tanto que los textos de la Torá hubiesen sido modificados, sino que se hubiesen leído y enseñado de un modo tan discordante con el que había sido estampado en un papiro. Si existía, entre un autor y el lector, un lazo creativo recíproco, causa-efecto y efecto-causa, eso no ocurría con los textos que conformaban la Torá.

Dos días después del hallazgo de Raquel, esperó a Scholem a la salida de la biblioteca y lo acompañó caminando a su casa. Sin vueltas, le preguntó:

—¿Qué pasaría si encontráramos una obra del siglo X a. C., una historia narrada en primera persona, desconocida y original, y gracias a ella pudiéramos saber quién fue “J”?

Scholem hizo silencio, que pareció solidificarse a cada paso que daban y duró hasta que llegaron a la puerta de su casa. Ahí se detuvo y apoyó sus manos sobre los hombros de Jákob. Tenía los ojos rojos, y Jákob se lo hubiese atribuido al cansancio si no hubiera temido que su charla le causara irritación.

—Usted sabe, Adam, que a mí no me importa tanto quién fue el autor o autora de ningún texto como el texto en sí. Pero si eso fuese relevante para mí, haría todo lo que estuviese a mi alcance para contactarme con un académico sefaradí, amigo mío y de mi gran amigo, Walter Benjamin, que se mudó hace seis meses a la Argentina. Su nombre es Abraham Sterman.

Ese instante fue luminoso para Jákob, porque la sugerencia de Scholem llegaba poco después de que rastreara el destino de aquella muchacha de la que se había enamorado en Monowitz. De regreso a su casa, pensó en Beatriz, añoró a Beatriz e, impregnado de una sensación de luz que lo alumbraba, confirmó que la razón por la que entablaba conversaciones mentales con ella era porque estaba enamorado; ella era su Lilit. Darse cuenta le produjo un espasmo de felicidad que le invadió el cuerpo, una especie de seguridad de que Dios lo acompañaba. Un inesperado amor a la vida y un optimismo infinito lo escoltaron durante todo el trayecto por la calle Abarbanel. Era uno de esos momentos en los que estamos seguros de que brilla la sincronización, que se establece una sintonía entre nosotros y el cosmos y entonces no dudamos de que las cosas suceden por una razón superior y que, en algún sitio, empieza a reinar cierta armonía cuyas leyes ignoramos, pero cuyo sentido ya no deseamos dilucidar.

Su madre lo había llevado a Lilit; ella, a Betsabé, y Betsabé, a Beatriz: aquel instante le mostraba que había algo detrás de los hechos, una especie de director de orquesta del universo que se posaba sobre su minúscula presencia para decirle que era más trascendente de lo que era. Y Jákob supo, sin resquicio de duda, que debía viajar a la Argentina.

27

Jákob Adam llegó al puerto de Buenos Aires en 1959, después de una extensa travesía en la que el barco que cruzó el Atlántico tocó varios puertos, incluido el de Montevideo. Antes, había viajado desde Jerusalén a Messina, y luego, a Génova, donde subió al Andrea C, que demoró cuarenta y ocho días en llegar a Buenos Aires, una mañana del mes de septiembre.

Era un muchacho delgadísimo de 33 años que medía un metro ochenta y dos, vestía pantalón negro, saco de tweed marrón con corbata al tono, y cargaba una bolsa de tela color verdoso delante del pecho, con una correa ancha que le cruzaba el torso. Su cara era angulosa, de pómulos salientes y afilados, nariz incisiva y labios finos.

Beatriz sabía el día y la hora aproximada en la que el barco arribaría finalmente al puerto de Buenos Aires. Nunca había caminado por esa zona de la ciudad y se asombró por el ajetreo de grúas, camiones y estibadores. Llevaba una fotografía de Jákob, que él se había hecho tomar para enviársela con la última carta, para que pudieran reconocerse. A su vez, le había enviado la suya, en el Rosedal: llevaba un vestido ocre con flores blancas, acampanado, largo hasta la rodilla, en una pose seria.

Jákob reconoció a Beatriz por esa foto y sonrió apenas, tímido, al distinguirla entre la multitud agolpada en la dársena. Su cabello rojo estaba cubierto por un pañuelo; su cuerpo, por un tapado de paño color verde oscuro. Beatriz movía los pies y golpeteaba las manos a los costados del cuerpo como espantando el frío. Lo que a Jákob le permitió reconocerla fueron sus ojos oscuros, vivaces, que cuando sonreía parecían invitar a bailar. Jákob se acercó a abrazarla, pero Beatriz dio un paso atrás y miró el piso, con una turbación que contrastaba con aquella mirada potente.

Jákob usaba el pelo negro corto y engominado y en su rostro y su figura había una expresión de seriedad que desconcertó a Beatriz, tanto como su mirada de ojos marrón claro, cándida o a lo mejor a la deriva, con un aire de perplejidad, como si todo lo que sucediera a su alrededor lo sorprendiera.

Cuando él la tomó apenas del brazo para salir de ese lugar bullicioso, ella le preguntó por su equipaje, pero Jákob había viajado solo con una valija pequeña, de bordes gastados.

—No hay más que esto —le dijo, con una sonrisa triste.

Beatriz le indicó que lo siguiera. Jákob levantó su valija y caminaron por un espigón con edificios en obra hasta que ella se detuvo y quedaron frente a frente, mirándose a los ojos, buscando en las pupilas del otro un destello de aquel día de julio de 1944 en el que la lluvia los había obligado a interrumpir el trabajo.

Jákob no podía dejar de mirarla, quizá para hacer coincidir aquella imagen irreal, mantenida por años, con esta mujer de carne y hueso que tenía delante. A Beatriz, en cambio, le parecía que el encuentro solo materializaba al hombre de las cartas que le había permitido alejar la idea fija de sus tíos de casarla con Kaspar o con alguno de los demás candidatos que le habían propuesto a lo largo de varios años, un afán compartido por los vecinos y aun los clientes de la mercería y los compañeros de las reuniones de sobrevivientes, que no podían concebir que todavía continuara soltera.

Había un rasgo de Jákob que le había despertado especial curiosidad durante el intercambio epistolar: su humor. Él hacía bromas con asuntos serios, pero era tal su ingenio que lograba que ella riera sola, en su habitación, cuando leía y releía esas cartas largas, escritas con una caligrafía impecable. Jákob le contaba anécdotas, aun las más triviales de su vida diaria, y sus observaciones le proporcionaban un modo nuevo de reflexionar sobre los pormenores cotidianos. Reír era una novedad para Beatriz. Ella empezó considerar a Jákob un filósofo existencialista que le fomentaba la independencia de opinión: gracias a él, comprendió que podía pensar lo que le diera la gana, sin que sus tíos ni nadie se enteraran. Con el filósofo de las cartas —que fueron decenas porque se escribieron durante más de tres años—, se había sentido poderosa como nunca antes, y con el dinero que le quedaba después de contribuir con los gastos de la casa de sus tíos, compraba libros y los leía en la clausura de su habitación.

Jákob, por su parte, encontró en aquellas cartas una confidente perfecta, porque su receptora no pertenecía al mundillo intelectual de la cábala ni de los biblistas ni de la Universidad Hebrea de Jerusalén. En ellas, podía expresar sus dudas sin omitir nada. Beatriz era una mujer inteligente y de mente libre, y Jákob nunca tuvo la impresión de que ella se formara una opinión rigurosa respecto de ninguna de las cosas que para él eran críticas.

Transcurrido apenas un mes del desembarco, Jákob y Beatriz decidieron casarse, y lo hicieron en la sinagoga de la calle Libertad, tibiamente apoyados por los tíos de Beatriz, que no habían imaginado que ella elegiría a un muchacho judío que no tenía nada, excepto ese pasado de estudioso y profesor de la Universidad de Jerusalén. ¿Qué harían? ¿De qué iban a vivir, del sueldo que ellos le pagaban en la mercería?, preguntó un día su tío.

Pero Jákob había conseguido ya un trabajo como carpintero en una fábrica de espejos y vivían en una pensión en el barrio de Almagro, que Beatriz había encontrado con ayuda de Kaspar.

Beatriz supuso que compartir la vida con Jákob no solo le permitiría abandonar el departamento del barrio del Once y la presión de sus tíos; también, tener por compañero a la persona que en sus cartas la había comprendido como no se imaginaba ser comprendida. Acaso no supo darse cuenta de que la impulsaba otra razón: estaba cautivada por la Beatriz que Jákob le transmitía, una mujer desconocida aun para ella misma, pero sin duda, y a su modo de ver, más querible.

Con el correr del tiempo, Jákob apenas pudo advertir las reticencias de Beatriz y su ánimo retraído. Fue paciente y amoroso y no dudó de que poco a poco ella se entregaría a la capacidad de gozo que él había percibido en su canturreo espontáneo de 1944, cuando tenía solo 17 años y una envoltura invisible la protegía del desastre que los rodeaba.

La convivencia y la rutina —pero sobre todo la intimidad— los mostraron *arumim,* desnudos, más parecidos a quienes eran auténticamente, lejos de lo que habían imaginado o supuesto uno del otro.

Una tarde en la que Jákob llegó más temprano de lo habitual de la fábrica de espejos, encontró a Beatriz sentada en la cama con los brazos cruzados. Dijo que quería dejar el trabajo en la mercería, estaba harta de los judíos, harta de ser judía, incluso de ser Beatriz Stein. Quería algo distinto para su vida, quería ser otra. Se puso de pie de repente, se quitó la pollera, la blusa, los zapatos, se quitó todo y miró a Jákob como si le cediera el poder mágico de convertirla en otra, la de su imaginación o directamente en la Lilit que él rastreaba en el libro antiguo de su madre.

Pero ese día pasó y ambos olvidaron sus deseos más íntimos. Beatriz ya había dejado la mercería cuando Gabriel nació el 24 de agosto de 1962. Jákob trabajaba en la fábrica de espejos y dedicaba todos sus momentos libres, que eran escasos, al estudio. Pero le era muy difícil leer con tantas interrupciones y durante lapsos cortos, y además le llevaba mucho tiempo ir de una biblioteca a la otra.

Jákob y Louise se reunían una vez por semana, siempre en la casa de Louise, y discutían sobre lo averiguado por ella en bibliotecas católicas. Él compartía con Louise, también, sus avances en la escritura de *El mundo con Lilit.* Una noche, mientras leían un párrafo destinado a Lilit, Jákob golpeó la mesa con ambas manos, se puso de pie, aplaudió con sus palmas y le dijo:

—Louise, la escritura es propiedad de los varones desde que Dios es varón. Nosotros la tomamos, y esa ha sido la primera gran injusticia de la humanidad. Porque una mujer fue la autora de uno de los libros

más antiguos y fundamentales de nuestra cultura, libro del que los varones eliminaron el pasaje en el que la primera mujer creada prefiere el castigo eterno antes que un matrimonio patriarcal. Desde entonces, cualquier rebeldía provocada por la dominación del varón ha sido considerada diabólica, condenada a una vida en silencio, sin escritura ni historia.

Louise admiraba a Jákob y se rendía ante esa luminosidad que impregnaba su rostro de convicción y firmeza cuando expresaba algo sin asomo de duda. Pero no por amistad, sino porque estaba segura de que cuando Adam afirmaba algo lo hacía respaldado por las horas y horas de traducción y estudio que había pasado antes de enunciar esa certeza.

Mientras, Gabriel crecía y era la luz de los ojos de Beatriz. Si previamente ella no se había imaginado madre, menos todavía tener un hijo tan amoroso y despabilado como Gabriel, de quien estaba pendiente día y noche. Jákob no celaba la relación de Beatriz con su hijo, porque a él el tiempo y la energía no le alcanzaban para dedicarse a su deseado objeto de estudio. Estaba feliz con el nacimiento de Gabriel, pero debía llevar el pan a su casa y, además, ser fiel a una tradición de búsqueda de la verdad de la que se sentía depositario, aunque, como pensaba a veces, nadie le hubiera conferido esa misión.

En 1967, consiguió un trabajo en el IER, el Instituto de Estudios Religiosos, un espacio interconfesional que fundó el mismo rabino estadounidense que había comenzado el Seminario Rabínico. Y Jákob pudo dejar la fábrica de espejos. Allí estudiaba y enseñaba el Talmud, y la comunidad judía porteña se benefició con su espiritualidad y sus conocimientos sobre la cábala. Allí también conoció a Lorenzo Rineda, un sacerdote católico ordenado en su edad madura, quien muchas veces era invitado al instituto a dar conferencias sobre el vicio de acedia y la tristeza espiritual.

Ese fue el inicio de una amistad que duró siete años, hasta que Lilit los separó. Hasta ese día, solían mantener conversaciones sobre temas bíblicos en general, beneficiándose Jákob de su punto de vista cristiano, que no estaba ni predispuesto ni sujeto a una orden religiosa. Rineda le refirió la corriente que veía a Betsabé como la prefiguración de la Virgen María y a la Virgen María, como la de toda la humanidad. Según esa mirada, Salomón habría sido el anuncio de Cristo. Rineda le mostró que, cuando sienta a su madre a su derecha, anticipa la coronación de la Virgen por su hijo, Cristo.

A Jákob le agradaba hablar de los temas de su interés con personas que no pertenecían a la colectividad judía, porque con ellos no debía cuidar una postura o actitud dogmática, y no supuso que aquella interpretación expuesta por Rineda velara una aversión a las mujeres.

Ya los había enfrentado una discusión sobre Heidegger, a quien Rineda admiraba, razón por la que no toleró la opinión de Jákob de que, en su conjunto, la obra de Heidegger propagó los fundamentos del nazismo. A deshora, Jákob se dio cuenta de que había cometido un error muy común, que es suponer que alguien que hizo un camino de vida no convencional piensa de una forma innovadora y libre. Si Rineda había tenido una vida disipada en su juventud, había experimentado drogas sintéticas y vivido cinco años en un *áshram* en la India antes de entrar al seminario, todo ello no le impedía, al parecer, aferrarse a paradigmas conservadores: era capaz de profundizar las ideas que tenía hasta alcanzar la meditación extática, pero cambiarlas lo espeluznaba. Para Rineda, no existía la posibilidad siquiera mínima de que Lilit no fuera un mito cualquiera, una bruja babilónica. No toleraba arriesgarse a que hubiese formado parte del Antiguo Testamento.

Cuando Louise Maxwell le mostró el pasaje de Isaías 34:14: "Se juntarán gatos salvajes con hienas, los sátiros se llamarán entre sí; allí descansará Lilit, se hará con una guarida", Rineda dejó de dirigirle la palabra y empezó a criticar su colaboración, acusando a Jákob de que banalizaba su estudio. A Jákob lo conmovía la curiosidad de Louise y no se le ocurrió que Rineda fuera incapaz de verla —a ella o a otras mujeres— ocupada o interesada por tareas que no fueran las de su hogar. Recién cuando fue evidente que Lilit los colocaba en las márgenes opuestas de un río demasiado ancho, se alejó de él.

Dos semanas antes, Louise había invitado a Rineda, Jákob y Beatriz a cenar a su casa de Villa Urquiza. Esa noche fue el fin del matrimonio de Jákob, quien a partir de entonces no pudo convencer a Beatriz de que su relación con Louise era solamente profesional. Cuando regresaron a su casa, sus alaridos despertaron a Gabriel, que lloraba abrazado a las piernas de su madre.

—Tus ojos, Jákob, cuando miraban a Louise, brillaban, como llenos de agua —exclamaba Beatriz—. ¡Ojos ciegos de pasión! —gritó. A ella no podían engañarla.

Hasta entonces, Jákob no se había atrevido a enfrentar sus sentimientos por Louise y además jamás hubiera osado mirar de ese modo a una mujer casada. Pero a partir de esa noche, la convivencia se volvió imposible: Jákob era el foco de la descarga de la furia de Beatriz, que lo hostigaba con interrogatorios sobre cada minuto de su día, desconfiaba de sus respuestas y le criticaba cada paso que daba dentro del hogar; tal vez la manifestación equivocada de un dolor viejo que ya nada ni nadie podría calmar.

Y Jákob no supo apaciguarla, transmitirle confianza en su amor por ella, por lo que Beatriz comenzó a odiarlo y atacarlo cuanto pudo. Se burlaba de su afán por ese conocimiento que le insumía horas y horas

y era tan extravagante como inútil, porque nadie lo reconocía. Desgraciadamente, el que más sufrió las consecuencias fue Gabriel.

28

La ventana de la cocina irradiaba una luz pálida que al chocar contra el suelo se desparramaba en forma de rectángulo sobre los surcos y montículos y formaba como pequeñas olas negras en un mar estático. Aquella galería, en la que la abuela me había leído libros en voz alta, actuándolos, convertida en cada personaje que interpretaba, era una balsa que flotaba sobre la superficie oscura y que, desde donde la estaba mirando, parecía un pequeño paisaje de tapiz, pero aun así pesadillesco.

La brisa se había humedecido y miles de partículas de agua apenas perceptibles brillaban en el haz de luz lanzado hacia la penumbra. También las sentía en la cara. Iba a atarme el pelo en una cola de caballo, como hacía cada vez que había humedad; sabía que mis rulos se convertirían en una maraña desenfrenada, pero no me moví de la posición en la que estaba, reclinada contra el almohadón.

Tomaba vino blanco de a sorbitos y sonreía con la sensación de que aquel jardín me llevaba a la fantasía llamada infancia, ese extraño espacio de la memoria que a veces me reconfortaba, me hacía sentir que me resguardaba de las complicaciones del mundo y del tiempo acelerado, que todo lo corrompe; y otras, me abandonaba en el terror a la oscuridad. Pensé: el pasado es lo que hace que las personas seamos quienes somos y también nos da la falsa sensación de tranquilidad porque ya sabemos cómo fue. Del futuro nadie puede saber nada y por eso nos da miedo.

—El tiempo lo destruye todo, ¿no? Y de una forma tan imperceptible que no nos damos cuenta…

—Obvio —dijo él, los hombros hacia arriba, sus dos manos enormes rodeando la copa.

Después me miró con su sonrisa de siempre, que hasta ese momento había estado ausente, y enseguida pretendió retractar su altanería.

—Desde que murió mi padre, el tiempo me obsesiona. —Lo dijo sin mirarme, pero cuando terminó giró su cara, con una sonrisa a medias y una expresión resignada.

Respiré hondo, como si hubiera querido absorber todo el aire de ese lugar, y sentí culpa de estar tan a gusto ahí, aquel anochecer. No se parecía a la sensación de las veces en las que había tenido sexo con otros hombres y después me había cuestionado la razón. Ahora, sin

sexo, percibía algo íntimo y sentía la intimidad como algo exclusivo de Juan, porque lo amaba.

—¿Te das cuenta del escándalo que produciría la publicación de ese libro antiguo? —preguntó Gabriel de pronto, volviendo al tema del que hablábamos antes—. En serio, Luisa, ¿te imaginás lo que sería algo así?

Imaginé a Arispe exaltado ante la aparición de un libro del siglo X a. C. que contenía pasajes de la Biblia anteriores a cualquier otro ejemplar conocido, y más aún al enterarse de que su exdoctoranda Castelli formaba parte del equipo interconfesional de historiadores, antropólogos y demás eruditos. Me reí con satisfacción, pero me pareció tonto acordarme de Arispe mientras inhalaba el aire de esa casa, que me traía la infancia como un ramalazo. ¿Por qué lo ensuciaba con el recuerdo del imbécil de Arispe?

—¿De qué te reís?

Mentí:

—De que tu padre debió haberlo adivinado. Según Sterman, desde que él llegó a Buenos Aires y durante sus primeros años en esta ciudad, se mantuvo convencido de que el mundo estaba preparándose para recibir un libro como ese. Eran los años sesenta, la época en que se revitalizó el movimiento feminista gracias a la píldora anticonceptiva. Aparentemente, el entusiasmo no le permitió vislumbrar las reacciones hostiles que surgirían enseguida. De acuerdo con lo que estoy investigando, así ha sido siempre que la mujer gana poder: pronto aparece la narrativa sobre un cierto tipo de mística femenina, que la pregona apocada y doméstica. A mí me parece que una mujer libre de todos los represores predispuestos por la sociedad puede ser todopoderosa, ¿no? Una amenaza a la moral convenida y a la estructura familiar tradicional.

Gabriel alcanzó a hacer una especie de silbido de admiración, que no terminó porque tocaron el timbre y se levantó a atender. Volvió con una bolsa transparente que contenía dos cajas de cartón color rojo que apoyó sobre el piso y luego abrió con extremo cuidado. Emanaba un olor rancio y azucarado y yo, que tenía mucha hambre, añoré empanadas o pizza.

—Y sí —dijo Gabriel mientras acomodaba las cajas y abría los frasquitos de salsa de soja—. Solo a la fuerza podés exigir que se acate lo que prescribe la moral. ¿Te molesta comer así?

Dije que no y me di cuenta de que la atmósfera entre nosotros no estaba cargada de la típica tensión que sentía al lado de un hombre, incluso con Juan.

—De cualquier modo, yo creo que a muchas mujeres les gusta el orden social con esa lógica y también cómo los hombres pareciera que traemos, en nuestra genética, esa forma de adularlas, agasajarlas, de

protegerlas por esa supuesta debilidad, ¿no? —dijo Gabriel, sin aparente ánimo de que fuera una verdadera pregunta.

—Sobre todo a las burguesas —dije—. Las exime del estrés económico y les permite tiempo libre para hobbies.

Me dieron risa mis propias palabras, pero la reprimí y sentí disgusto de mí misma. Era un acto de soberbia poco solidario diferenciarme de otras mujeres. Pero es que no podía olvidar el odio que me producían las carcajadas después de un chiste machista de parte de los amigos de Juan. Peor que el chiste en sí, abominaba las risas cómplices de los demás, las mujeres incluidas, que se daban por aludidas y sonreían sumisas y sexis.

—Estuve mal en decir eso —dije—. Pero siento que la mayoría de las mujeres tienen más miedo que los hombres a salir de la organización patriarcal, y a las burguesas, la organización les da una comodidad difícil de desaprovechar. Y no debería sentirme tan segura de estar exceptuada.

Gabriel, que manejaba los palitos para levantar las piezas de sushi con admirable habilidad, se detuvo y me miró, expectante, y seguí:

—Creo que, cuando me enamoré de mi marido, inconscientemente supuse que la responsabilidad económica de mi familia iba a ser de él. Ahora me da vergüenza y rabia eso. Y después, al darme cuenta del pacto que había asumido, ya era tarde. Hoy por hoy percibo cómo lo que gano va a los gastos menos indispensables y me siento horrible, pero cambiar el pacto ahora parece imposible, como salir de un laberinto similar a este que dibujaste en el pasto.

Gabriel estaba concentrado en empapar cada vértice de un pequeño rectángulo de carne blanca en salsa de soja y asentía, como de acuerdo en que no debía de ser fácil. Era evidente que él había sufrido mucho a raíz del enojo de su madre durante y después del divorcio, algo de lo que yo sabía por lo que había dicho Lezcano y por las frases sueltas y esos gestos que Ruth solía hacer cada vez que mencionaba a la mujer de Jákob.

—No podés reprocharte algo que no hiciste en su preciso momento —dijo.

—Por eso estudio de dónde procede nuestra estructura de pensamiento, cómo pensamos, para entender por qué me parecía lógico lo que me parecía lógico. Era demasiado fácil echarles la culpa a mi crianza patriarcal o a algo psicológico, como diferenciarme de la personalidad reprimida de mi madre. Estoy casi segura de que para mis hijas va a ser distinto.

—Y no te vas a creer que en el primer mundo es distinto. Bah, al menos en Nueva York es igual, por más que haya mujeres en posiciones de jerarquía y leyes de equidad de género…

—Salvo las mujeres sobresalientes. Ellas siempre van a ser la

excepción a la regla.
—La realidad es que todavía, por el mismo trabajo, allá las mujeres ganan veinte centavos menos por cada dólar que gana un hombre. Y me doy cuenta, en las reuniones, de que el discurso de muchas mujeres viene impregnado de justificaciones. Siempre deben explicar que se merecen estar donde están.
—Un sacerdote que entrevisté investigando a Lilit me dijo que cualquier otra organización social también hubiese sido injusta, solo que de otra manera.
—No será el chanta de Rineda, ¿no?
—Lorenzo Rineda, conocido de tu padre.
—El tipo parecía un vampiro que quería chuparle todo lo que sabía.
—¿Y por qué chanta?
—No me parecía honesto intelectualmente.
Habíamos terminado de comer y permanecimos recostados en los almohadones, en silencio. El cielo se veía negro, vacío de luna y estrellas, y las hojas más altas de los bananeros formaban siluetas de manos por encima del muro y contra la pared del edificio vecino. Sentía el calor que irradiaba el cuerpo de Gabriel, su hombro a pocos centímetros del mío, y eso parecía aumentar mis otros sentidos. Percibía con claridad el olor líquido que exhalaban las ramas de los bambúes, el perfume de las cañas de ámbar, y oía el siseo que hacían al bailar con la brisa, también el entusiasmo monótono de un grillo y el color verde, único y compacto del césped, desde ahí hasta donde llegaban mis ojos.
—Lorenzo Rineda se mostró muy incómodo cuando lo entrevisté —dije—. Es más, ahora que lo pienso, sentí vergüenza de provocarle algo… no sé, inexplicable.
—¿Te intimida tu sexualidad? —preguntó Gabriel, con tono incisivo pero no de flirteo.
—¿Eso qué tiene que ver?
—Antes que la guerra contra el terror, las drogas o el cáncer, hubo guerra contra el deseo sexual de la mujer —dijo Gabriel.
No notaba esnobismo en Gabriel, o que esperara impresionarme. Hasta ese momento, él opinaba, esperaba mi devolución, se quedaba pensando, y la conversación parecía un intercambio genuino.
Sentí la piel de las manos y de los brazos impregnándose de la humedad que flotaba en la brisa. Me quité el blazer y la sentí también en el cuello. Era una sensación agradable que de alguna insólita manera concordaba con el gusto suave de la palta y los pepinos que me había quedado en la boca, también el salino del pescado y el dulzor del arroz meloso. Sentí que se abrían los poros de mi cuerpo entero y que podía percibir cada milímetro de mi piel desde las yemas de los dedos de la mano hasta las puntas de los dedos del pie.

—Es una guerra que no se puede ganar —siguió Gabriel—. Tan imposible como acometer contra los ciclos de la luna.

—No lo creo, para nada. Al contrario, es una revolución lenta pero imparable. Aunque no busco convencerte ahora. ¿Sabías que la luna, desde Islandia hasta Tierra del Fuego, siempre ha reflejado la esencia femenina? Su belleza inenarrable, su variación y sus ciclos han sido en todos lados signos de su femineidad, así como el poder y la constancia del sol lo han sido de su masculinidad.

—Lo sabía —dijo Gabriel con tono burlón.

Lancé una carcajada y me incorporé.

—¿Lo sabés todo?

—Sé bastante porque soy vago. Me dediqué a bienes raíces porque era lo que me daría más dinero en menos tiempo, así me autosubvenciono el tiempo para leer lo que me da la gana.

—¿En serio compraste esta casa por esa razón?

—¿Quién te dijo eso?

—Vos. Me dijiste que ibas a reciclarla.

—Quiero vivir acá. ¿Querés vivir conmigo?

29

Di un respingo, un leve movimiento de mi torso que para Gabriel pasó inadvertido, y dije que estaba bien donde estaba.

Permanecimos en silencio un rato largo. Yo miraba una pequeña luz que asomaba en el cielo a la derecha de un edificio. Era tan pequeña y el color tan extraño, rojizo, que supuse que era el lucero, pero no, era un avión. Gabriel se reclinó de costado y me miró.

—¿Sabés que el primer manual para la caza de brujas, que es uno de la Edad Media llamado *Malleus Maleficarum,* establecía que un cierto tipo de mujer, aquella que sabía gozar, tenía relaciones sexuales con el demonio?

—Claro que lo sé —dije, un poco ofuscada—. Es católico. Logró que se quemaran entre sesenta mil y dos millones de mujeres.

—El mismo papa lo apoyó. Promulgó una bula que ordenaba a la Inquisición perseguir a las brujas —dijo Gabriel y se incorporó con esfuerzo, como si no hubiera podido dominar su cuerpo pesado.

—Las primeras oleadas de caza de brujas son consecuencia directa del éxito editorial del *Malleus* —dije—. Para el cristianismo, la virginidad fue siempre un ideal y el *Malleus* pregona que la mujer es peligrosa por su sexualidad, ¿podés creer?

—Claro que lo puedo creer. Pero en él hay algo más oscuro y sustancial todavía: fue la primera vez en la historia que se escribió una teoría sobre el origen del crimen y pasó a ser el discurso que legitimó la violencia del poder punitivo que justificó casi todas las masacres históricas: se toman medidas extraordinarias frente a una "emergencia", un "peligro inminente" que hay que combatir.

—El cristianismo heredó la religión judía y de ahí en adelante la fue adaptando a las necesidades de cada época.

—A mí también me intimidan las "Lilits" —dijo Gabriel, como si hubiera estado pensando en otra cosa, y volvió a recostarse boca arriba.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Por? Una bruja tiene poder mágico y puede manejar tu voluntad.

—¿Hablaste con tu padre de Lilit?

Gabriel no respondió enseguida. Volvió a cambiar de posición, apoyó algunos almohadones contra el vidrio, como respaldo, y se sentó. No parecía acostumbrado a la gimnasia, cada vez que quería reacomodar

su cuerpo debía hacer movimientos exagerados; su respiración se aceleraba.

—Desde que mis viejos se separaron —dijo—, ver a mi padre significaba una traición a mi madre. Fui a un colegio *goy* para complacerla, fui un alumno brillante para quedar becado y que ninguno tuviese que pagarlo. Y cuando veía a mi padre, él me transmitía tanto respeto por mi madre que yo quedaba desconcertado. Ya de mayor, hablábamos constantemente del lugar de la mujer, y él usaba una palabra que le gustaba mucho, "narratividad", para decir que las mujeres estaban atrapadas en una narración y porfiaba que se trataba de algo que se arrastraba de la época en que la Biblia adoptó un mensaje verticalista.

—De todos modos, tengo entendido que no es algo exclusivo de las religiones bíblicas —dije—; de acá a la China es así.

—Pero a él le fascinaba Lilit, un mundo con Lilit, decía.

—Ella es la protagonista del libro antiguo de su madre.

—Es natural que nos asuste alguien como Lilit.

—¿Natural?

—Y sí. ¿Alguna vez escuchaste a una pareja teniendo sexo, por ejemplo, del otro lado de la pared en el cuarto contiguo de un hotel?

No respondí, segura de lo que vendría.

—¿Quién de los dos era más sonoro? —Gabriel me miraba con la expresión de un niño aturdido por la dificultad de un acertijo—. ¿Cuál de los dos de los que tenían sexo del otro lado de la pared aullaba con sonidos guturales que parecían invocar al Dios del cielo y que se jodan los vecinos?

—Por supuesto que la mujer —dije.

—¡Una Lilit!

Volví a reír, pero sin demasiada convicción. Tomé un sorbo de vino blanco y volví a recostarme sobre los almohadones. Sentía una paz extraña, parecida al alivio. Pensé y callé que a los hombres, casi siempre tan predecibles, las mujeres les resultamos inescrutables.

—Lo que pasa es que el cerebro erótico de las mujeres está lleno de sorpresas —dije y me puse de pie. Di tres pasos y me detuve al borde de la galería.

Miré el mar negro de surcos y montículos, miré las hojas carnosas de los bananeros y me vi a mí misma tocándolas y corriendo sobre el pasto verde de aquella época irrecuperable; libre, libre, libre de la mirada de mi madre, de la que tanto me costaba separarme entonces. Y me corregí enseguida: entonces, no. Me costó separarme desde que nacieron mis hijas, como si el molde fuera intocable, rígido e intocable, y quizá lo fuera por la inexperiencia. Siempre es preciso apoyarse en lo hecho por otros.

Entonces me quité los zapatos y me di vuelta hacia Gabriel, que me

miraba expectante. Empecé a desabrocharme los botones de la camisa uno por uno y cuando la camisa cayó al suelo sentí las partículas de agua del aire en los hombros, en el abdomen, en la espalda. Enseguida me molestó el corpiño; me lo quité y lo tiré al piso. Me saqué el pantalón y sentí la humedad en las piernas desde los muslos hasta los pies; me saqué la bombacha y la sentí en los labios de la vulva. Mi desnudez, mi estado *arom* y mi sensualidad me producían alegría y sensación de autoridad.

Gabriel me miró un rato largo, ¿embelesado?, en silencio. Sus ojos subían y bajaban, abarcando cada parte de mi cuerpo. Después se puso de pie y, mientras me miraba fijo a los ojos, empezó a desvestirse.

Las palabras se esfumaron porque la respiración agitada las desalojó. Las manos de Gabriel recorrieron mi cuerpo entero; eran tan grandes que parecían tocarme al mismo tiempo en todas partes, algo que me fascinaba y me molestaba también. Sentía una electricidad de la que no podía separarme, estaba como imantada. Además, el olor de Gabriel era capaz de reconocerlo, pero no supe por qué. Las manos de los dos acariciaban explorando, indagando, ya con menos urgencia, y yo temblaba sin decoro. Gabriel me miraba con ¿conmoción?; por momentos, parecía el Gabriel seguro de sí, conquistador del mundo, pero también un desamparado, sobre todo cuando me subió encima de él. Entonces me sentí omnipotente, lista para abrir los brazos, cerrar los ojos y arrojarme al abismo, a la pérdida de la conciencia, al absoluto.

Después, sentí un cosquilleo desde la cabeza a los pies y me tomé unos segundos para recuperar la conciencia, comprender dónde estaba y activar un poco los dedos de la mano, el cuello, la columna, inspirar profundo y acomodarme para producir un nuevo orgasmo que ahora proviniera del medio del pecho y produjera el fuego que necesitaba. Lilit, dije, o creí decirlo.

—En otra vida, morí en la hoguera —dije cuando más tarde estábamos otra vez recostados contra los almohadones.

—Te reivindicaste en esta vida, Lilit —dijo Gabriel con voz frágil y apocada—. ¿Qué va a decir tu marido de lo que hicimos?

—Mi marido no tiene nada que decir. ¿Y tu novia? —pregunté, aunque no me interesaba la respuesta. ¿Por qué habría de decir algo uno y no la otra? A esa altura, quedar empatados sonaba banal.

Gabriel ahora se veía distinto, con aires de conquistador.

Ya vestida, extraje una carpeta de la mochila. Ahí tenía las fotocopias que Ruth me había dado la última vez que estuve en el Seminario. Leí en voz alta:

—“Y entonces te alzo, Lilit, hija eterna, y te concedo un pedazo de mí, un alma, una chispa de luz que presagia el flujo del tiempo. No es aquello que se siente sino a través de lo que tú, hija eterna, sientes:

amor y dolor, y eso soy yo”.

—¿De dónde lo sacaste? —preguntó Gabriel, perturbado. Enseguida cruzó los brazos, como si así pudiera disimular su ansiedad.

—Investigando —dije—. No se parece al Talmud de Babilonia, ¿no?, que conmina a los hombres a dormir solos en una casa porque Lilit podría adueñarse de ellos. ¿Ves que a mí me interesa algo distinto que a vos? Me interesa más qué dice el libro que el hecho de que sea una joya preciosa de valor incalculable.

—¿Tuviste acceso al libro de mi padre?

—Solo a fragmentos.

—¿Dónde está el libro ahora?

—No lo sé y no creo que nunca lo sepa.

Sonó el timbre de la puerta de calle. Era un sonido chillón, que desconocí.

—¿Esperás a alguien? —pregunté.

Gabriel dijo que no y se levantó. Se puso los pantalones y la camisa mientras yo también me vestía. Fue a espiar por la mirilla de la puerta.

30

Lorenzo Rineda traía una mueca tirante, la cara pasmada del pez que acaba de morder el anzuelo. Traspasó la puerta y miró hacia el tapiz de montículos y surcos. Reparé en sus ojos demasiado separados, sin cejas, los labios finitos y violáceos, apretados. Esta vez tampoco vestía sotana ni cuello blanco de sacerdote, sino un pantalón negro angosto y una camisa gris con lunares amarillos. Se veía pulcro, peinado hacia atrás, y olía a jabón.

En el momento en que apareció en el jardín, me calzaba mis zapatos abotinados. Me levanté para saludarlo. Estiré mi mano derecha hacia él, que en ese momento advirtió mi presencia, y me oteó con asombro, como tratando de recordar de dónde me conocía. Me dio una mano aprensiva y helada y después regresó la vista al tapiz de montículos y círculos.

—Un laberinto —dijo, y sus labios se dilataron formando una sonrisa lasciva, de caricatura—. Lo encontraste.

Miró a Gabriel y después a mí, fugazmente, como si buscara en mis gestos un indicio que revelara lo que él daba por sentado. A continuación, hurgó con los ojos entre los almohadones mientras fruncía la nariz del mismo modo que hubiese hecho su galgo para husmear comida, hasta que los enfocó en las cajas rojas de sushi. Amagó agacharse a levantarlas, pero comprendió de qué se trataba y desistió.

De golpe sobrevino una completa oscuridad: las luces de la casa y de los edificios contiguos se extinguieron al unísono y unos segundos después volvieron a encenderse muy tenues, en amarillo oscuro, como en una baja de tensión generalizada. Los tres miramos hacia el farol de la galería, que empezó a titilar tratando de encenderse y permanecer estable, hasta que de pronto regresó la luminosidad normal. En ese mismo instante, sopló una brisa fuerte que arrebató las cajas de cartón rojo y la bolsa de plástico y las hizo chocar contra la puerta de vidrio. Rineda miraba todo con asombro, como si estuviera presenciando un fenómeno sobrenatural.

—Estaba anunciada una tormenta —dijo Gabriel, en tono displicente.

Despreocupado de lo que acababa de ocurrir, se agachó a levantar las cajas y los almohadones del suelo y a apilarlos del otro lado del vidrio, dentro de la casa. Propuso entrar, pero Rineda parecía empecinado en

permanecer en el jardín. Miraba cerca y extendía la vista hacia el fondo con los ojos desorbitados: las cañas de ámbar, los bananeros y los bambúes bailaban con los sacudones del viento y por momentos rugían, enloquecidos.

Miré en dirección de los bananeros y me pareció ver a la abuela Louise con un vestido rojo, largo hasta el piso, abrazada por sus hojas grandes, oblongas y lustrosas. Fue una pizca de segundo, un chispazo de la imaginación o de la añoranza que apareció en mi mente, en un momento en el que confluían el desconcierto y el cansancio.

—Vayamos adentro —insistió Gabriel.

—¿Dónde lo tenés? —preguntó Rineda, decidido a no moverse de donde estaba, seguro de que el jardín escondía lo que él buscaba y no la casa, a pesar del pavor que le producían las ráfagas del viento y el ruido por la conmoción de las plantas, que parecían hechizadas. Gabriel y yo lo miramos esperando que aclarara. Apoyó un hombro contra la puerta de vidrio, como si eso le diera seguridad.

—El libro de Jákob, ¿dónde lo tenés? —preguntó con la voz afónica y el gesto avergonzado.

Era evidente que Rineda consideraba humillante haber llegado a esa casa a las diez de la noche a rogar por el libro. Parecía posible que también creyera que Dios, por medio de la sincronización del viento con la electricidad del barrio de Villa Urquiza, le enviara un mensaje aprobatorio de su proceder. Me pregunté por qué Dios le enviaría un mensaje a cualquier ser humano, por más que hubiese sido monje contemplativo durante muchos años y escribiera versos místicos. La respuesta se parecería a la que deseaba recibir, igual que Prometeo, que sabía de antemano lo que iba a encontrar. No sería el caso de su gemelo Epimeteo, el que permanecía a la espera del acontecimiento, sin pretender otra cosa del universo más que aprendizaje, porque ignoraba aún qué podía crear, por la simple razón de que “eso” no tiene existencia, es algo que se le revelará al final del proceso creativo.

Me dio satisfacción pensar que yo, en mi crisis vital, había procedido como Epimeteo: los acontecimientos me habían encontrado y no al revés. Dispuesta y receptiva como preferí permanecer, los hechos se habían encadenado sin que yo los provocara, solo guiada por una tímida intuición, y ahora aprendería de todo esto, porque sabía —lo supe en el momento en el que vi a Rineda en esa casa— dónde y quién guardaba el libro antiguo de Jákob.

—Ya no existen las revoluciones intelectuales —dijo Rineda—. Tampoco las religiosas. Un libro que preceda a los de la Biblia impugnaría al texto madre de la cultura occidental, pero no pasaría de una noticia periodística con alguna resonancia. Pero eso no va a suceder. No estoy hablando de religión, sino de cultura. Jákob estaba de acuerdo. Totalmente de acuerdo. Estuve con él en diciembre del

año pasado, un mes antes de que muriera. Dijo que lo enterraría, como había hecho su madre. Y que el azar hiciera su trabajo.

—¿Por qué acá? —pregunté y enseguida me di cuenta de que si quería respuestas precisas debía hacer preguntas precisas, y me corregí—: ¿Por qué piensa que Jákob lo habría enterrado acá? —Enseguida miré en dirección de Gabriel, para descubrir en su cara si él estaba tan sorprendido como yo por la aparición de Rineda.

Pero Gabriel parecía estar en otra parte, lejos de Rineda. A mí me miraba con curiosidad, quizá porque haber intimado tendía entre nosotros otro tipo de cercanía, otro modo de estar uno al lado del otro.

Si Rineda había llegado ese jueves a las diez de la noche a esa casa, debía ser por una razón puntual. Era seguro que Gabriel lo había llamado, probablemente lo había hecho cuando entró a la casa a hacer el pedido de *delivery* o cuando fue a buscar la botella de vino. Pero ¿cómo estar segura?, me pregunté, y por primera vez sentí que esos dos hombres extraños estaban usurpando el espacio de esa casa, sagrado para mí.

Rineda retorció su columna como una serpiente, los omóplatos aplastados contra el vidrio, como si estuviera conteniendo un desborde de emoción. Después estiró el cuello y enfocó los ojos hinchados hacia el borde derecho del jardín, donde estaba tirada la escultura de la ninfa desnuda.

—Si seguiste el plano del laberinto que dibujó tu padre, deberías haberlo encontrado debajo de la estatua.

—No había nada —porfió Gabriel—. Además, demasiada humedad para el *tik* con los rollos antiguos.

Miré a Gabriel y a Rineda y sentí una cierta suficiencia, que me nació por lo que veía como una traición de ambos; tanto en el cura, que me había retaceado todo, como en Gabriel, que me había negado lo evidente: la compra de la casa obedecía solo a su deseo de hallar el libro.

—¿Qué los hizo pensar que Jákob habría ocultado un libro sagrado en una casa que no era la suya? Ese pensamiento pecaba de soberbia. O, peor, de lujuria, porque ambos sabían la razón por la que Jákob frecuentaba tan asiduamente esta casa.

Gabriel se pasó las dos manos por la cara, refregándola, acaso ya sin pizca de convicción en lo que pudiera hacer o decir. Rineda, en cambio, seguía con los labios apretados, mientras me miraba con desconfianza. Luego dijo, dirigiéndose solo a Gabriel:

—Si el laberinto defiende lo sagrado, como te dije, acá solo hay caos. —Rineda tenía los hombros caídos, en actitud de frustración, los ojos hacia el piso, seguro para no mirarme.

En el Edén había un laberinto, pensé, pero me mantuve callada.

Quise que el sacerdote tradujera en palabras ese interés mezquino que ya se le volvía indisimulable. Que mordiera el polvo de su propia derrota.

—Al mundo no le hace falta un texto de tres mil años de antigüedad, escrito por el mismo autor que escribió gran la parte de las Sagradas Escrituras, que narre la historia de una diablesa como primera mujer creada —siguió Rineda—. No y no. Esdras lo excluyó deliberadamente y sus sucesores tampoco quisieron ver un texto como ese en el canon, que desmoronaría la fe cristiana y judía. Solo le serviría a la gente interesada en el escándalo. No podés hacer dinero espurio, a costa de la salud mental de medio mundo, Gabriel. Por supuesto, también sería a costa de incendiar el trabajo de toda la vida de tu padre.

Me llamó la atención el convencimiento de Rineda, basado en una sed apremiante de infalibilidad. ¿Era posible llegar a los 60 y seguir teniendo una visión de la vida tan infantil? De cualquier modo, aquella discusión no llegaría a nada, era conveniente irme de una buena vez.

—El mundo de hoy carece de lectores exquisitos, los únicos capaces de ser receptivos ante un texto de esas características —seguía Rineda, envuelto por el celofán de su frágil certeza.

Le hice un ademán a Gabriel para avisarle que me iba. Rineda seguía indiferente a mí, y me pregunté si él querría el libro tan desesperadamente para quemarlo en la hoguera de las brujas o para plagiar fragmentos como propios. Las dos opciones parecían posibles en una persona así, tironeada entre el gozo literario y el recelo religioso. No parecía posible que comprendiera el alto costo que Lilit había pagado por la libertad, que hubiese cambiado la sumisión en el Paraíso por el destierro en el desamparo, aun a costa del castigo divino de ser convertida en un esperpento diabólico. Tampoco, que la mayor virtud de Lilit hubiera sido la de oír su propia voz interior en vez de obedecer ciegamente, lo cual le demostró que, si aceptaba las condiciones de Adán, ella se transformaría en su cómplice. No se me ocurría de qué modo Rineda le podría sacar provecho al libro que probaba que hubo otros mitos y se escribieron otras historias que fueron censuradas, salvo que, por ser religioso, creyera, aun en 2008, que el libro de Lilit era obra de Satanás.

Justo cuando cruzaba la puerta hacia la casa, el viento dio unas bocanadas más fuertes, una, dos, tres, y volvieron a apagarse las luces. En la completa negrura, permanecí quieta esperando que las pupilas se me acomodaran a la oscuridad y poder avanzar hasta la puerta de calle. Estiré los brazos hacia delante para prevenir un golpe en la cara y di unos pasos al tiempo que oía que Gabriel me llamaba. Rineda continuaba hablando, exaltado, con su voz afónica y asustada, y ya no los oía sino que los sentía lejos, como en otra dimensión, que no me

afectaba en absoluto. Sí, era hora de irme.

A través del vidrio, miré hacia el jardín oscuro por última vez, en dirección a donde me había parecido ver a la abuela con un vestido rojo, y tuve el instinto de invocarla, como en un conjuro, para que me trasmitiese compañíía. Siempre que la necesite, podré llamarla y será mi voz interior, pensé justo cuando las luces se encendieron. El jardín se veía inmóvil. Gabriel y Rineda lo miraban, extáticos, los brazos cruzados delante del pecho, como quien mira el paisaje de un cuadro.

Subí a la bici y pedaleé en la noche fresca, sintiéndome liviana, y recordando la idea que Jákob había tenido a los 18 años, cuando le dijo a su compañero de tubo, en Auschwitz, que Dios había caído en los brazos de Lilit al ver el deseo inmenso nacido en Adán después que ella lo hubiera abandonado. Y que eso causó el fin de la felicidad en la Tierra. El deseo de Adán.

El deseo de Dios.

El pecado de Dios.

Aquel joven Jákob había sido capaz de pensar en un Dios imperfecto, a imagen y semejanza del ser humano que lo deseaba y lo creaba. Quisiera ser como Lilit, pensé cuando me acercaba a plaza Italia y me cegaron las luces de neón. Eva se había atrevido a comer el fruto prohibido y a convencer a Adán de que comiera con ella, con tal de obtener el discernimiento y a riesgo de perder el Paraíso. Podía imaginarme en ese lugar, pero ¿era capaz de ser tan independiente como Lilit y oír mi voz interior con nitidez y no sentir culpa por ello?

31

Esa noche no tuve pesadillas ni insomnio. Dormí profundamente y soñé que estaba hundida en el mar Rojo, rodeada de diablos-esclavos sexuales. Lo habré soñado poco antes de que sonara el reloj, porque me desperté alegre y divertida con el disparate. Preparé el desayuno, me duché, desayuné con mis hijas, las acompañé hasta la puerta del colegio. Regresé al garaje a buscar la bici, pedaleé en dirección al colegio de Belgrano y di clases hasta las doce. Almorcé un sándwich de queso y tomate en la sala de profesores y salí hacia el Seminario Rabínico. Ese último trayecto lo hice debajo de un cielo celeste claro y transparente, sin nubes. Me sentía confiada, segura de mí misma y de un modo nuevo.

Apenas Ruth me vio, levantó las cejas e hizo una media sonrisa; pareció alegrarse al mismo tiempo que vacilaba. Buscó con los ojos al rector del Seminario, que divisé al fondo de la biblioteca. Ruth se mordió los labios y comenzó a respirar con dificultad.

—Vine por el libro de Jákob, *El mundo con Lilit* —le dije, y Ruth hizo una sonrisa complacida, acaso también aliviada—. Entiendo que tu lealtad a Jákob Adam no te permita más que lo que le prometiste: cuidarlo. Yo puedo aportarte la posibilidad de que se conozca y se lo conozca a él, sin que lo traiciones. Le prometiste guardarlo, pero no esconderlo de quien preguntara por él, ¿no es así?

Ruth enrojeció. Se tapó la boca con sus manos desmesuradas mientras miraba detrás de mi cabeza, probablemente en busca del rector.

—Te pido que no olvides que no sos judía —susurró, con ese tono apenas audible que solo ella lograba y que quizás proviniese de tantos años de oficio, de vestal de los libros.

—Purificadores del conocimiento hay en todas partes —dije, y Ruth se acercó a mí, apretó mis manos entre las suyas, con fuerza, y me chistó con el viejo gesto de las maestras, el dedo índice sobre sus labios para que bajara la voz. Ella lo había puesto a buen resguardo de la piedad higiénica de los Purificadores. Ella, Ruth, la bibliotecaria, se ocupaba de proteger los libros, y ahora que casi todo se consultaba en Internet y poco en papel, era la única que verdaderamente sabía en qué exacto sitio se encontraba cada uno de los libros en aquella biblioteca.

Me llevó de la mano hacia los anaqueles. Pasamos las primeras hileras de estantes y fuimos directo hacia la última contra la pared del fondo, que seguía oscura, porque el foco de la lámpara del techo no había sido cambiado. Llegamos al lugar preciso que había recordado una y otra vez tratando de entender qué significaba que Ruth, arriba de la escalera, con un pequeño pañuelo sobre la cabeza, había balanceado la cabeza de arriba abajo en un vaivén cadencioso y rítmico. Entonces, no me había percatado del sentido. Pero después entendí que la actitud de Ruth era plenamente religiosa, como si estuviera delante del Muro de los Lamentos, tal vez un atavismo que ella juzgaba adecuado delante de ciertos libros, que la abstraía de interferencias y la concentraba en la comunicación con Dios. Un instante, no más, pero un instante sagrado. Y me maravillé porque pensé cuántos gestos y pequeños comportamientos diarios mantienen a los seres humanos unidos a lo divino, aun en medio del fárrago de las rutinas cotidianas.

Ahora, debajo de esa misma escalera, Ruth continuó hablando y dijo que el presente era idéntico al presente de Esdras: el libro de Lilit no le hacía falta al mundo.

Ruth lo había leído, eso estaba claro, pero ahora me daba cuenta de que, además, lo había estudiado. Las palabras se apoderaron de ella. El pecado era algo femenino desde que se tuviera memoria; las mujeres independientes habían sido indefectiblemente monstruosas. Brujas. Por los siglos de los siglos. En una sociedad en la que las mujeres que no eran ángeles devenían, ineludiblemente, monstruos, ser mujer las debilitaba y les quitaba poder.

—Una organización social así nos enferma física y mentalmente —dije—. Pero ahora las cosas están cambiando. Las mujeres podemos dejar de ser educadas en contra de nuestro instinto animal de supervivencia y en docilidad, abnegación. ¿No te pasó nunca, Ruth, que por aprender a mostrarte más linda y, quizá, no serlo, como me pasó siempre a mí, aprendí a detestar mi cuerpo? ¿No detestás tu imagen en el espejo? ¿No sentís una ansiedad destructiva de tu cuerpo porque no es lo suficientemente bello, delgado, deseable? ¿Conocés hombres que detesten su cuerpo por falta de belleza o armonía? Siempre aborrecí mi pelo crespo porque anhelé que fuera maleable. Pero si lo tuviera lacio, anhelaría que fuera crespo y, además, me censuro la frivolidad de mi disgusto, a pesar de que en todas partes leo, aunque sea subliminalmente, qué es lo que se espera de mí. Y todo eso es lo de menos, ¿no?

—Y ya vas a ver lo que es el horror de empezar a advertir que te ajás y dejás de ser objeto de deseo para convertirte en lo más aborrecido: una bruja —dijo Ruth; en su cara había una expresión franca y casi feliz—. Ese lugar de objeto del hombre ha sido el de las mujeres y

nunca pudimos imponernos y protestar, porque formaba parte de la estructura del pensamiento humano. A esta altura del ADN, ¿por dónde se empieza?

Me acordé de la seguridad que se tenía Arispe de conquistar mujeres a pesar de estar viejo y arrugado. Ruth se detuvo para respirar profundo, totalmente absorbida por sus palabras, que reverberaban en ese ámbito como si las estuviera pronunciando en un jardín lleno de aromas exóticos, como si las hubiese estado guardando y ejercitando para ese preciso momento.

—Aun si la historia de Lilit hubiese sobrevivido la censura de Esdras —siguió Ruth—, igual se hubiese recortado, alterado, o simplemente mal leído o mal enseñado. Betsabé fue una escritora lúcida e irónica y, sin embargo, sus textos sufrieron el saneamiento de los Purificadores, los que enseñaron y enseñan cómo se lee un libro canónico. Y donde Dios aparece como un personaje masculino, no advierten la burla, lo leen en forma literal: Dios es varón y así lo enseñan. Betsabé narró la historia de Lilit, la "otra mitad" de Adán creada junto a él, probablemente para reírse de lo que había empezado a percibir en su sociedad, cada vez más valoradora de la hombría. No imaginó que siglos más tarde su historia sería utilizada, recortada, depurada y convertida en texto sagrado. De cualquier modo, ella no tuvo la intención de ser original; ella se basó en un mito, una leyenda, historias orales. Y finalmente Lilit quedó excluida de la Biblia porque la educación siempre estuvo en manos de los hombres. Jákob vivió en Buenos Aires esperando que llegara alguien que supiera lo que él no llegaba a discernir: qué hacer con ese libro. Louise, tu abuela, a quien no conocí, seguramente fue la persona indicada y durante cinco años concibieron el libro que contendría el de Betsabé. Pero el amor entre ellos deshizo el proyecto porque los arrolló: Jákob no estuvo dispuesto a lastimar al marido de Louise, a quien apreciaba; Louise perdió el ánimo y las ganas de vivir y Jákob, a la persona justa. No pudo o no quiso hacerlo solo y optó por lo que había hecho su madre, y antes que ella, otras personas: esconderlo. Seguramente esas personas hayan sido mujeres, y en el caso de Ada, ella no previó que sus hijas serían asesinadas, tan jóvenes, junto a ella.

A Ruth, el gozo producido por sus palabras la había llevado lejos. Ese regocijo hinchaba sus ojos, que no se desviaban de los míos, que parecía ser, para Ruth, una oyente más valiosa que un auditorio de mil personas.

Entonces trepó la escalera, bajó la misma caja de cartón cuadrada, de cincuenta centímetros, que había bajado otra vez, y la apoyó sobre el piso. Volvió a trepar y sacó otra caja idéntica, oculta detrás de la primera. Apenas lo hizo, un resplandor iluminó la ventana, pero enseguida se atenuó, hasta desaparecer.

Ruth quitó la tapa de la segunda caja, que contenía una bolsa de lona verde muy gastada y dentro de ella, un *tik* de madera. Lo abrió con sumo cuidado y vi dos rollos de papiro amarillo, resquebrajado.

—Jákob le hizo una prueba de carbono 14 —dijo Ruth—. Son del siglo IX a. C. Se han conservado porque cada generación que lo guardó, a treinta por ciento de humedad y una temperatura de doce grados, enterró el *tik,* preservándolo de las reacciones químicas que produce la luz. Este no es el lugar ideal, pero no podría sacarlo sin que sea advertido por el rector. Sin embargo, voy a darte una copia manuscrita por tu abuela.

Ruth tapó esa caja otra vez y la subió al mismo estante alto del que la había extraído. Abrió la segunda caja y me dio una carpeta de tapas de cartón color rojo que decía *El mundo con Lilit.*

Me fui preguntándome si Ruth creía en Dios. La conmoción que me provocó tener en mis manos aquella carpeta escrita por mi abuela no me había permitido decir nada. Además, Ruth me había apurado para evitar que el rector notara lo que hacíamos. Pensé que, cuando una se interrogaba, suponía de antemano la existencia de algo a lo que denominaba “Dios”. Pero para decir que una era atea pasaba lo mismo. Para negar la existencia de algo, primero había que ponerse de acuerdo con su definición y, de ese modo, se le daba existencia. Me llamó la atención el deseo que sentía de creer en una divinidad organizadora y contenedora.

Después pedaleé lento hacia casa, la carpeta dentro de la mochila que sujeté contra mi pecho, porque no quise llevarla sobre la espalda, y pensé en el manzano del jardín de Novi Sad, en Serbia, y me pregunté si habrían cantado los grillos aquella noche en la que Jákob había desenterrado la bolsa de lona. Imaginé a Jákob caminando solo en la noche quieta, abrazado al tesoro de su madre. Después pensé en el Edén, y me sobrevino la imagen de un lugar de colores opacos, el canto ronco de los pájaros, el aire impregnado de olores rancios. No pude imaginarme feliz ahí. Tampoco en el exilio.

Fuera o no tarde para el doctorado, no lo era para seguir aprendiendo. Total, el tiempo siempre me resultaba escaso.

Cuando llegué a casa, no había nadie. Juan habría salido con las chicas, sin avisarme, probablemente ofendido con la indiferencia o la despreocupación de las últimas semanas. No encendí luces, caminé segura, en la oscuridad, hasta que llegué a mi cuarto y, bajo la escasa luminosidad de la lámpara de estudio, abrí la carpeta de mi abuela y empecé a leer: “La Deidad vio que todo era bueno y dijo: haré unos seres que se me parezcan. Entonces formó dos seres del polvo de la tierra y sopló en sus narices un aliento de vida. Después los depositó en un jardín en el Edén, un lugar donde había toda clase de árboles hermosos para ver y colmados de frutos para comer. En el medio del

jardín, plantó el árbol de la vida, el *gingko biloba,* y también el árbol del conocimiento, la *araucaria floresii.* El Edén estaba rodeado de cerros de paredes volcánicas que protegían el entorno. Un río que se abría en cuatro brazos circulares regaba la vegetación y, visto desde el infinito, el jardín parecía un laberinto. La Deidad les dijo a los seres que el huerto era suyo para que lo cultivaran… Hasta que un día el ser hombre le indicó al ser mujer que se acostara debajo de él para conocerla carnalmente. El ser mujer lo objetó. '¿Por qué yo debajo de ti?', preguntó. 'Tú no eres mi señor'. Luego de la discusión, el ser mujer se dirigió a la Deidad con su disgusto y pronunció su inefable nombre. Eso enojó a la Deidad y, además, como esta era hombre, tomó partido por el ser hombre. Entonces el ser mujer huyó del Edén".

Índice

Arteta, Inés
La otra mitad del universo / Inés Arteta. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2020.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-599-705-9
1. Novelas de Misterio. 2. Narrativa Argentina. 3. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A863

Diseño de tapa: Osvaldo Gallese

Buenos Aires, Argentina
<www.delzorzal.com>

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723